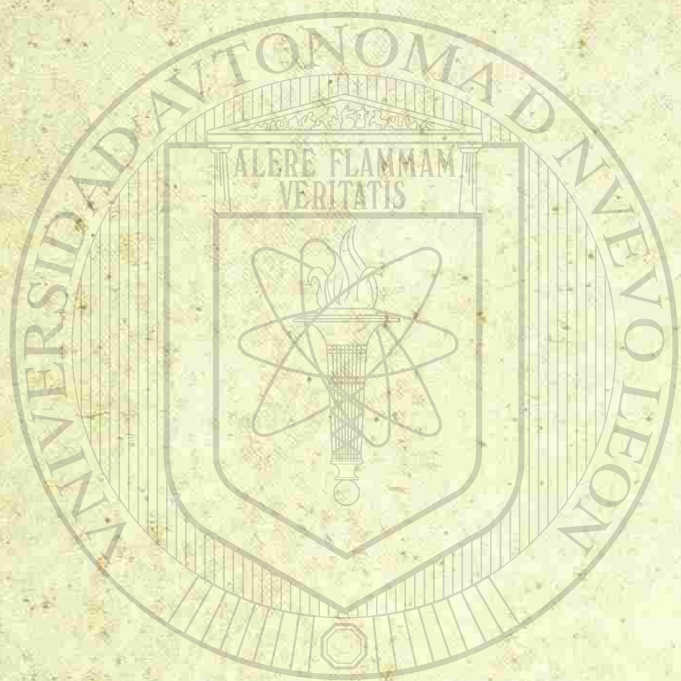


11
CIC

CONSCIENCIA

LA
TUMBA
DE
BIERR

PT6411
T88

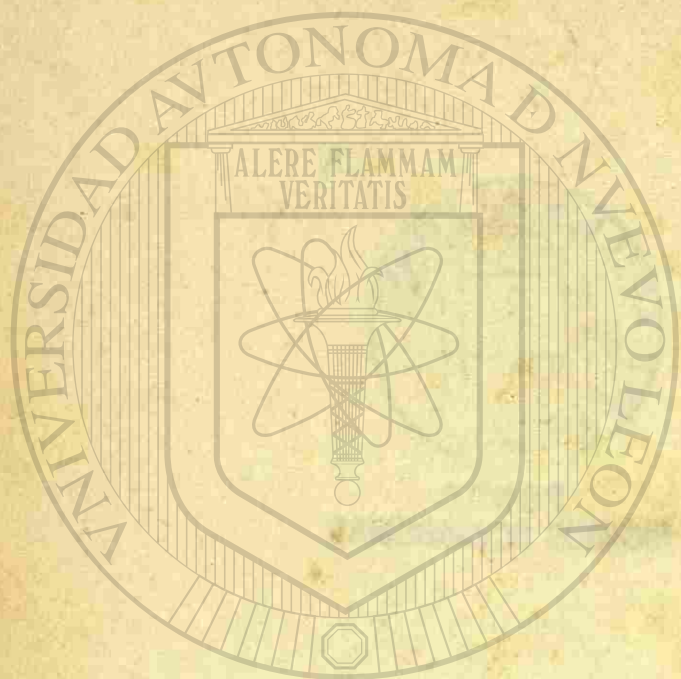


FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



1020028903



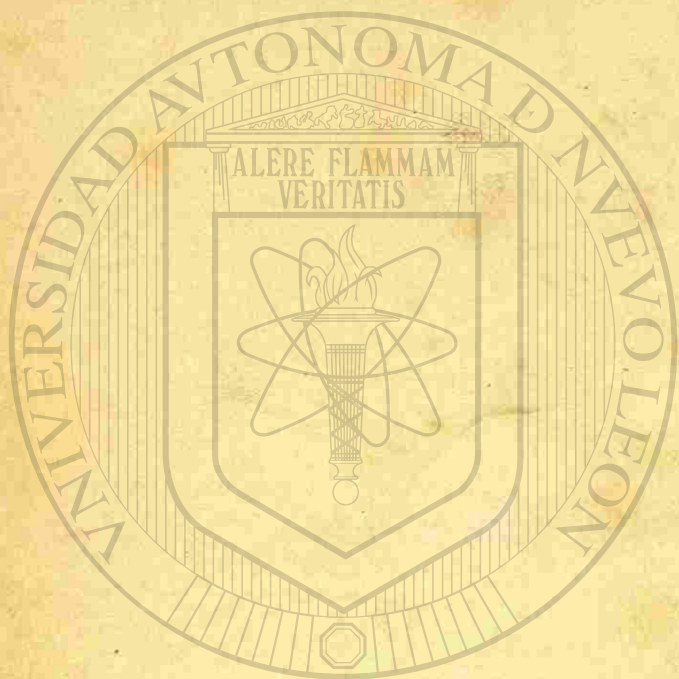
U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

33249



LA TUMBA DE HIERRO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. N
Núm. Autor C 755t
Núm. Adj. 33244
Procedencia - 8 -
Precio
Fecha
Sello
Catalogo

04368



LA TUMBA
DE HIERRO

NOVELA

DE

ENRIQUE CONSCIENCE

Traducida expresamente para el «Diario de la Marina»

FOR

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

33249

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

JALAPA

IMPRENTA VERACRUZANA DE A. RUIZ

A CARGO DE F. R. ANDRADE

1870
Hernando H. Pasquel

863
S

PT6411
T88



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSO REYES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. M.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA TUMBA DE HIERRO

PRÓLOGO

La escuela del pueblo acaba de cerrarse. María, la niña rubia, vuelve á su casa con la pizarra bajo el brazo: su vecino Juan, moreno, con cabellos negros y rizados camina al lado suyo.

De vez en cuando se detienen para cojer las margaritas que crecen entre la yerba, las *no me olvides* azules y las rojas amapoladas.

Al llegar al cementerio los dos niños se detienen y se sientan en el banco de piedra que hay al lado de la puerta.

Juanito se pone á trenzar una corona con las flores que han cogido: á la niña le parece que este trabajo dura demasiado tiempo y demuestra su impaciencia por poseer la corona.

Pero Juanito trabaja con una atencion seria: arregla y mezcla las flores, busca la armonía de los colores, y de vez en cuando ensaya el efecto de su obra colocando la corona sobre la frente de su gentil compañera.

¿Un sentimiento de amistad ó de amor ha hecho ya del niño un artista precoz?

Detrás de estos inocentes amigos se extiende el campo del reposo eterno con su silencio que nada turba, sus tumbas ornadas de verdura y de flores y sus cruces de madera negra.

La humilde y pequeña iglesia se eleva por encima del campo de los muertos: su antigua torre, pesada y maciza en la base, se parece á un anciano llorando sobre sus muertos hijos: pero bien pronto sus formas se hacen mas esbeltas, se lanza hácia el cielo como una aguja y muestra la estrella de oro de la esperanza brillando por encima de las generaciones que duermen en el seno de la tierra.

El sol derrama su alegre luz sobre el cementerio: las flores se mecen sobre las tumbas al blando soplo del viento del medio día: los pájaros cantan en las ramas de los tilos que dan sombra al césped bendito: las mariposas de mil colores revolotean al rededor de las pequeñas cruces de madera: pero nada turba el silencio solemne y la religiosa quietud del jardín de los muertos.

Juan acaba su obra: sobre la frente de María luce la corona de flores rojas y azules que ha tejido para ella.

Ambos entran en el sendero que serpentea en el fondo del cementerio.

Juan vé una margarita blanca brillando como una estrella de plata sobre una tumba: corre hácia ella, arranca la flor de su tallo y la coloca en la corona sobre la frente de su amiga.

Es la joya mas preciosa en la diadema de una reina de la cual el reino naciente es la vida, el cetro es la belleza, y los tesoros son el candor y la fé.

María camina llena de gozo: sus ojos azules brillan con orgullo infantil, y mezclan su dulce resplandor al de las flores que adornan su frente.

De repente se detiene y mira sonriendo una pequeña cruz adornada con una guirnalda, cuya frescura indica que aquella tumba hace poco que se ha cerrado.

—La corona que tú llevas es mucho mas bella que esa, dijo Juanito.

—Aquí está enterrada la pobre Lotto, la hija del carretero! repuso María pensativa.

—¡Desgraciada Lotto! exclamó Juan: ya no podrá venir á la escuela con nosotros!

—Pero está en el cielo ¿es verdad?

—Sí, está en el cielo la pobrecita niña.

—¿Por qué te da pena el pensar que Lotto está en el cielo? preguntó María asombrada; dicen que se está allí tan bien! que se puede pasear todo el día con los ángeles, y que llenan los delantales de las niñas de dulces y juguetes! segun se vé, todos los días son allí domingos, y se juega y se canta sin cesar! y cuando se cansa de jugar el buen Dios toma á los niños buenos sobre sus rodillas y los duerme despues de besarlos en la frente!

—Sí, sí, debe ser muy bueno ir al cielo, suspiró Juan absorto en sus pensamientos.

—Yo ví á Lotto cuando era ya un ángel y dormia con profundo sueño antes de ir al cielo, continuó María: ah! qué bella estaba! tenia puesto un vestido blanco, y su cara y sus manos estaban mas blancas que su vestido! llevaba sobre sus cabellos una corona de flores de oro y plata con estrellitas como la del niño Jesus de la iglesia (1) y Lotto sonreía tan dulcemente en medio de su sueño, que parecia ver ya el cielo: yo no ví sus alas; pero su madre me dijo que las tenia plegadas en la espalda, á fin de que reposasen para el largo viaje: porque el cielo está muy léjos, muy léjos de aquí, Juan!

—Ven, María, dijo el niño alejando á su compañera de

(1) En algunas poblaciones de la Bélgica hay la costumbre de adornar con una corona de flores artificiales la frente de los niños muertos.

la tumba, yo no quisiera morir como Lotto, porque ya no podría jugar contigo.

—Pero si pudiéramos ir al cielo juntos, eso sería mejor; ¿verdad?

—No, no: no hables de eso, dijo Juan con tristeza; me da pena. ... ¡ah María! ¿no estás contenta en la tierra?

Hablando así pasaron al otro lado de la iglesia: allí se veía una tumba, cerrada por una verja de hierro, para protegerla de las pisadas de los paseantes: la verja tenía una puerta con cerradura y en la parte exterior se veía un banco de encina del cual la superficie brillaba en fuerza del uso.

Sobre la tumba no había ningún nombre: pero el suelo estaba cubierto de flores deliciosas: era visible que una mano piadosa las cuidaba, porque en tanto que en el resto del cementerio, el césped se hallaba marchito por el calor del estío, las flores de la tumba mostraban una frescura y una vitalidad sorprendentes.

—Mira, exclama la niña: nuevas flores sobre la tumba de hierro! flores que han brotado de la tierra y se han abierto en una sola noche! es extraño, ¿verdad, Juan? flores como éstas, no se ven en ninguna parte, ni en los prados, ni en los campos, ni en los bosques!

—¡Inocente María! es el solitario quien las planta.

—¿Y qué significa ese banco tan usado? ¿es la dama blanca, que se viene á sentar en él todas las noches, cerca de la tumba de hierro hasta que los gallos cantan?

—No: es el viejo ermitaño que pasa las noches rezando; él es el que se sienta en ese banco.

—Mas ¿quién puede estar enterrado ahí, Juan? mi madre no lo sabe.

—Yo le he hecho á mi padre la misma pregunta: es una medrosa historia, que yo no he podido comprender. ... parece que el ermitaño se casó con una mujer que estaba ya muerta.

—Mira, Juan, ¡qué bella flor! interrumpió la niña, lle-

na de admiración; tiene las hojas amarillas como el oro, y el cáliz rojo como la grana!

El muchacho miró en derredor de sí con desconfianza, y dijo:

—De buena gana cojería esta flor para engalanar tu corona, María; pero tengo miedo de que el ermitaño me vea.

—No, no: no la cojas; la dama blanca lo sabría, dijo la niña asustada.

Pero Juan se inclinó por encima de la verja de hierro, y extendió el brazo para asir la hermosa flor.

—¡Huye! ¡huye! ahí está el solitario, gritó María con voz ahogada de terror.

Y los dos niños, pálidos de espanto, ante la terrible aparición, huyeron del cementerio.

FIN DEL PRÓLOGO.

EN bello día de estío, caminaba yo, apoyado en mi baston de viaje, por una de las calzadas, que desde Anseres, se dirijen á la campiña: me hallaba ya cansado, no solo de soñar despierto, sino tambien de contemplar el espectáculo de la naturaleza; porque el largo camino, habia fatigado mis miembros, y el calor sofocante habia embotado la sensibilidad de mi cerebro.

No habia hecho yo una jornada muy larga, ni habia precipitado el paso de manera que se hubieran agotado mis fuerzas: habia salido de la ciudad por la mañana temprano: habia hallado un banco á orillas del camino, y me habia sentado para hablar con las gentes del meson: habia cojido flores y yerbas aromáticas: y así soñando, y jugando con un placer infantil, no habia hecho mas que tres leguas de camino, cuando el sol empezaba á bajar hácia el horizonte.

Fué, pues, con verdadera satisfaccion, como oí el ruido de unas ruedas, y como distinguí, á traves de una nube de polvo luminoso, la gigantesca masa negra, que me anunciaba la llegada de la diligencia.

Cuando el pesado carruaje, se aproximó por fin al lugar donde yo estaba, hice una señal al conductor, que ya desde léjos me habia enviado el saludo amistoso de un atiguo conocido.

Detuvo sus caballos, abrió la diligencia, y respondió á mi pregunta telegráfica:

—Aun queda un sitio en el cupé: ¿dónde vamos con este calor sofocante, mi amo?

—Bajaré en el camino de Bodeghem.

—Bien, señor. . . ¡andando!

Yo salté dentro del carruaje, y antes de que me hubiera sentado, los caballos volvieron á tomar su trote cadencioso.

No habia mas que un viajero en el cupé: un anciano de cabellos casi blancos, que habia respondido á mi saludo con un—buenas tardes, caballero—pronunciado en voz baja, casi sin mirarme, y que parecia poco dispuesto á la conversacion.

Durante algun tiempo, yo miré por la portezuela, contemplando con distraccion los árboles que desfilaban rápidamente, los unos despues de los otros, por delante de los cristales de la diligencia, pero bien pronto, un movimiento de curiosidad, llevó mi atencion, hácia mi compañero de viaje, y como él tenia la cabeza baja y los ojos inclinados, pude observarle y examinarle á mi placer.

Nada habia en él de muy notable: parecia haber pasado de los sesenta años: sus cabellos, casi tan blancos como la nieve, eran hermosos y abundantes: su espalda estaba ligeramente encorvada: los rasgos de su rostro, eran dulces, y llevaba el sello de una belleza marchita; su traje sencillo, pero rico, era el de un hombre que pertenece á la clase media; la inmovilidad de sus grandes ojos, una sonrisa que aparecia de vez en cuando sobre sus labios, y el pliegue de reflexion formado entre sus dos cejas, decian bien claro que se hallaba absorto en un pensamiento profundo. Lo que atrajo mas particularmente mi atencion fué un trozo de alabastro colocado al lado de mi vecino: este objeto aun informe se parecia bastante al zócalo de un reloj: á su lado, y asomando fuera del papel en que estaban lia-

dos, se veían algunos instrumentos de acero, y yo creí que no me engañaba, al suponer un relojero, á mi compañero de viaje.

Después de un largo silencio me arriesgué á dirigirle esta frase trivial:

—Hoy hace un calor horrible ¿no es verdad, caballero?

Estremeciéndose como si saliera de un sueño: se volvió hacia mí y contestó con una sonrisa amable.

—En efecto, caballero, hace mucho calor.

En seguida volvió á tomar su primera posición.

Yo no sentía gran deseo de hacer mas amplio conocimiento con un hombre tan avaro de sus palabras y tan poco dispuesto á la conversacion; por otra parte, su rostro me inspiraba una especie de respeto á causa de la majestad impresa en sus facciones, donde se leían los signos del génio y del sentimiento.

Refugiéme en mi rincón: cerré los ojos y me puse á soñar despierto, tanto y tan bien, que acabé por adormecerme.

—¡Los viajeros de Bodeghem! gritó el conductor abriendo la portezuela.

Salté al suelo y pagué mi asiento.

El conductor ocupó de nuevo su sitio: azotó á los caballos, y me gritó á guisa de despedida:

—Feliz viaje, Mr. Conscience! y haced una bonita historia acerca de *La tumba de hierro!*

Asombrado con lo que acababa de oír, seguí con los ojos al conductor de la diligencia.

¿Quién podía haberle revelado el objeto de mi viaje, si yo no habia dicho á nadie una palabra en todo el camino?

Una voz, que pronunció mi nombre á mi espalda, me hizo volver la cabeza.

Ví aproximarse con el sombrero en la mano y la sonrisa en los labios, á mi singular compañero de diligencia; llevaba el pedazo de alabastro y los útiles de acero bajo el

brazo: habia bajado del carruaje, sin duda detras mí, de sin que yo lo hubiera notado.

Saludóme cordialmente y me dijo:

—¿Con que vos sois Mr. Conscience, el cantor de nuestro bello país? excusad mi imprudencia y permitid que os estreche la mano. ¡Hace tanto tiempo que deseo conoceros!

Yo balbucí algunas palabras para dar gracias al anciano por su amabilidad.

—¿Vais á Bodeghem? me preguntó.

—Sí, señor; pero estaré allí muy poco tiempo. Pienso llegar á Benhelhout al caer la tarde y dormir allí esta noche.

—Tendré entónces la dicha de ser vuestro compañero de camino, y quizá vuestro guía hasta Bodeghem. ¿No habeis estado nunca en ese pobre pueblecito olvidado?

—No, caballero, y así con mucho placer me aprovecharé de vuestra amabilidad, á condicion de que me permitais descargarnos de esa piedra.

—No paseis cuidado por mí: mis cabellos son ya blancos y mi espalda empieza á encorvarse; pero mi corazón y mis piernas están todavía buenos.

Yo insistí en llevar el pedazo de alabastro, invocando su mucha edad, mis fuerzas juveniles y el respeto debido á los ancianos; pero él se excusó, defendiéndose tenazmente. En fin, tomé su carga, casi á la fuerza, y lo obligué á seguirme en el arenoso sendero.

Para poner fin á las seguridades de su gratitud le presenté:

—¿Este alabastro estará sin duda destinado al zócalo de un reloj?

—¿Me creis relojero? respondió riendo. No, señor Conscience, soy escultor.

—Me hallo, pues, en compañía de un artista, y me doy por ello el parabien.

—Solo soy un aficionado á las artes.

—¿Hace mucho tiempo que habitais en Bodeghem?

—Hace mas de cuarenta años.

—Tal vez vuestro nombre me será conocido.

El anciano sacudió con melancolía su bella cabeza blanca y contestó:

—Vos sois aun demasiado jóven, caballero, para conocer mi nombre. Es verdad que en el mundo de las artes ha hecho algun ruido; pero esto no dura largo tiempo, y ya han pasado desde entónces mas de treinta años.

—¿No habeis enviado nunca á las exposiciones ninguna de vuestras obras? le pregunté.

—Una sola vez, en 1824; habia entónces un gran movimiento en el dominio de las artes, porque la paz daba impulso á todas las fuerzas vivas de la nacion. Desgraciadamente, cada artista se sujetaba á esas reglas estrechas que la pretendida escuela de David habia trazado como condiciones precisas de la belleza. Se queria imitar en todo la antigüedad griega, mas no se tomaba de ella mas que la apariencia y las formas materiales; faltando un alma que pudiese animar las creaciones de la nueva escuela, se habia acudido á las posturas exageradas y á los efectos teatrales: toda figura, pintada ó esculpida, que no fuera solemne y sin alma, no podia tener gracia á los ojos de un público cuyo gusto estaba pervertido: en estas circunstancias, expuse yo mi primera obra: era una estatua en mármol... una jóven tendida en su lecho de muerte, y teniendo en sus manos cruzadas el crucifijo; así la habia sorprendido el sueño eterno—Yo habia iluminado las facciones sin vida de mi estatua, con una alegre sonrisa, con una expresion de confianza, de paz y de beatitud.... Mi deseo era fijar sobre el mármol el momento supremo en que el alma deja el cuerpo, y le obliga sin embargo á expresar la alegría que le hace sentir la certeza de una vida mejor. Esta obra, que yo habia llamado el *Presentimien-*

to de la eternidad, levantó un sentimiento de indignacion entre los artistas: la mayor parte se desencadenaron contra mí, y criticaron mi estatua, como producto de un espíritu enfermo, y como una heregía contra los preceptos que entónces dominaban: en efecto, las formas de mi estatua eran delgadas, delicadas, finas, soñadoras, por decirlo así: la forma material estaba sacrificada á la expresion moral, de una idea ó de un sentimiento. Hubo tambien muchas personas que parecieron admirar mi obra, y que me alentaron diciéndome que yo estaba predestinado á hacer una revolucion en la escuela, y á elevar el arte cristiano sobre el arte pagano; pero cuantos mas defensores encontraba mas veia aparecer enemigos furiosos é implacables: si la lucha se hubiera limitado á la discusion de los méritos y de los defectos de mi estatua, yo no hubiera sucumbido en ella; pero mis adversarios, ciegos por la pasion, se pusieron á buscar en mi pasado pretextos para abandonarme á la risa del público: hicieron, sin quererlo, sangrar mi corazon con profundas heridas, y profanaron recuerdos, que me eran mas caros que la vida: desde entónces he tenido miedo á la publicidad, y nada mas he querido exponer.

Habia en las palabras del anciano una calma llena de dulzura y una conmovedora serenidad: en estos momentos, su figura me parecia tan noble y tan magestuosa, que me sentí presa de una emocion profunda.

Despues de un momento de reflexion le pregunté:

—¿Y ya no trabajais, caballero?

—Sí, me respondió: de tiempo en tiempo, imposible me seria, aunque quisiera condenarme á la ociosidad perpétua: el arte ha llegado á ser para mi corazon una necesidad imperiosa, porque es la varita mágica, con la cual evoco los mas dulces pensamientos de mi pasado, y me trasporto á la primavera de mi vida.

El camino era entónces muy arenoso, y andábamos

con gran pena: esto interrumpió nuestra conversacion durante algunos minutos: cuando pude ocupar de nuevo mi sitio al lado del anciano, le pregunté:

—Si no he oído mal, habeis leído algunas de mis obras: ¿os agrada la literatura?

—No leo mucho; y sin embargo poseo casi todos vuestros libros.

—¿Han tenido la dicha de agradaros?

—Sí; sobre todo, vuestras narraciones campestres, y vuestros estudios morales: esto me gusta mas de lo que os podeis imaginar, y hay volúmen vuestro que he leído diez veces: y no creais que son las historias, propiamente dichas, lo que me causa placer despues de tantas lecturas: es el tono, es una suerte de armonía secreta, que está acorde con mi modo de ser, y que me enamora.

Al oír estas palabras miré al anciano de un modo interrogador, para obtener mas claras explicaciones.

—En las narraciones de que os hablo, dijo, reinan una especie de sencillez ingénua, de dulce sensibilidad, y de inagotable esperanza; un sentimiento sincero de admiración hacia la naturaleza, de reconocimiento hacia Dios y de amor á la humanidad: estas lecturas me enternecen y no llegan nunca á fatigarme; y cuando termino una de vuestras obras, me siento consolado, me parece que creo mejor, que soy mas amante, y me lleno de alegría en el fondo de mi corazón, descubriendo que cuerdas tiernas y puras, que se podían creer propias solo de las almas de los niños, vibran y resuenan aun en lo íntimo de mi alma.

Murmuré algunas palabras de gratitud, esforzándome en hacer creer al anciano que alababa mis obras mas de lo que merecian, probablemente por un sentimiento de benevolencia ó de simpatía: mas el rehusó esta razon y añadió en forma de final:

—Cada hombre siente de una manera que le es propia,

que quizá es innata en él, y que proviene, á no dudar, de las sensaciones de su juventud, y de los acontecimientos que han dominado su vida; yo no puedo, pues, pretender que los demas sientan como yo: pero aunque no hubiera yo hallado en vuestros libros otra cosa que la religion del recuerdo, y la fé en un porvenir mejor, esto bastaba para hacérmelos amar; hay además para que yo los quiera razones que no puedo deciros.

En este instante nos hallábamos, mi compañero y yo, cerca de dos ó tres aldeanos que venian hacia nosotros por el camino y guardamos silencio, hasta que se alejaron algun tanto; entónces me preguntó el anciano:

—¿Pensais solamente atravesar Bodeghem para ir á dormir á Benkelhout? ¿No es un deseo particular lo que os trae á nuestro pueblecito?

—Sí, por cierto, tengo la intencion de tomar, á mi paso por él, algunos informes acerca de una cosa que me han referido; mas, puesto que vos sois tan bueno y tan complaciente, ¿por qué no he de preguntaros lo que deseo saber?

—Preguntad, dijo el anciano, animándome con su afable sonrisa?

—¿Hay en el cementerio de Bodeghem un tumba de hierro?

—Hay, en efecto, un sepulcro, al cual los sencillos aldeanos llaman *La tumba de hierro*, porque se halla rodeada de una verja; pero este sepulcro no ofrece nada de notable.

La voz del anciano me pareció haber cambiado de repente de tono; era contenida y seca, como si hubiera querido abreviar ó cambiar la conversacion.

—¿Parece que cada día nacen flores nuevas sobre esa tumba? dije yo.

—Sí: todos los dias tiene flores nuevas, replicó.

—Me han contado que hay un banco de madera cerca

de la tumba, y que en este banco se sienta cada noche un espíritu, una dama blanca, desde hace ya muchos años.

—Es un cuento de niños, dijo el anciano con una triste sonrisa.

—Ya sé, caballero, repuse, que eso no puede ser mas que un cuento; pero á lo menos es indudable que alguno cuida las flores de esa tumba: las flores no salen por sí mismas de la tierra.

Mi compañero guardó silencio, yo proseguí de esta suerte:

—Hace algunos días, una aldeana de estas inmediaciones, vino á pedirme consejo á fin de obtener el perdón de su hijo, que habia sido condenado á una fuerte multa por un delito de caza; yo la hice hablar, y así supe todas las particularidades de la sencilla vida de esas gentes; ella es quien me ha hablado de la tumba de hierro, de las flores que se renuevan cada día, de la dama blanca, y de un ermitaño que se pasa rezando horas enteras al lado de la tumba: yo os suplico que seais bastante bueno para decirme lo que haya de verdad en la narracion de la aldeana.

—La cosa es muy sencilla, respondió mi compañero: el hombre que llaman el ermitaño, porque vive solo, cuida y adorna la tumba de una persona que le era mas querida que la luz de sus ojos; viviendo así desde la separacion fatal, cerca de un sepulcro, y concentrando todo su afecto en ese mismo sepulcro, él triunfó hasta de la muerte: porque ¿quién puede decir que la esposa que la tumba le arrebató le haya dejado realmente, cuando él la vé á cada instante, cuando renace cien veces cada día en su pensamiento?

Yo miraba al anciano con asombro: sus ojos brillaban con una luz extraña, y en su rostro radiaba el entusiasmo.

El notó el efecto que sus palabras producian sobre mí, é hizo un esfuerzo para dominar su emocion: mostróme el camino con el dedo, y me dijo con un tono mas tranquilo:

—Ved nuestra pequeña iglesia: si hubiéramos tomado la travesía, desde aquí veriamos ya la tumba de hierro.

Apénas puse atencion á lo que me decia, pensando en sus anteriores palabras.

—¿Una esposa habeis dicho, caballero? le pregunté: es, pues, una mujer casada, la que reposa en la tumba de hierro?

—Una vírgen pura como la azucena que nace con el alba, me respondió.

—¿Pero casada?

—Vírgen y esposa, en efecto.

No sabia yo qué pensar del tono solemne con que habia pronunciado el anciano estas últimas palabras: comenzaba á ser presa de una singular emocion; imaginábame que la tumba de hierro debia ocultar una lastimera historia, y mi curiosidad se hallaba excitada hasta el mas alto grado.

Seguramente el anciano adivinó que yo iba á insistir para obtener una explicacion mas precisa: tomó el pedazo de alabastro, que yo llevaba, antes de dejarme sospechar su intencion, y como yo me empeñase en continuar llevándolo, me aseguró que á lo menos en el pueblo debia rehusar mi ayuda, y esquivó, con gran despecho mio, las preguntas que acudian á mis labios: marchó hácia el cementerio, y me dijo:

—Venid, y os enseñaré la tumba de hierro: ved, allá abajo, cerca de la pared de la iglesia, esas flores detras de la verja: ahí está.

Me aproximé al lugar indicado y miré con asombro: en vano busqué una piedra ó un signo cualquiera que me indicase el nombre de aquella muerta tan amada: nada

había mas que flores: pero flores tan bellas y tan raras, y combinadas con un sentimiento tan profundo en la forma y el color, que solo la mano de un amante podía llegar á aquel grado de armonía: para mí era indudable que el ermitaño—si realmente era ermitaño el que velaba sobre la tumba—debía ser jóven, y estar aun mecido por todas las ilusiones de la vida: pero al mirar el banco de madera gastado por el uso, empecé á cambiar de idea.

—¿Hace mucho tiempo que se halla aquí este banco? pregunté al anciano.

—Hace cuarenta años.

—¿Ha sido el ermitaño quien lo ha usado todo este tiempo, viniendo á rezar por la muerta?

—Sí.

—Pero eso sobrepaja á las fuerzas humanas! exclamé yo con admiración: sentarse cuarenta años cerca de una tumba! Si esto es amor, qué sentimiento tan profundo, tan inmenso, tan infinito! El sacrificio, la abstracción de una alma que vive en la tierra, con otra alma que habita ya en el cielo! Se podría llamar á esto idolatría, si esta aspiración á las regiones celestes no respondiese de una fé inquebrantable en la bondad divina y en la felicidad, de un porvenir sin fin! Vivir para una muerta y con una muerta!

—Ella no ha muerto, dijo el anciano.

—¿No ha muerto! repetí; entónces, ¿qué prodigio ó qué misterio ocultan esas flores?

—Vos fingís no comprenderme, caballero, dijo el anciano con acento tranquilo y profundo; y no obstante, vuestro corazón me ha comprendido: ¡muerta! en tanto que yo os hablo, la veo, me sonríe y escucho su voz: ella me grita en medio de esas flores:

—¡El tiempo va pasando, y yo te espero! pronto nos reuniremos aquí arriba!

—Ella os espera! Luego sois vos quien os sentais en ese banco?

—Yo mismo.

—¿El ermitaño?

—Es el anciano que la casualidad os ha dado por guía, el escultor al que habeis conducido el pedazo de piedra sin saber para qué recuerdo sagrado va á servirle; pero venid conmigo y nada mas preguntéis: mirad, allí detras de la pared del cementerio, está mi habitacion: seguidme: vais á saber cosas que nadie mas que vos ha sabido jamás.

Yo me dejé conducir fuera del cementerio sin proferir una palabra: tras una pausa, el viejo continuó:

—Desde que se cerró ese sepulcro, no he tenido jamás expansion con nadie: á vos os amo, porque en vuestros escritos he visto que sois capaz de comprender una vida, á la que los otros llamarían una larga locura: mi paso sobre la tierra toca á su fin: un presentimiento secreto me dice que veré muy pronto á la que era mi solo bien, de otro modo que por el recuerdo; recibireis la confianza de lo que he esperado y sufrido, y cuando yo repose á su lado en esa tumba, referid mi triste y humilde vida, si creis que merece la pena de ser escrita.

Detúvose al decir estas palabras, detras de la pared del cementerio, y llamó á la puerta de una casa con fachada blanca, de la cual las ventanas estaban cerradas con persianas verdes: una criada anciana vino á abrir, y en tanto que penetrábamos, dijo mi compañero:

—Catalina, ved aquí un amigo, que comerá conmigo: poned otro cubierto.

La sirvienta se alejó sin responder una palabra, yo quise excusarme por el embarazo que ocasionaba al anciano y á Catalina, pero él me tomó por la mano, y me condujo al fondo de su casa, haciéndome entrar en una gran sala, que recibía la luz de un vasto jardín todo esmaltado de flores.

El aspecto de esta habitacion me asombró: hubiera podido creermé trasportado por encanto, á una sala de estudio de la Academia de Amberes, puesto que contenia una multitud de objetos que yo habia tenido otras veces entre las manos, y de los que habia visto muchos semejantes.

—Mirad todo esto, me dijo el anciano: cada cosa juega un papel mas ó menos importante en la historia que os voy á referir: pero no me pidais ahora una explicacion acerca de ello; eso seria tiempo perdido, y me obligaria á repeticiones molestas, para vos sobre todo.

Algunas cosas de las que se hallaban allí, no las habia yo visto en mi vida: sobre una mesa, se encontraban todas clases de figuras informes, como perros, vacas, pájaros, caballos y otros animales, groseramente tallados con la punta de un cuchillo sobre madera blanca: sobre una alfombrilla de terciopelo azul, se veian dos ó tres figuras bastante raras; al lado de una de esas cajas de ópalo, donde las mujeres ponen pastillas de menta ó grajeas de acitron, habia tambien un cuchillo con cabo de nácar, y muchas medallas de oro y plata, pendientes de cintas de colores, ya ajadas.

Dando la vuelta á la habitacion ví sucesivamente á lo largo de las paredes, todos los *estudios* ordinarios de los jóvenes discípulos de la Academia de Amberes: narices, orejas, manos, cabezas y luego figuras enteras: mas léjos todo esto se hallaba vaciado en tierra, y despues todos los estudios se reproducian en yeso.

No ví mas que una sola composicion característica en el fondo de esta habitacion: el artista, la tenia sin duda en gran estimacion porque la habia encerrado en un armario con puertas de cristales, para preservarla del polvo y de la humedad: era un grupo en yeso, que representaba una mujer muy jóven cuya mano izquierda reposaba sobre la cabeza de un niño: la otra mano, extendida hácia delante, señalaba el camino del porvenir: en la sonrisa

protectora de la jóven, y en la expresion de reconocimiento que se pintaba en las facciones del niño, habia un sentimiento profundo y casi misterioso, que me dejó sumergido en una emocion pensativa.

Despues de haber mirado durante algun tiempo aquella obra singular, dije á mi huésped:

—Esta estatua no es una obra de la fantasía, aunque tampoco haya sido concebida segun las reglas clásicas: esta mujer ha vivido: ¿no es verdad, caballero?

—Sí, ha vivido, respondió el anciano con un suspiro profundo.

—¿Será acaso la imagen de la que reposa allá abajo?

—La imagen de la que duerme en la tumba de hierro, rodeada de flores.

—¿Luego era bella?

—Bella como el sueño eterno de los poetas.

Yo guardé silencio, temeroso de entristecer á mi nuevo amigo con preguntas indiscretas; él fué al fondo de la habitacion: abrió una puerta grande, y dijo:

—Hasta ahora solo habeis visto los estudios del niño; entrad, y podreis juzgar tambien al artista: él tendrá una verdadera alegría si sus obras pueden asegurarle vuestra amistad y simpatía.

Seguíle al aposento contiguo, que era grande y recibia la luz por el techo: á lo largo de las paredes y sobre pedestales de madera, se elevaban un gran número de estatuas de mármol y de alabastro, de las cuales quedé admirado desde el primer golpe de vista.

Todas eran con evidencia la expresion del mismo pensamiento, reproducido bajo formas diversas: no habia ninguna que no hablase de la muerte y de la resurreccion á una vida mejor: ya era un ángel con las alas desplegadas, que llevaba hácia su celeste patria una jóven dormida en sus brazos; ya era el génio de la inmortalidad, abriendo una tumba, y mostrando al alma despierta el camino de

la luz: ya era la misma joven, saliendo á medias de su sepulcro, y extendiendo las manos con una sonrisa de deseo, como si llamase á alguna; ya era un mancebo, arrodillado sobre una piedra tumularia, y abrazado á un áncora simbólica; ya era el ave Fénix, elevándose con fuerzas nuevas, de la pira que contenia sus cenizas; ya en fin, otras mil figuras representando bajo formas diversas, la imagen de la vida futura despues de la muerte.

Todas estas composiciones, respiraban la sinceridad profunda del sentimiento de su autor; parecian vivir, no por la perfeccion de su forma corporal, sino por alguna cosa mas elevada, por el sello del alma, que el artista habia impreso en todas las partes de su obra, vertiendo en ellas un reflejo de la suya: las formas de las estatuas eran todas delgadas y finas, pero habia en el conjunto de estas creaciones, una expresion de pensamiento tan perfecta, unas proporciones tan armoniosas, tanta naturalidad, y no obstante, tanta poesía, que al mirarlas, yo me sentí como trasportado á un mundo de pensamientos místicos, y casi sobrehumanos.

—¡Qué hermoso es todo esto! exclamé entusiasmado: no debíais tener ocultas por mas tiempo, tantas obras maestras, caballero: enriqueced con un nombre ilustre el libro de oro de vuestra patria, y añadid un brillante florón á su corona artística.

El anciano sonrió á mi exclamacion: la impresion favorable que su talento habia producido en mí pareció causarle un íntimo placer: pero una especie de burla irónica, brilló en su mirada, como acusándome de exageracion.

—Creedme, porque os digo la verdad, exclamé de nuevo: expone alguna de estas obras, y un grito de admiracion se elevará de todas partes: si el gusto ha estado extraviado hasta hace poco por la admiracion exclusiva de las formas exteriores, hoy hay una gran tendencia, hácia ideas menos plásticas; el arte se inclina á la expresion del

pensamiento, del sentimiento y de las mas nobles aspiraciones del hombre: no priveis á la escuela flamenca de tan perfectos modelos.

El anciano bajó la cabeza, y murmuró como hablándose á sí mismo.

—¡Abandonar como alimento á la multitud mis recuerdos; y todos los latidos de mi corazón! permitir á la malevolencia levantar el velo de mi vida, y atraer las burlas, sobre todo lo que es sagrado para mí!

En este momento la sirvienta abrió la puerta y anunció que la comida se hallaba servida.

—Venid, caballero, me dijo el escultor, visiblemente satisfecho de esta interrupcion: la mesa del ermitaño, no os ofrecerá manjares esquisitos; pero siempre habrá bastantes para restaurar las fuerzas, de quien como vos ama la vida del campo.

Pusímonos á la mesa y comimos de dos ó tres buenos platos, á los cuales hice yo tanto mas honor, cuanto que la presencia de Catalina, me impedia hablar de lo que ocupaba mi espíritu.

Despues de la comida, el anciano me condujo á una estufa dependiente del jardín, y bastante espaciosa; de este modo supe donde nacia las flores exóticas y raras, que adornaban siempre la tumba de hierro.

Atravesando la estufa, entramos en el jardín, que era delicioso y se hallaba esmaltado de preciosas flores; lo que me hizo decir, riendo, que muchos desearian ser ermitaños en aquella soledad: mas el anciano sin contestar á mi chanza, me condujo á un cenador entoldado de elemtidas, y de madreselvas, se sentó, y mostrándome un sitio á su lado, me dijo:

—Pasareis aquí la noche; no admito esensas; mi historia, es mas larga de lo que pensais; si quereis conocerla por entero, es preciso que os sometais á esta necesidad: esto no me causa ninguna molestia; Catalina ha recibido

la orden de preparar vuestra habitacion; no dormireis peor, que en el meson del Aguila, donde contábais pasar la noche; está, pues, convenido, y sereis el huésped del ermitaño: armaos de paciencia, y perdonad á un anciano, que no vive mas que de recuerdos, si os cuenta particularidades, que solo para él tienen importancia: en una palabra, permitid que mi narracion me haga vivir en el pasado. Y el anciano escultor, empezó su relacion en los términos siguientes:

II

A un cuarto de legua de aquí, cerca de un claro y azulado arroyo, se eleva una pequeña casa llamada *La casa del agua*, y rodeada de bosques y de praderas.

Hace cincuenta años estaba habitada por Maese Wohe-naér, fabricante de zuecos, y conocido de todos los tenderos del pueblo por los lindos calzados de madera que solia hacer; su oficio le procuraba—bien que con mucho trabajo—bastante producto para subvenir á las necesidades de su numerosa familia; porque tenia nada menos que seis hijos; todos de muy tierna edad.

Tenia, además, en arriendo un pedazo de tierra; su mujer atendia al cuidado de algunas vacas, y esto traia á la casa de esta honrada familia un bienestar relativo.

Seguramente el laborioso artesano se habria tenido por muy dichoso, si una causa incesante de tristeza no hubiera traído una nube negra á su horizonte: entre sus seis hijos habia uno—de edad de once años—que se hacia notar por su belleza extraordinaria: tenia los cabellos negros y hechos báculos naturales, los ojos oscuros, brillantes y llenos de ternura y las facciones de una encantadora pureza: mas el pobre niño no sabia hablar; en los primeros meses de su infancia se habia caído de la cuna con la cabeza hácia adelante; habia sido atacado de convulsiones

espantosas y luchado largo tiempo con la muerte; se creyó que durante este accidente la lengua habria sido atacada de parálisis, porque aunque no podia articular ningun sonido distinto, oia muy bien, cuanto se hablaba.

El fabricante de zuecos, era mi padre: yo, el pobre niño mudo.

Mi padre me amaba, y me compadecia con todo su corazon: frecuentemente, cuando yo me hallaba en silencio á su lado, interrumpia su trabajo y fijaba en mí una mirada llena de tristeza y de piedad; entónces, yo le abrazaba, lleno de gratitud y trataba de consolarle con mis gestos, de la pena que le causaba mi desgraciada suerte; pero en lugar de consolar su tristeza, mis caricias solo conseguian algunas veces, hacerle llorar: yo hacia esfuerzos sobrehumanos para poder hablar; pero él no oia salir de mi garganta otra cosa que sonidos inarticulados, gritos roneos y penetrantes que le desgarraban el corazon: por otra parte, como todos los mudos, yo era de una sensibilidad extrema, y mis menores gestos, mis menores movimientos para expresar lo que pensaba ó lo que sentia, eran violentos y exagerados como los de un insensato.

Mis padres se preguntaban, si acaso el accidente de que habia sido víctima habria turbado mi cerebro: mis hermanos y hermanas me creian idiota: los niños del pueblo tenían miedo del pequeño salvaje de la Casa del agua, y me llamaban el *loco*.

Yo era muy joven, y sin embargo, me hallaba profundamente lastimado de ser tan mal pagado de todo el mundo: algunas veces, cuando llevaba á pacer nuestras vacas, permanecia durante largas horas sentado al lado de la pradera, y vertia amargas lágrimas; porque yo no podia hablar, y los otros muchachos, con quienes deseaba jugar, se burlaban de mí y me huian á causa de mi enfermedad: yo me sentia ya con fuerzas para probar que no merecia el nombre de *loco*, que me daban; tenia

sed de amistad y de estimacion, quizá habia en mí una especie de orgullo, que me inspiraba un deseo enfermizo de sobresalir por una cualidad cualquiera que fuese.

Quizá podria hallarse en esta aspiracion confusa de mi espíritu la razon del trabajo singular en que me ocupaba sin descanso: jamás salia al campo sin llevar en los bolsillos algun pedazo de madera: solo ya, y sentado al pié de un árbol, me aplicaba asiduamente á tallar con mi cuchillo imágenes de animales, y con frecuencia me quedaba sentado durante dias enteros, absorto en mi trabajo, y con la frente bañada de sudor: si yo conseguia, siguiendo mi idea, sacar de la madera una figura, mas ó menos parecida, saltaba, bailaba y reia como si hubiera alcanzado una victoria: mas si apesar de mis esfuerzos no aparecia bajo el cuchillo ninguna imagen que se pudiera reconocer, dejaba caer mi obra con desaliento y me torcia los brazos con despecho.

Cuando yo enseñaba á mi padre mis figuras de madera, alzaba los hombros con una triste compasion: la vanidad singular que yo tenia en mis groseros ensayos, le entristecia como si hubiera hallado en ellos una razon de mas para dudar de la claridad de mi inteligencia.

En cuanto á mí, me bastaba el que mi madre me sonriese algunas veces al ver mis obras, que mis hermanas se divirtiesen en jugar con mis figuras y que ninguno de mis hermanos, de mas edad que yo, supieran hacer otro tanto.

Un dia habia yo trabajado con ardor toda la mañana procurando copiar en un pedazo de madera la figura de nuestro anciano cura: cuando miro hoy aquel ensayo, me daria vergüenza si no estuviera unido á él un recuerdo sagrado; pero entónces me pareció tan bien hecho que me hallaba trasportado de alegría, y llevando las vacas al establo saqué mil veces de mi bolsillo el informe pedazo de madera para admirarlo y que el cuerpo y los vesti-

dos se pareciesen mas ó menos á los del cura, no era lo que me inquietaba; pero yo habia imitado con facilidad su sombrero y esto á lo menos se podia conocer al primer golpe de vista.

Temiendo que mis hermanas quisieran jugar con mi pequeña estatua la mantuve oculta y no la enseñé al volver á casa.

Me senté en un rincon de la cocina con la mano en el bolsillo acariciando mi obra maestra y sumergido en dulces pensamientos.

Mi padre habia ido á la ciudad para negocios de su comercio: mi madre, mi hermana y mis hermanos se hallaban en casa, y hablaban del propietario de esta: habian sabido que acababa de adquirir el castillo de Bodeghem y que aquel mismo dia habia llegado en un hermoso carruaje á visitar su nueva propiedad. Mi madre hablaba en voz baja para no despertar la atencion del inocente mudo, porque yo no sabia mas que estar inmóvil ó gritar como un poseido.

Mientras mi madre hablaba de esta importante nueva, la puerta se abrió de repente y una dama ricamente vestida entró en la habitacion llevando de la mano una niña que tendria apenas un año menos que yo.

Aquella señora era la esposa de nuestro propietario y conocia á mi madre, que habia recibido muchas veces de su mano el precio del alquiler de nuestra casa: así es que se sentó y se puso á hablar familiarmente de la casa de campo que su marido acababa de comprar, añadiendo que en adelante tendria muchas veces ocasion de ir á ver á los buenos arrendadores de las tierras y quintas que su esposo Mr. Pavelyn poseia en las inmediaciones.

Mis hermanos y hermanas escuchaban con curiosidad respetuosa lo que esta dama decia: en cuanto á mí, me habia puesto de pié y estaba como herido de inmovilidad ante la pequeña señorita: mi cuerpo temblaba: mis ojos

brillaban de admiracion, mi corazon latia violentamente, y por primera vez de mi vida la emocion que me agitaba no se manifestaba por medio de gritos salvajes.

La aparicion de un ángel, tal como yo lo comprendia por las descripciones de mi madre, no podia haberme producido una armonía mas violenta y mas viva, porque un ángel no podia ser mas hermoso que esta niña lo era á mis ojos: su frente y sus mejillas eran blancas como el alabastro, sus lábios finos, tenian el colorido de las hojas de la rosa: sus ojos eran azules y profundos como el cielo en un dia de estío; al rededor del óvalo perfecto de su lindo rostro caian sus cabellos rubios, espesos y sedosos en abundantes bueles: estaba vestida de terciopelo y raso: llevaba un collar de coral, brazaletes de oro y sus pequeños piés calzaban boreguines de tafíete.

Todo en ella me asombraba y me heria de una admiracion creciente: hasta su misma palidez y su delicadeza, porque esta delicadeza la hacia pasar á mis ojos por un ser superior, y de una esencia infinitamente mas elevada que la de los robustos y gruesos muchachos de nuestro pueblo.

Miróme ella durante algunos segundos, con sus ojos azules y pensativos, como para pedirme la explicacion de mi singular actitud: despues de una sonrisa tranquila y dulce, entreabrió sus lábios: esta sonrisa penetró en mi corazon como un rayo de sol, y me arrancó un grito salvaje: di un paso atrás y levanté los ojos al cielo como si la sonrisa de aquella niña, hubiera sido alguna cosa milagrosa.

Mi extraño grito, atrajo la atencion de la dama.

—¿Qué tiene ese niño? preguntó á mi madre. Es nuestro pequeño Leon, repuso mi madre: no hagais caso de él, señora: es mudo, y hace vanos esfuerzos para hablar.

Al decir estas palabras, mi madre llevó un dedo á la

frente, para hacer comprender que además de lo dicho, mi cerebro estaba enfermo.

—¿Os llamais Leon? es un nombre muy bonito: ¡ah! qué lástima que no podais hablar!

La emoción me arrancó algunos gritos confusos é inarticulados.

—Es preciso que perdais la costumbre de gritar así, dijo ella: eso es feo: no aprenderás nunca á hablar, pobre y pequeño Leon, nunca?

Yo no sabia lo que pasaba por mí: me parecía que en aquel momento, me hubiera dejado cortar la mano derecha por poder decir una palabra, una sola inteligible: de repente fuí presa de una violenta convulsion: mis miembros se retorcieron: mi rostro se volvió azulado: ya no grité: pero hice un esfuerzo sobrehumano, para pronunciar el nombre encantador, de la que dos veces habia pronunciado el mio.

Alguna cosa se desgarró en mi garganta, y el nombre de—Rosa! Rosa!—resonó por dos veces claro y sonoro en la habitacion.

Aniquilado por este esfuerzo gigantesco, me dejé caer sobre una silla, y quedé inmóvil, con la sonrisa de la dicha y del éxtasis sobre los labios.

—¡Bendito sea Dios! exclamó mi madre con las lágrimas en los ojos: mi hijo ha hablado!

Corrió hácia á mí, me tomó en sus brazos, y me pidió que repitiese otra vez la palabra que acababa de pronunciar: pero yo me persuadí, despues de largos é infructuosos esfuerzos, de que no seria ya capaz de una tan violenta tension de mis fuerzas.

Sin embargo, yo estaba encantado del éxito obtenido, y me esforzaba en hacer comprender por señas, que esperaba poder hablar: no cesaba de señalar á la pequeña señorita, y juntaba las manos delante de ella, para hacer comprender, que era á ella á quien yo seria deudor de la

palabra, de la dicha de mi vida, y la daba gracias como á un ángel enviado por Dios, para traerme la esperanza y la libertad.

Rosa se hallaba visiblemente enternecida de estas muestras de gratitud, y una alegría sincera brillaba en sus azules ojos: sin duda era dulce para su corazon compasivo, el pensar que su presencia habia hecho algun bien á un pobre niño como yo: tiró á su madre del chal, para obligarla á que se inclinara, la dijo alguna cosa al oído, y despues de ver su gesto afirmativo, se acercó á mí: sacó del bolsillo de su traje una cajita de una piedra blanca y trasparente, cubierta de estrellas de oro, y la puso en mi mano diciéndome con dulzura:

Tomad, Leon: esto es para vos: ahí dentro hay unas pastillas que os gustarán mucho: es preciso que hagais todo lo posible, para aprender á hablar: y cuando sepais, yo os daré cosas todavia mas bonitas.

La amable niña, no tenia otra intencion que la de consolarme; decíame estas dulces palabras por caridad, y como una limosna hecha á mi desgracia: mas su piedad hizo sobre mí una impresion mas profunda, de lo que ella podia figurarse; sus palabras cayeron una á una como un rocío bienhechor, sobre mi corazon oprimido, y se grabaron con rasgos indestructibles en mis recuerdos; yo quedé con su regalo tan admirado, tan enternecido, que continuaba en dar vueltas entre mis dedos á la linda cajita, y no apercibí que mi madre la tomaba para admirarla á su vez.

Al fin volví en mí, y probé á hacer comprender á la hermosa niña cuánta era mi tristeza por no poder hacer nada para darle gracias por su regalo: saqué del bolsillo el retrato del cura y lo puse en las manos de mi bienhechora, diciéndole por gestos que yo mismo lo habia tallado y que se lo daba en cambio de su caja.

La dama al ver este objeto informe, pareció sorprendi-

da de mi simplicidad: mi madre me excusó diciendo que yo me ocupaba durante días enteros en trabajar figuritas y que sin duda creía que aquella valía alguna cosa: mis hermanos se reían de mi presunción.

Rosa miraba sin decir nada mi pobre regalo, le hacía tener de pie en su mano, le daba vueltas y parecía divertirse mucho.

¿Qué me importaba que todos se burlasen de mi obra si ella la juzgaba digna de su atención?

Un sentimiento de alegría inefable inundó mi alma, cuando Rosa, rehusando dejar la imagen del cura que mi madre quería tomarle, dijo á la suya:

¡No mamá! déjame lo conservar! ese pobre niño lo ha hecho y es bonito: esta noche se lo enseñaré á papá y me servirá para jugar.

—Cosas de niños! dijo la dama encojiéndose de hombros; se les dan juguetes y muñecas de gran valor y prefieren divertirse con cosas que no tienen ninguno: al cabo de algunas horas abandonan lo mismo el juguete malo que el bueno y ya no piensan mas en él.

Mis tristes miradas y mis gestos preguntaron á Rosa si sería esta la suerte de mi humilde presente, pero una señal de cabeza me tranquilizó: me había comprendido y me prometía conservar el retrato del cura.

—Ya es tiempo de que partamos, dijo Mme. Pavelyn: mi esposo nos espera, y acaso están ya enganchados los caballos al carruaje: este año no habitaremos el castillo, que debe ser restaurado y amueblado: hasta la primavera no puede estar en estado de recibimos, entonces nos veremos, pues yo os estimo, hoy hemos venido solo á visitar la nueva propiedad: partamos, Rosa: da la mano en señal de despedida al pobre Leon, y volvamos al lado de tu padre.

Fácil fué leer en mi semblante cuanto me afligía esta

marcha precipitada. Rosa me estrechó la mano y me dijo al oído:

—No os pongais triste, Leon: aprended pronto á hablar y haced figuritas para mí: yo volveré y estaré muy contenta.

Yo puse la mano ante mis ojos para no verla partir: mi madre me rió duramente por mi impolítica y me amenazó con decir á mi padre lo poco razonable de mi conducta.

III

MUY difícil me sería el pintaros la vivísima impresión que la señorita Pavelyn hizo en mi espíritu: mis padres mismos no reconocían ya en mí á su pequeño salvaje: mis ideas habían tomado cierta gravedad y era ya muy raro que se escapara de mi boca uno de aquellos gritos que antes lanzaba de continuo: cuando estaba en casa, me retiraba á un rincón de la cocina y estaba allí inmóvil, silencioso y con la mirada perdida en el espacio: tenía sin cesar ante los ojos la blanca y pura aparición que me sonreía, me estrechaba la mano y murmuraba cariñosamente á mi oído:

—Aprended pronto á hablar y entónces yo volveré.

Casi nunca quería jugar con mis hermanos, y huía igualmente de los muchachos del pueblo: pensar en ella, era la única ocupación de mi espíritu; repetir sin cesar en el fondo de mi corazón sus dulces palabras bastaba á mi vida.

Yo temo, amigo mío, que me actéis en vuestro interior de exageración: semejante profundidad de sentimientos en un niño de once años, seguramente no os parecerá natural: sin embargo, vos, que mejor que nadie habeis conservado vivos los recuerdos de vuestra infancia; debéis saber que el corazón de un niño se deja enternecer mas fácil y mas profundamente que el de una persona en

quien la razón y la experiencia han apagado, mas ó menos, la sensibilidad; verdad es que las emociones de los niños son de ordinario mas fugitivas; pero á mí, la ausencia de la palabra me colocaba en una situación excepcional y me reducía á una meditación solitaria: los mismos pensamientos se presentaban cien veces á mi espíritu, y por esta reacción continua de mi alma sobre ella misma, mi sentimiento adquiría una profundidad que hubiera sido extraño en un niño dotado de la palabra.

Los testimonios de afecto que la señorita Rosa me había dado, me habían inspirado un grande orgullo: y ya fuese este orgullo, ya el reconocimiento, ya una secreta simpatía, la imagen de mi bienhechora estaba sin cesar ante mis ojos, y todas las fuerzas de mi alma se concentraban para pensar en ella.

Esta distracción singular y la mirada incierta de mis ojos eran miradas por mis padres con síntomas muy tristes, y no les dejaban duda de que mi razón estaba herida de una debilidad incurable.

Alguna vez, cuando expresaban este temor, me esforzaba yo en hacerles comprender que se engañaban: mas para lograrlo, gritaba y me agitaba como antes, y esto no hacía mas que aumentar su pena y confirmar sus temores; y como mis gritos habían llegado á serme tambien desagradables, tomé aversión á estos inútiles esfuerzos de hacerme comprender por la palabra.

Todo volvió al orden natural entre mis padres y yo; bien pronto dejaron de ocuparse de mí, casi por completo; y, para evitar en lo posible á mi padre la penosa vista de su desgraciado hijo, mi madre me enviaba á la pradera con las vacas y pasaba sin entrar en casa dias enteros.

Allí, en una soledad completa, podía meditar y soñar desde el alba hasta que la aproximación de la noche me llevaba á casa; pero no pasaba los dias en la ociosidad: recordaba que mi bienhechora me había dicho:

—Aprended pronto á hablar y haced para mí unas figuritas.

Este último deseo podia yo cumplirlo fácilmente; mas ¡ay! el primero me era de todo punto imposible.

Su deseo era una ley, cuya inflexibilidad me espantaba, y á la cual, no obstante, yo queria obedecer, aunque me costase desgarrarme la garganta con mis esfuerzos.

Durante dos eternos meses me esforcé constantemente en repetir á lo ménos una vez, su nombre querido: hacia toda clase de gestos, contraia los lábios, me llenaba la boca de pedacitos de madera y movia rudamente mi lengua rebelde: mas aunque el sudor corria por mi frente, su nombre no queria salir de mis lábios, ni distintamente, ni aun mal articulado.

¡Cosa extraña! yo oia bien y podia juzgar del valor de los sonidos que producía: no habia ninguna inflexion de la voz humana que yo fuese incapaz de ejecutar, ninguna letra que no pudiese pronunciar: mas se hubiera dicho, que los nervios del aparato vocal, se habian roto y no podian obedecer á mi voluntad. Cuando queria pronunciar una letra, ó una palabra, otros sonidos acudían á mis lábios, y aunque me preparase durante horas enteras antes de dejar escapar un sonido, con la certidumbre de que la voz no engañaria mis esfuerzos, cada vez venia á herirme la misma amarga decepcion.

No exagero al deciros que muchas veces al dia derramaba lágrimas de desconsuelo: me arrancaba los cabellos y me dejaba caer en el suelo, rodando convulsivamente, con una desesperacion que se parecia, en efecto, á la mas completa locura.

Poco á poco me fué preciso reconocer mi impotencia y perder toda esperanza de saber hablar: entónces me puse triste é invadieron mi espíritu un gran desaliento y una extrema languidez: el sentimiento de orgullo que habia hecho nacer en mí la compasion de Rosa, me habia hecho

creer que alcanzaria á salir de mi estado de humillacion: esta consoladora, esta radiosa perspectiva se habia cerrado á mis ojos: una nube sombría habia ocultado la estrella brilladora que alumbraba mi porvenir: yo debia para ser siempre el mudo inocente la desgraciada criatura que no podia ni aun expresar su reconocimiento á los que le compadecian.

Mas de una vez permanecí aniquilado por esta terrible conviccion: en fin, cuando la última centella de la esperanza se apagó en mí, acepté mi triste suerte con resignacion, y un poco de paz volvió á mi alma.

Entónces empecé de nuevo á tallar con mi cuchillo figuritas de madera, pero no guiado por un sentimiento de orgullo ni por la esperanza de distinguirme de los demas muchachos de la aldea: me hallaba movido solamente por un sentimiento pasivo de reconocimiento y de deber: yo sabia que mi trabajo seria agradable á la caritativa señorita, y este era el único móvil de mi actividad.

En poco tiempo fabriqué bastantes estatuas: habia figuras que yo designaba con el nombre de vacas, caballos y corderos, aunque todas se asemejaban mucho entre sí, habia tambien en mi coleccion casas, iglesias, pájaros y hombres: pero lo que mas me agradaba, lo que miraba con profunda complacencia, era un guarda campestre con su gran sombrero puesto y el sable desnudo en la mano.

Habia yo conseguido, despues de muchas instancias, que mi madre me diese la llave de uno de los cajones de nuestra cómoda: allí encerré todas mis obras para no sacarlas hasta que Rosa llegase á Bodeghem: nadie podia ver estos productos de mi arte: ella sola, para quien yo los habia hecho, debia recibirlos de mis manos antes que ninguna otra mano profana los hubiese tocado.

Así se pasaron los meses: así llegó el invierno que debia preceder á su vuelta.

Hacia el año nuevo mi madre debía ir á la ciudad á pagar el término cumplido de nuestro arrendamiento; á fuerza de ruegos y súplicas la decidí á llevarse el guarda campestre y á prometerme que lo entregaria á la hija de nuestro amo.

Durante la ausencia de mi madre estuve dominado por una agitacion extraordinaria: corria al rededor de la casa y en los campos vecinos empujado por una viva inquietud: ¿qué diria Rosa de mi obra? ¿Se sonreiria al verla? ¿Se alegraria de que se la hubiese enviado? en todo caso, mi madre le hablaria de mí, y por su parte ella le diria que dijese en su nombre algunas palabras.

Me parecia en mi ansiosa espera que oia á Rosa pronunciar mi nombre, porque no podia ser otra voz que la suya, el timbre argentino que resonaba en el fondo de mi alma, que me hacia temblar y mirar al derredor mio como si la oyese murmurar con voz compasiva:

—¡Pobre Leon!

Desde el medio dia, ya me hallaba yo en el camino, y á mas de media legua de nuestra casa para ver si mi madre volvía: desde que la apercibí corrí á su encuentro y la pregunté con los brazos extendidos y los ojos brillantes, como habia sido recibido mi guarda campestre.

Mr. Pavelyn lo habia examinado con curiosidad y se habia reido de muy buena gana: Rosa se habia mostrado muy satisfecha y me enviaba mil gracias por mi regalo: añadiendo que en la próxima primavera vendria al castillo con sus padres y se alegraria en extremo de tener muchas figuritas de madera para jugar.

Mi alegría era inexplicable; y movido por mi emocion me puse á saltar y á gritar como lo hacia en otro tiempo.

Algunas palabras de mi madre, me calmaron súbitamente é hicieron desaparecer toda mi alegría: Rosa habia preguntado si el pobre Leon sabia ya hablar: esta pre-

gunta me recordó el sentimiento de impotencia y me llevó á la conciencia de mi desgracia.

¡Ay! la angélica niña me habia dicho:—Debeis aprender á hablar—y yo, pobre desheredado de este mundo, era tan mudo como cuando ella vino á nuestra pobre casa: hubiera sacrificado la mitad de mi existencia para poder cumplir su orden caritativa; pero no era dado ofrecerle esta prueba de mi gratitud.

Incliné la cabeza y marché silenciosamente por el arenoso sendero asido á la mano de mi madre, y aunque para reanimar mi valor ella me contaba muchas otras cosas de la gentil señorita, no pudo conseguir consolarme.

IV

LAS heladas habían cesado y el sol había hecho desaparecer la nieve de nuestros campos: la primavera iba á venir y con ella la angélica criatura que desde hacia siete meses vivía en todos mis pensamientos.

En mi impaciencia me paseaba todas las mañanas en los campos y los bosques para ver si las plantas primaverales daban ya alguna señal de despertar; espiaba las ramas de los árboles para ver si mostraban las verdes almendras que se despliegan luego en frondosas ramas; esperaba impaciente la primera hoja de anémona en el bosque, sabiendo que es la primera que se muestra al pie de las jóvenes encinas, seguía con los ojos á los pájaros para descubrir en su pico algún fragmento de paja, gaje de su confianza en la vuelta de la primavera.

Después de muchas noches frías, el aire se volvió mas dulce, y con grande alegría empecé á descubrir los signos del despertar de la naturaleza: bien pronto las violetas asomaron en el borde de los senderos y perfumaron el ambiente: los botones de oro esmaltaron la pradera y millares de margaritas, hicieron brillar sus estrellas de plata sobre el terciopelo verde de la yerba tierna: florecieron después el espinó, el fresal, el almendro y la liélguída: los albaricoques desplegaron poco á poco su follage y

los arbustos de la quinguilla mecieron coquetamente sus racimos de flores blancas que llenaban de un dulce perfume la fresca atmósfera del mes de Mayo.

El instante tan largo tiempo esperado no estaba, pues, lejos: cada día Rosa podía dejar la ciudad para venir á habitar el castillo, porque el grato embalsamado ambiente de la primavera y el claro sol invitaban de un modo irresistible á irse á pasear á los campos.

Mas en vez de sentir nacer la alegría dentro de mi alma, yo sentía al contrario desfallecer mi valor y descender á mi corazón una inquietud secreta á medida que se aproximaba el instante deseado.

Ella iba á preguntarme:—¿Sabeis ya hablar?—y yo con la vergüenza en la frente, el corazón lleno de dolor y de despecho, me sería forzoso responderle por signos que era tan mudo como antes: una vez que esta idea nació en mí, el temor fué tomando proporciones insensatas porque nada ni nadie venia á combatirlo: algunas veces palidecía de repente, viendo surgir ante mis ojos la imagen de la pequeña Rosa y temblaba al oír salir de sus labios la pregunta fatal:

—¿No sabeis aun hablar?

Volvíme triste, solitario, y estaba sumergido de continuo en sombrías meditaciones.

Hasta entónces me había aplicado con ardor á tallar figuritas: como el cajón de la cómoda estaba lleno desde hacia largo tiempo, yo había dado á mis hermanas las que me parecían de ménos mérito, y había fabricado otras nuevas y mejores á mi juicio pero mi desaliento llegó á un grado que ya no tenía ni el valor ni el deseo de proseguir mi trabajo, y durante quince días guardé en el bolsillo la llave de mi cajón, sin tocarla.

Mi angustia aumentó cuando un lunes, al volver mi padre del mercado de la ciudad, nos trajo la noticia de que el sábado siguiente Mr. y Mme. Pavelyn con su hija

llegarian al castillo: desde este instante se hubiera dicho que un mal secreto agitaba mis nervios con terribles sacudidas: veinte veces palidecía y temblaba en una hora sin causa aparente: mi madre me creía enfermo y me preparaba tisanas que me hacía tomar: yo bebía el remedio sin decir la causa de mi singular agitación; pero cuando podía, corría por los campos mas lejos de mi casa y me ocultaba en los bosques como si en la soledad no oyera esta terrible pregunta:

—¿Todavía no sabéis hablar?

No acierto hoy á explicar lo que me sucedía; pero temiendo horriblemente la llegada de Rosa, y anhelando refugiarme en los bosques, para no hallarme de improviso en su presencia, me sentía arrastrado á pesar mio hacia los alrededores del castillo, y hacia el camino que ella debía seguir, para venir á nuestra quinta: cuando llegaba cerca de la magnífica morada, que ella debía habitar, huía; pero volvía muy pronto á los mismos sitios, sin casi tener la conciencia de ello.

Un día—era el mes de Mayo de 1806—había yo errado en los bosques desde el alba, y había llegado al fin, á la avenida del castillo: despues de haber mirado por largo tiempo el edificio por detras de un bosquecillo de celindas y de madreselvas, me había vuelto hacia el camino: había apoyado la cabeza en el tronco de un árbol, y miraba al suelo, sumergido en dolorosas reflexiones.

No sé cuanto tiempo permanecí así; pero fuí atraído á la realidad de la vida, por el son argentino de una voz, que gritaba á lo lejos con acento de alegría.

—¡Leon! Leon!

Era la voz de Rosa: la misma voz que me hablaba siempre en mis sueños: así es que no me dí prisa en volver la cabeza, creyéndola una ilusión de mis sentidos.

Pero cuando un pequeño movimiento me hizo volverme hacia el castillo, fuí atacado de un temblor convulsi-

vo, al ver á Rosa, á la misma Rosa, que entre un elegante caballero y una hermosa dama, y seguida de una criada, salía del jardín del castillo, y entraba en la avenida, Rosa tiraba al caballero de la mano, para correr hacia á mí; pero el caballero, que era su padre, la detuvo hasta el momento en que solo nos separaban algunos pasos: entónces, ya le fué imposible contener mas largo tiempo la impaciencia de su hija: Rosa dió un salto, se puso á mi lado, y se apoderó de mi mano temblorosa: yo estaba lívido, y veía ya salir de sus lábios la temida pregunta.

En efecto sus primeras palabras fueron:

—¿Sabéis ya hablar, Leon?

Dejé caer la cabeza sobre el pecho, y mis lágrimas silenciosas le dijeron que era tan mudo como antes.

—¡Pobre Leon! exclamó ella: no lloreis así, tened valor: el año pasado, habéis sabido pronunciar mi nombre: ya aprenderéis á hablar, poquito á poco.

En tanto que la niña hablaba, sus padres se habían aproximado á nosotros. Mr. Pavelyn puso su mano sobre mi cabeza, y me obligó por un dulce movimiento, á levantar el rostro hacia él, despues que me hubo contemplado durante algunos instantes, dijo con un acento lleno de benevolencia.

—¿Es este el hijo de nuestro arrendador, que te ha dado el cura y el guarda campestre? por cierto que es un lindo muchacho! hermosos ojos! cabellos soberbios! ¿y es posible que no sepas hablar nada, pobre criatura? tan vivo, tan diestro como eres; será posible que permanezcas sin aprender á hablar toda tu vida? ciertamente que sería una gran desgracia! pero ¿por qué lloras, hijo mio? te han hecho algun daño?

—No, papá: llora porque no sabe hablar, dijo Rosa suspirando.

—Puesto que oye, y que ha sabido pronunciar tu nombre, no debe serle imposible el aprender: ya sabría acaso,

33249

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

si su familia se hubiera tomado un poco de trabajo; pero los aldeanos dejan á sus hijos casi abandonados, y ellos mismos no aprecian el valor de la palabra.

Al oír esto ya no pude contenerme mas: la acusación me hirió cruelmente: traté, por toda especie de gestos y de gritos inarticulados, de demostrar al padre de Rosa, que la voluntad no me habia faltado, y que durante muchos meses habia hecho vanamente todos los esfuerzos posibles, para repetir otra vez el nombre de su hija.

Mr. Pavelyn me miró con asombro pero con una benevolencia evidente: mis ojos brillaban; mis movimientos estaban llenos de energía; y explicaba por medio de gestos, perfectamente comprensibles, que me dejaria cortar de buena gana el brazo derecho en cambio del don de la palabra: el padre de Rosa me tomó las manos, hizo cesar mis gestos, y me obligó á estar tranquilo; volvióse despues á su esposa, y ví que le decia:

—¡Pobre niño! es muy hermoso y muy interesante! y su madre que pretende que su cerebro está trastornado! no, se engaña con seguridad; este niño no es idiota; al contrario, su inteligencia es muy clara y muy preciosa.

La mirada que mis ojos lanzaron al padre de Rosa brillaba sin duda de un reconocimiento bien sincero, porque noté que el compasivo caballero se habia enternecido profundamente.

Sentíme de repente consolado, y lleno de un nuevo valor, y me disponia á explicar mi gratitud, por nuevos signos; pero Rosa habia vuelto á tomar mi mano; y me preguntó si habia fabricado nuevas figuras para ella.

Conté rápidamente por mis dedos, y le enseñé la llave para decirle que habia hecho muchas, y que se las guardaba en casa y cerradas para que nadie las viese mas que ella.

Rosa llena de curiosidad, rogó á sus padres que anduviesen aprisa, para ver, lo antes posible, las figuritas; aque-

llos accedieron á su deseo, y algunos instantes despues Mr. Pavelyn, entraba con su familia en nuestra humilde morada.

Sin atender á los saludos y reverencias de mis padres, yo me lancé á la cómoda; abrí el cajon que encerraba mi trabajo de seis meses, y empecé á arreglar todas las figuras sobre la gran mesa.

Coloquélas procesionalmente, como una caravana de personas y de animales en viaje; tantas habia, que el cortejo cubrió toda la mesa, y no quedó sitio para colocar en ella las casas y las iglesias.

Un asombro creciente se leia en los ojos de Rosa: y cuando pudo abrazar, de una sola mirada, toda esta riqueza, y yo la dije por señas, que era todo suyo; se puso á batir las palmas, y á saltar de alegría; esta alegría me hizo muy dichoso, y llegué á creer que habia hecho cosas realmente admirables, puesto que habia alcanzado tan completamente el fin de mis esfuerzos.

Expliqué detenidamente á Rosa con mis gestos lo que significaba una caída de las figuras: hacia galopar á los caballos, remedaba al pastor reuniendo á las ovejas y colocaba á los pájaros en los tejados de las casas y en los campanarios de las iglesias como estaba acostumbrado á ver.

Rosa abria sus grandes ojos azules y miraba en silencio las escenas que representaba yo: parecíame enajenada de una alegría infantil, y un sentimiento de dicha infinita inundaba mi corazon: mis padres conversaban con Mr. y Mme. Pavelyn, y mis hermanos escuchaban atentos; Rosa y yo nos ocupábamos solamente de nosotros mismos, ella prestaba toda su atención á sus muñecos y á mis juegos.

El sudor corria por mi frente con los esfuerzos que hacia para hacerle comprender claramente por señas lo que queria expresar: le enseñaba un cazador que iba á matar una liebre y despues el perro que iba á buscarla:

simulaba un combate entre dos soldados y les hacia mover sus grandes sables, el uno contra el otro: representaba yo sin duda esta escena de una manera muy viva y muy comprensible porque Rosa parecia conmovida y espantada: mas cuando uno de los soldados fué vencido por su enemigo, y cuando en su caída arrastró toda una hilera de vacas y de caballos, y otra de árboles y de casas, ambos dejamos escapar una carcajada y Rosa se puso á bailar de gusto: para aumentar su alegría yo me puse á correr y saltar al rededor de la mesa, lanzando gritos salvajes.

El ruido que hacíamos interrumpió la conversacion de los padres de Rosa con los míos: aquellos nos miraron con gran satisfaccion y parecieron agradablemente sorprendidos de ver á su hija encarnada de alegría y divirtiéndose locamente.

Mr. Pavelyn se acercó á la mesa, tomó algunas de las mas regulares y mejores figuras: las examinó con benevolencia, y meció la cabeza con aire de satisfaccion: despues, dándome un golpecito en el hombro, me dijo:

—¿Has hecho tú solo todo esto? Bravo muchacho! no es por cierto muy hermoso, pero hay algo en tí de artista: díganlo si no esos gendarmes que se adelantan con sus largas piernas: y ¿qué vas á hacer con toda esta legion de hombres y de animales?

Yo mostré á su hija con el dedo.

—Dice que todo es para mí, papá! exclamó Rosa, oh! qué bien podré yo jugar! Leon me enseñará como deben marchar los unos detrás de los otros; cada uno en su sitio como están ahora.

—Pero Rosa, objetó su padre, ¿por qué hemos de despojar á este pobre niño de sus juguetes?

Yo corrí al otro extremo de la habitacion y tomé un cesto de mimbrés en el cual reuní todas las figuras, alargándolo despues á Rosa: ésta vacilaba en aceptar mi re-

galo, mirando á su padre con aire interrogativo: durante un instante temí que rehusase mi pobre ofrenda y temblé de terror; pero junté mis manos y miré á Mr. y Mme. Pavelyn con un aire tan suplicante, y en mis ojos debía leerse un rasgo tan ardiente, que al fin llamaron á la criada que les habia seguido y que se hallaba cerca de la puerta, y le entregaron el cesto que contenia mis obras: yo levanté los brazos al cielo en señal de alegría y dejé oír un grito de triunfo.

Nuestro amo habló aun con mis padres, y habló de Rosa: todo lo que pude comprender fué que su hija era de una salud delicada y que estaba satisfecho, pues Rosa que ordinariamente tenia poca aficion á jugar, se habia divertido con mucha gana y animacion.

Al fin los esposos Pavelyn se levantaron para irse, y el padre de Rosa, tomándome la mano, me dijo en tono muy amable:

—Nosotros nos marchamos, Leon; pero mañana ven al castillo, á la una: Rosa te hará tambien un regalo en cambio del tuyo: es una cosa que hemos traído de la ciudad para tí: comerás con nosotros y jugarás con Rosa en el jardin. Adios, mi bueno y amable Leon.

—¡Leon! me gritó la niña al salir, hasta mañana ¡verás cuánto nos divertimos!

Yo me dejé caer, temblando, sobre una silla. ¡Iba á comer en el castillo, en la misma mesa que Rosa! sus padres me demostraban tanta compasion y tanto afecto como ella misma! yo, el mudo, era el escogido, el preferido entre todos mis hermanos!

Mi corazon cantaba con celestial armonía esta sola palabra: ¡Mañana! ¡mañana!

¡CUÁN agitado fué mi sueño aquella noche! cien veces soñé, que con mi mano en la de Rosa, jugaba en un jardín tan hermoso como el paraiso que mi madre me había descrito con frecuencia; corriamos, bailábamos, saltábamos, y nos divertíamos con una alegría inexplicable: Rosa me decía mil cosas dulces y tiernas, y yo; ¡desgraciado de mí! estaba dotado del don de la palabra, y le aseguraba mi reconocimiento en un lenguaje claro y sentido.

Alguna vez me figuraba que comía tan hermosas y tan apetitosas confituras, que los jardines de la feria y los buenos dulces de la tienda del sacristán, no eran nada comparados con estos.

Otras veces, mi imaginación se afanaba en resolver el enigma que ocupaba mi imaginación desde la víspera, despertando mi curiosidad. Rosa me había prometido un regalo en cambio de mis figuritas: ¿qué podría ser este regalo? me era imposible hacer una suposición probable; ¿sería algún caballo grande de madera, alguna bella corbata, ó acaso un hermoso pastel? pero mi razón me decía que me engañaba en todas estas suposiciones.

Impulsado por mi impaciencia, me levanté á media noche, creyendo que era ya de día: mi madre me riñó y me envió de nuevo á acostar: en fin, el deseado día empezó á aparecer: apenas habíamos tomado el café que nos servía de desayuno, cuando empecé á importunar á mi madre para que sacase de la cómoda mi traje de los domingos: costóle mucha pena el convencerme de que no debía ir al castillo hasta despues de mediodía, y que tenía aun largo rato que esperar, fuíme á sentar en un rincón del cuarto, y permanecí con los ojos fijos en el reloj: despues que hube probado por dos ó tres veces á hacer comprender á mi madre con mis gritos impacientes que la aguja se hallaba parada, se enojó, me tomó por el brazo y me puso en la puerta, prohibiéndome volver hasta que el reloj de la iglesia hubiese dado las doce.

Solo ya, empecé á pasearme en el bosque y en el campo, volví al pueblo, di mil vueltas al rededor de la iglesia y miré mil veces con despecho la perezosa aguja del cuadrante, hasta que al fin, la primera campanada de las doce resonó en los aires y me arrancó un grito de alegría.

Cuando llegué á mi casa, estaban sentados á la mesa: yo ocupé mi sitio acostumbrado al lado de mi padre; pero mi plato quedó vacío, pues debía comer en el castillo: mis padres hablaban, riendo de los succulentos manjares que yo debía comer: mis hermanos estaban silenciosos y me consideraban con una mirada poco benigna: la pobre comida de nuestra casa parecía serles muy agradable, aunque de costumbre, y mas de una vez dejaron caer la cuchara con desaliento, cuando mi padre hablaba chancéándose de las aves asadas y de los castillos de mazapan que llenarian la mesa de nuestros señores. En cuanto á mí, no prestaba ninguna atención á lo que se decía: estas descripciones no me interesaban nada: yo no veía mas que la amable sonrisa que iluminaba el dulce rostro de Rosa.

Al terminarse la comida, mi madre me sentó sobre sus rodillas y empezó á desnudarme: lavóme muy bien con agua caliente y jabon, y humedeció mis cabellos, que rizó despues con sus dedos en gruesos anillos; largo tiempo duró mi atavío, porque mi madre queria que estuviera lo mas hermoso posible, aunque mi padre pretendia que era absurdo el vestirme con mi traje de fiesta para ir á jugar.

Antes de dejarme partir, mi madre me colocó enfrente de ella, y me dijo con aire grave y severo de qué modo debía comportarme en el castillo y todo lo que podia hacer y no hacer: me dijo que era preciso me limpiase cuidadosamente los piés delante de todas las puertas, antes de entrar en las habitaciones: me encargó me quitase la gorra para saludar y que me limpiase las narices con el pañuelo que me habia puesto en el bolsillo de mi pantalon: no debía gritar ni hacer gestos y, si me daban alguna cosa, debía besarla á mí propio la mano, porque no sabiendo hablar, no podia manifestar de otro modo mi gratitud.

La una sonaba en el reloj de la iglesia, cuando mi madre, dándome el beso de despedida, me dijo que ya podia irme, lo que hice temblando de impaciencia.

Corrí sin descansar todo el pueblo, y la avenida que lleva al castillo: pero cuando me aproximé á la verja que estaba abierta y no ví á nadie en el jardín, me sentí presa de un terror secreto: entré sin embargo, pero solo hallé el silencio y la soledad en torno mio.

¡Qué bella perspectiva se desplegó ante mis ojos! una ancha esplanada, parecida á una pradera, se extendia por todos lados, rodeada de grandes árboles: entre el verde césped, veia un hilo de agua clara y azul, que yo hubiera tomado por el que pasaba cerca de nuestra casa, pero que era sin embargo mas ancho y mas profundo; un puente redondo, como un arco gigantesco pasaba de un

lado á otro: este puente estaba formado de ramas de encina, admirablemente entrelazadas, y me pareció que no me atreveria jamás á atravesarlo de miedo de sentirle crugir bajo mis piés, y romperse bajo mi peso.

Al derredor del jardín se elevaban árboles colosales, espesos, como un bosque impenetrable: al pié de estos árboles, las lilas crecian con tanta abundancia, que sus flores rodeaban el jardín como una inmensa guirnalda, y perfumaban el aire del aroma mas delicioso; por todas partes á donde yo dirigia la mirada, á lo largo de los senderos, y en los terrenos donde crecian plantas, veia flores y arbustos que me eran totalmente desconocidos, y que me asombraban por sus extrañas formas y sus brillantes colores.

La soledad completa y el silencio solemne que allí reinaban, me causaron miedo: aproximeme al castillo paso á paso; mi corazón palpitaba aceleradamente en mi pecho, y acaso no hubiera podido llegar, á no abrirse una puerta de repente: Rosa salió por ella, y corrió á mí llena de alegría: me tomó por la mano, me condujo hácia el edificio y me dijo con tono de reconvencion:

—¿Por qué has tardado tanto? eso no está bien hecho, Leon: ya estamos comiendo, y mi padre podia haberse incomodado.

Y leyendo en mi rostro que sus palabras me causaban miedo, añadió:

—Vamos, vamos! es en broma lo que digo: no tengas miedo, sino por el contrario, está muy alegre: ¡cuánto jugaremos y correremos en este gran jardín! ¡no es verdad! ¡qué lástima que no sepas hablar! pero en fin, yo te entiendo bien.

Mi bienhechera me hizo entrar en el castillo, y cruzamos un anchuroso vestíbulo: acordándome de las advertencias de mi madre, me limpiaba sin cesar los piés delante de todas las puertas. Rosa asombrada me decia:

—Pero Leon ¿qué tienes en los piés? basta ya de limpiarte!

En el vestíbulo habia un hombre, cuyo traje estaba galoneado de plata: yo me quité mi gorra y le saludé con un respeto temeroso: él sin decir una palabra, abrió la puerta tras de la cual estaba de pié.

Halléme en una gran sala, cuyas paredes brillaban con molduras de oro: los padres de Rosa se hallaban sentados delante de una mesa: yo me quedé en pié cerca de la puerta, con mi gorra en la mano, y oyendo apenas las palabras de bienvenida que me dirigian Mr. y Mme. Pavelyn. Rosa me condujo á una silla junto á la mesa, y me hizo sentar allí: la cabeza me daba vueltas y tenia los ojos bajos sin atraverme á mirar á ninguna parte, trémulo y lleno de confusion.

Un criado me puso al cuello una gran servilleta blanca, de un modo, que apenas podia mover los brazos: los padres de Rosa, y los mismos criados, parecian divertirse mucho con mi embarazo, y se reian por lo bajo: la compasiva niña solamente, trataba de darme valor, y me alentaba con dulces palabras.

Mr. y Mme. Pavelyn se pusieron á reir aun mas fancaamente cuando yo besé mi mano para dar gracias al criado, que habia colocado un pedazo de pan al lado de mi plato.

Yo estaba muy turbado: el sudor corria por mi frente, y me palpitaba el corazon con tanta fuerza que apenas podia respirar: la sopa humeaba en mi plato, y cada uno me instaba á que comiese; pero estaba tan aturdido que no acertaba á moverme.

Rosa tuvo piedad de mi confusion y vino á mi socorro: acercó su silla á la mia todo lo posible; arregló cómodamente la servilleta al derredor de mi cuello, y me puso la cuchara en la mano: al pronto obedecí maquinalmente á lo que me decia: pero despues alentado con sus dulces pa-

labras, cobré un poco de valor: velaba ella como una pequeña madre, sobre su infeliz protegido: hizo que el criado cortase la carne que tenia delante: me dijo el nombre de todos los platos, y me enseñó cómo debia manejar mi tenedor, y colocar los huesos de las aves y cómo me debia limpiar las manos y los lábios con la servilleta: en una palabra, me enseñó á comer de un modo conveniente, con una atencion delicada, y una tierna solicitud, que penetraron mi corazon de reconocimiento.

Sirvieron tortas y dulces de una extrema delicadeza y de un perfume exquisito: pero yo no encontraba gusto alguno á lo que comia: la riqueza del salon donde me hallaba, el oro que brillaba en las paredes, los espejos que todo lo multiplicaban, y en los cuales, la mirada se perdía hasta lo infinito, todo esto me abrumaba con su grandeza y su brillo: una cosa sobre todo excitaba mi admiracion, y atraia mis ojos: era una gran estatua blanca, colocada sobre un pedestal y que se hallaba á mi derecha: representaba un hombre medio desnudo, que solo tocaba á la tierra con la punta del pié y que parecia quererse lanzar á los aires: tenia dos alas detrás de la cabeza y dos en cada pié: en la mano derecha, llevaba dos serpientes entrelazadas.

Rosa me dijo, al notar mi asombro, que aquel era el dios Mercurio: pero como mi madre, al enseñarme la doctrina, no me habia hablado jamás de semejante dios, la explicacion no me enseñó nada: no era por otra parte la significacion de la estatua la que mis ojos buscaban en esta obra de arte: yo estaba asombrado de que se pudiera imitar tan bien con la madera ó la piedra, el cuerpo de un hombre, que parecia vivir y respirar: porque mas de una vez, habia yo inclinado la cabeza temblando de que este dios desconocido saltase sobre mí: examinaba tambien con una atencion curiosa de qué modo la estatua estaba hecha y me esforzaba en gravar sus formas en

mi memoria, como para evocarlas, cuando yo me pusiera á trabajar la madera con mi cuchillo.

Durante la comida habian puesto vino en mi vaso, y me lo habian hecho beber: el rojo licor, me habia parecido acre y amargo: cuando sirvieron los postres, Rosa me dijo que se iba á servir un vino dulce que me gustaria mucho; mientras ella hablaba, se acercó el criado con una botella plateada, y yo observé con curiosidad lo que iba á hacer con una especie de pinzas que llevaba en la mano.

De repente, resonó una detonación parecida á la que hace una arma de fuego: y como Rosa ocultase la cara entre las manos, y dejase escapar un gran grito, yo pensé que le habia sucedido algo.

Temblando como un azogado salté en mi silla: un grito de espanto salió de mi pecho, y grité distintamente.

—Rosa! Rosa!

—Ah! Leon ha hablado otra vez! exclamó la niña con alegría: vos le habeis oído, verdad papá? ha pronunciado mi nombre, tan bien, y tan distintamente, como una persona que sabe hablar!

Y riéndose á careajadas, me hizo comprender que esta detonación, nada tenia de extraordinario y que no era otra cosa que el ruido producido por el tapon que se habia escapado con fuerza de la boca de la botella, habiendo ella fingido que se habia asustado, para asustarme á mí: para tranquilizarme, me presentó un vaso de vino espumoso, y me lo hizo apurar del todo.

Durante este tiempo, sus padres hablaban de mí, y del extraño fenómeno que se habia operado á su vista. Mr. Pavelyn, me hizo probar de nuevo á repetir el nombre de su hija: pero se vió precisado á comprender, despues de verme hacer muchos esfuerzos inútiles, que me era de todo punto imposible articular un sonido determinado, por la sola fuerza de mi voluntad.

—Solo bajo la impresion del espanto ó de una emocion violenta, es como este niño pronuncia alguna palabra por casualidad, dijo á su esposa: yo he leído algunas veces, que personas mudas desde la infancia habian adquirido el uso de la palabra, bajo el golpe de algun terrible acontecimiento; puede sucederle á este muchacho, una cosa semejante: pero ¿quién sabe si algun incidente le conmoverá ó le espantará bastante en toda su vida, para curarle completa y definitivamente?

Yo no comprendia bien lo que el padre de Rosa queria decir: mas sus palabras me dejaron sumergido en profundas reflexiones de las que solo salí, cuando Mr. Pavelyn ordenó á su hija que fuese á buscar el regalo que tenia para mí, y que me lo diese.

La niña salió del comedor por una puerta lateral, y volvió un instante despues, enseñándome desde lejos un objeto envuelto en un papel; descubríle y me lo entregó: era una especie de cuchillo cerrado, pero brillaba como la plata, y el cabo era de precioso y límpido nácar, donde la luz reflejaba en cambiantes de mil colores.

Rosa, al ver mi asombro, volvió á tomarlo de mi mano, y abriendo sucesivamente las diferentes hojas de que constaba, me dijo:

—Leon, este es el regalo que te hago en cambio de las figuritas que tú has hecho para mí: mira, esta primera hoja es un cuchillo grande y fuerte, con el cual podrás casi cortar un árbol joven: esta otra hoja, es cortaplumas, y estas otras, son dos mas pequeñas: esta es una lima; esta otra hoja, es una sierra, esta es una barrena, y en fin, aquí bajo hay unas tijeras; todo está fabricado sólidamente en acero inglés, fino y bien templado, como dice mi padre: ahora sí que podrás hacer lindas figuritas, ¿verdad? Mamá queria regalarte un pastel grande; pero yo sabia que esto te agradaria mas: no me he engañado, no es cierto?

Dos lágrimas rodaron por mis mejillas, y como signo de gratitud, besé mis dos manos, lanzando algunos gritos que no pude contener: mis ojos hablaban sin duda un lenguaje muy expresivo, porque todos los que me miraban, hasta el criado, parecían enternecidos del reconocimiento que expresaban.

No me cansaba de admirar el regalo de Rosa: cerraba y abría alternativamente todas las hojas, y me servía de ellas en mi imaginación: ¡qué riqueza había allí! ¡ya tenía útiles de toda especie; un taller completo, en fin! Desde entonces, podría fabricar desde la mañana á la noche, y con la grande facilidad, figuritas de todas clases para mi dulce protectora! ¡Qué bien iba á trabajar con los instrumentos elegidos por ella!

De tal suerte me hallaba agitado por la alegría y la admiración, que no oí á Mr. Pavelyn, que me hablaba:

—Vamos, Leon, repitió alzando la voz: devuélve á Rosa tus útiles para que ella los guarde, hasta que vuelvas á tu casa, porque si no te vas á olvidar hasta de ir á jugar: id ahora los dos al jardín: corred y saltad tanto como queráis: el tiempo está dulce y hermoso: nosotros vamos á tomar café al aire libre, y os veremos divertir.

Salí de la sala con Rosa, y ésta al pasar por cerca de la escalera, tomó dos pequeñas redes de seda verde, que cerca de ella estaban pendientes de un clavo: me dió la una, y me dijo que íbamos á cazar mariposas.

Desde que me ví bajo el cielo azul en completa libertad y enteramente solo con Rosa, la timidez que pesaba sobre mi corazón como un plomo, desapareció y respiré con ansia el aire del jardín.

Rosa me dijo que por la mañana había corrido durante dos horas tras de las mariposas sin poder coger una sola; pero que yo que era mas fuerte y listo tendría sin duda mejor suerte.

Apenas había dicho esto, cuando vimos salir del par-

que dos mariposas blancas: yo dejé escapar un grito y ambos nos precipitamos sobre esta primera presa: bailando, saltando y gritando perseguimos á las mariposas: pero sea que yo no fuera bastante hábil para manejar la red, sea que las mariposas poseyeran mas destreza que nosotros, corrimos mas de un cuarto de hora sin el menor resultado: el sudor bañaba nuestras frentes, y nuestras mejillas estaban rojas como las amapolas.

Mr. y Mme. Pavelyn, sentados en el terrado, tomaban parte en nuestra alegría y batían las manos cada vez que su hija por un salto ligero demostraba su fuerza y su placer de vivir.

En fin, yo cojí en mi red dos mariposas blancas, y esto nos cansó tanta alegría como si hubiéramos hallado un tesoro: Rosa corrió hácia sus padres que sonreían al ver su emoción: se fué á buscar una caja y las mariposas quedaron en ella prisioneras.

Mr. Pavelyn dijo que estaba muy contento y que podía venir al castillo con frecuencia si Rosa continuaba divirtiéndose tanto; pero la niña no tuvo paciencia para esperar á que su padre acabase de hablar y me llevó hácia el parque gritando:

—¡Mira allá bajo! una, dos, tres, cuatro mariposas! oh! vamos al pronto!

Todavía cogí algunos de estos pobres animales: los llevábamos á Mr. Pavelyn que fingía participar de nuestra triunfante alegría y que abría la caja para recibirlos: en fin, Rosa consiguió también coger una bella mariposa que abría y cerraba las alas sobre el tronco de un árbol, era de un hermoso color rojo oscuro con manchas azules y de plata.

Imposible sería pintar la alegría de mi compañera: como una cierva escapada atravesó el parque y corrió hácia sus padres con tal rapidez, que no podía yo alcanzarla: ella misma había cazado el resplandeciente insecto y le

parecía que en adelante ninguna mariposa podría ya escapársele: un instante después volvía á lanzarse á la caza con pasión.

Continuamos durante largo tiempo en este divertido ejercicio: los padres de Rosa, habiendo concluido de tomar el café, habían vuelto á entrar en la casa.

Mientras que yo saltaba haciendo voltear al aire la red, Rosa, persiguiendo una mariposa en direccion opuesta, se habia alejado de mí.

De repente oí un violento crujido: volví los ojos hácia el sitio de donde habia salido el ruido extraño. . . ¡Cielos! qué horrible cuadro! ví á Rosa que se habia precipitado por encima del pretil roto del puente de las encinas y que se sumergia en el agua lanzando un grito de angustia! Mi lengua se desgarró. . . la sangre brotó fuera de mi boca. . . y grité con toda la fuerza que pude; pero no eran sonidos inarticulados los que salian de mi garganta, sino palabras claras y distintas.

—¡Rosa! exclamé. Rosa! socorro! socorro, Dios mio! Mi exclamacion resonó á través del jardín y penetró en el castillo.

Lancéme hácia el sitio de la desgracia; parecia que tenia alas: mis piés, apenas tocaban á la tierra. llegué á lo alto del puente, y mis ojos extraviados ya no ven mas que algunos pliegues del traje de mi bienhechora; sin pensar que no sé nadar, salto al estanque, y me hallo á su lado: el agua me llega casi á los lábios; pero siento que mis piés tocan al fondo, alcanzo á coger los vestidos de Rosa: tomo su cabeza entre mis dos manos, y consigo sacarla fuera del agua; este esfuerzo me hace sumergirme en el fondo; me siento sofocado y las fuerzas me abandonan; entónces adquiere la certidumbre de que me ahogo, de que me voy á morir. pero no es el temor de la muerte, lo que emponzoña para mí este momento supremo, no; es el doloroso pensamiento, de que Rosa va á

morir tambien; y hasta cuando la última convulsion reanima en mí la vida, no siento mas que el dolor de la muerte de Rosa.

Solo mas tarde pude saber lo que nos sucedió á entrambos.

Mi grito de angustia, habia resonado en el interior del castillo. Mr. y Mme. Pavelyn con sus criados, habian salido espantados, y miraban en derredor suyo, para saber lo que ocurría. Mientras nos buscaban por todas partes, mientras llamaban á Rosa á grandes gritos, uno de los criados se aproximó al puente y vió el vestido blanco de su jóven señora, que flotaba sobre el agua; descendió al estanque por la escalinata, tomó á la niña en sus brazos, y la subió al parque completamente privada de sentido.

Al apereibir el cuerpo inanimado de su hija, aquel cuerpo rígido y destilando agua, Mme. Pavelyn cayó privada de sentido en los brazos de su esposo, lanzando un grito de terror mortal: aquel la confió á los cuidados de una sirvienta, y se lanzó hácia Rosa medio muerta de terror.

No habia estado la niña bajo el agua, durante mucho tiempo: habia respirado, en tanto que yo la sostenia la cabeza fuera de la superficie, y no tardó á dar señales de vida y abrir los ojos.

La primera palabra que pronunció Mr. Pavelyn, después de manifestar su alegría por ver á su hija salvada, fué mi nombre: entónces, el criado que la habia sacado del estanque, se acordó haber notado algo extraño bajo el agua, y de haberse visto obligado á desgarrar el delantal de Rosa, para separarla de un objeto que parecia retenerla; bajaron de nuevo al estanque; me hallaron en él y me depositaron sobre el césped, no léjos del lugar donde prestaban á Rosa todos los socorros imaginables.

No puede imaginarse una escena mas triste: aquí una

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1920 1625 MONTERREY, MEXICO

madre sin sentido ante la horrible conviccion de haber visto el cadáver de su hija ahogada: allí un padre desesperado llamando con sus besos el sentimiento y la vida sobre el cuerpo inerte de la niña: mas léjos el de un muchacho tendido sin movimiento como si el alma le hubiera abandonado para siempre.

Mr. Pavelyn, apesar de su emocion, no habia perdido la presencia de espíritu tan necesaria en estos casos: habia enviado inmediatamente en busca del médico á uno de los jardineros, recomendándole que cerrase la verja y que no hablase á nadie en el pueblo de lo que acababa de suceder: en seguida habia hecho trasportar á su hija cerca de Mme. Pavelyn, aun desmayada, á fin de poder enlazar á las dos al mismo tiempo, consiguió que su esposa recobrase el sentido y con la ayuda de los criados la condujo á la casa lo mismo que á su hija.

Durante este tiempo otros servidores del castillo se hallaban ocupados conmigo, mas apesar de todos sus esfuerzos no daba ninguna señal de vida.

Cuando Mr. Pavelyn hubo tranquilizado á su mujer y hecho acostar á su hija en un lecho bien cubierto, vino al lugar donde yo estaba á tiempo que me iban á introducir humo de tabaco en la nariz: el generoso caballero se arrodilló delante de mí, asió mis manos y trató de volverme á la vida. Rosa que habia recobrado por completo el conocimiento le habia referido que yo habia saltado al estanque y sacado su cabeza fuera del agua para impedir que se ahogase: su padre le habia hecho creer que yo tambien habia vuelto en mi acuerdo; porque temia, y con razon, que en el estado de Rosa la noticia de mi muerte le causara una impresion fatal.

Mr. Pavelyn me hizo llevar al comedor, que era la habitacion mas lejana de la de su hija, me desnudaron y me envolvieron en cobertores de lana: el doctor llegó y empleó remedios enérgicos para traer de nuevo la respira-

cion y el movimiento de las arterias que habian cesado de latir, lo consiguió despues de muchos esfuerzos: empecé á hacer algunos movimientos y alcé los ojos, mas no oia ni veia y aunque me hablaban y me hacian señas conocíase que nada entendia de lo que pasaba en torno mio: entónces Mr. Pavelyn envió á la doncella de su esposa á decir á mi padre con toda la precaucion posible que me habia caido al agua y que el susto y el frio me habian indispuerto ligeramente.

Mis padres, temiendo una desgracia, corrieron al castillo: viéndome con vida dominaron por respeto su angustia y pidieron que se les permitiese llevarme á su casa para cuidarme en ella.

Mi padre, me envolvió en una sábana y en una colcha de lana, me llevó en sus brazos á nuestra casa y me acostó en mi lecho que mi madre calentó antes muy bien.

Gracias á los medicamentos del doctor, una violenta reaccion se operó en mí, y fuí presa de una fiebre, que amenazó mis dias por segunda vez; temíase que el calor de mi sangre produjese un ataque al cerebro, y pusiese bruscamente fin á mis sufrimientos.

En este estado estuve hasta despues de media noche: entónces la fiebre me dejó poco á poco, y caí en un sueño muy profundo: el doctor declaró que el peligro grave habia ya pasado, y creyó poder afirmar, que el accidente no tendria resultados funestos para mí: mi madre y mi hermana mayor quedaron solas á velarme, una á cada lado de la cabecera de mi lecho.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE LETRAS
ALERE PLAMMAM
VERITATIS
VI

CUANDO al día siguiente, ya bastante tarde, alzé los ojos, ví lleno de asombro el dulce rostro de Rosa, que sentada al lado de mi cama, tenía mi mano en las suyas.

Su voz, al pronunciar la acostumbrada palabra—¡Pobre Leon!—era la que me había sacado de mi profundo sueño: con una sola mirada aperebí también á mis padres, á mis hermanos y á algunas vecinas; desde luego no me acordé de nada de lo que me había pasado, y miré á mi protectora con estupor, como para preguntarle por qué estaba sentada á mi cabecera.

—Está tranquilo, mi buen Leon, me dijo ella: bien pronto estarás curado: pero ya no jugaremos jamás cerca del estanque.

Entonces la memoria de lo sucedido, se despertó en mí de repente: un grito de júbilo, salió de mi pecho, y exclamé:

—Rosa! vives aún!... ¡oh, qué terrible sueño...!

Nuestro hijo habla! gritaron mis padres alzando al cielo los brazos.

Yo mas sorprendido que ellos mismos, al oír mis palabras, temblé y cerré fuertemente mis labios lleno de te-

mor de que un nuevo esfuerzo viniese á probarme mi impotencia, y á herirme con un cruel desengaño.

Mi padre me abrazó con emoción.

—¡Leon, pobre hijo mío! habla, habla, para que yo pueda dar gracias á Dios con toda confianza por este inesperado beneficio, exclamó con el llanto en los ojos.

Sin separar los ojos de Rosa, murmuré como si soñara.

—Sí, padre! ya puedo hablar... Rosa... el agua fría... no ha muerto... ah! ya soy dichoso...!

La niña empezó á batir las manos con alegría; mis padres lloraban, y oraban en alta voz llenos de gratitud hacia la Providencia y yo pronunciaba con una volubilidad febril, una multitud de palabras sin significación y sin unidad, solo por oír el sonido de mi voz, y por asegurarme de que esta vez el don de la palabra, era mío definitivamente.

Los que me rodeaban no parecían menos sorprendidos que yo de la charla que se escapaba de mis labios, y me consideraban con sorpresa y enternecimiento, como si se operase un milagro ante sus ojos.

Rosa contó al auditorio que estábamos jugando ambos en el jardín, que ella se había caído en el estanque, que yo me había precipitado detrás y que nos habían sacado á los dos sin sentido: mis padres añadieron algunas explicaciones á la narración de Rosa, y yo supe todo lo que había sucedido desde la víspera. Había arriesgado la vida para salvar la de la Srta. Pavelyn! ella decía que me amaba por eso y que sus padres me estaban agradecidos por mi afecto y mi valor! me había hecho digno de toda la protección de Mr. Pavelyn por mi acción y este acontecimiento me aproximaba aun mas á Rosa! Además, Dios, sin duda, para recompensarme, me había dado la palabra, librándome de mi pasada humillación: yo estaba tan orgulloso y tan alegre, que mis ojos brillaban de felicidad.

Durante algunos dias hallé aun bastante pena para hablar, y mi lenguaje era muy confuso; sabia decir los sustantivos, los nombres de las cosas y de las personas; pero el encadenamiento y la construccion de las palabras me embarazaba.

Mi enfermedad me habia dejado tan pocas huellas que desde que mi espíritu estuvo tranquilo manifesté un gran deseo de comer, y empecé á pedir tostadas de manteca, que era mi manjar favorito: mi madre me trajo un poco de leche, y fué preciso que me contentase con esto, á pesar de mi hambre: tampoco se me permitió levantarme durante algunos dias, pues el doctor lo habia prohibido.

Rosa venia á verme todos los dias: hablaba lentamente conmigo para enseñarme el modo de usar de la palabra y me demostraba toda su gratitud: me decía que así que me hallase del todo bueno volveríamos á jugar en el gran jardin del castillo; que ya no debia tener miedo del agua, pues el jardinero se hallaba ocupado en rodear el estanque de una empalizada y en construir el puente con mayor solidez á fin de que ofreciese seguridad completa.

La amable niña me hacia compañía durante una hora: por la tarde volvia con un criado, que me traia un vaso de sorbete de frambuesa ó de grosella, refresco que era tan dulce á mi paladar que no recordaba haber probado nunca una cosa mas deliciosa.

Al cabo de algunos dias, el médico me dijo que ya podia levantarme y comer un poco, pues me hallaba en plena convalecencia.

Pasé cuando ya pude vestirme, muchas horas ya sentado en el regazo de mi madre, ya en las rodillas de mi padre, que me hacian hablar sin descanso y parecian encantados del metal de mi voz dulce y fresca: cuando mi madre me acostaba, con la señal de la cruz en la frente, y un beso en la mejilla, me dormia dulcemente y los sueños revoloteaban mas bellos al rededor de mi lecho.

Adquirí en breve toda mi fortaleza, y empecé á pensar en el luminoso cuchillo para fabricar figuras que Rosa me habia dado, y que se habia quedado en el castillo: un dia, quise correr á buscarle; Rosa, que nunca me hablaba de eso, hacia dos dias que no habia venido, y no me atreví á ir por él; pero incapaz de estar en casa, salí á pasearme por la avenida que llevaba al castillo.

Hacia algunos instantes que andaba por el campo con melancolía, cuando apercibí á Mlle. Pavelyn, que se adelantaba con su doncella, y que me hacia desde lejos señales de una alegría extraordinaria; cuando estuvo cerca de mí, asiome la mano, y me dijo:

—¡Leon! oye una buena noticia. . . ¡ah! cuando la sepas, saltarás de alegría! yo estoy tan contenta, que el corazón me palpita. . . ¿sabes á donde voy? á tu casa, para decir á tus padres que vengan al castillo, á que hablen con los míos. . . se trata de tí. . .!

—De mí! mis padres van á ir al castillo! exclamé asombrado.

Rosa se puso seria; tomó un aire de tierna gravedad, y aproximándose á mí, para que su doncella no lo oyese, me dijo:

—Leon, tu eres solo el hijo de un aldeano ¡verdad! mi padre así lo ha dicho; si sigues como ahora, serás tambien un aldeano, un pobre hombre, que debe pasar su vida, en fabricar quesos, ó en trabajar los campos; papá dice que mereces una suerte mejor, porque eres tú quien me ha librado de ahogarme; quiere hacerte instruir y darte una buena educacion, y esto es lo que vá á decir á tus padres.

Profundamente agitado, aunque no comprendiese bien toda la importancia de esta noticia, quedé pensativo y silencioso.

—No estás contento! preguntó Mlle. Pavelyn, con acento de triste reproche: pues bien debias alegrarte! la instruccion, es una riqueza tambien! por la instruccion

muchos hijos de campesinos como tú han llegado á ser en el mundo hombres de mucho mérito: y la verdad, Leon, añadió despues de una pausa; me agrada mucho jugar contigo; pero sin embargo, siento que seas solo un muchacho campesino; mi papá te hará estudiar y dejarás de serlo: te vestirán convenientemente, y entónces lo mismo en la ciudad que aquí, podré pasearme y jugar contigo; estaremos siempre juntos como hermanos; ¿no es esto muy hermoso?

—Yo seré su hermano!

—Este pensamiento hizo rodar dos lágrimas por mis mejillas; y entonces solamente el porvenir ofrecido, se desplegó ante mis ojos con toda su dicha y todo su brillo!

¡Oh! eso sería demasiado hermoso! exclamé: Rosa mi hermana! eso sería demasiado, demasiado bello.

Dimos algunos pasos en silencio; despues ella me dijo con calma y como una protectora llena de solicitud, ó mas bien como una tierna madre:

Es preciso ser bueno; y estudiar, lo entiendes, Leon! yo te enseñaré, y hasta que sepas hacerlo, te leeré las cartas, porque yo se leer muy bien, lo mismo en flamenco que en francés: si no quieres estudiar no haré caso de tí, pero si eres aplicado y bueno te daré dulces y bombones; procurarás aprender pronto á leer ¿verdad? y mamá me comprará libros nuevos, donde hallaremos lindas historias, ¿entonces si que nos divertiremos!

Por toda contestacion, balbucé algunas palabras de agradecimiento, la vida que Rosa me pintaba, y en la cual yo veía mas léjos que ella, me parecia la dicha suprema: así que dudaba mucho que me estuviera reservada.

—Mi madre queria ponerte en una casa de comercio cuando fueras grande, prosiguió Rosa; pero mi padre, que te quiere mucho, dice que no es bastante, y que vale mas que seas escultor: un escultor es un hombre que hace figuras grandes, como el Mercurio que hay en el comedor

del castillo; es un artista; y un artista, segun dice papá, es tan considerado en el mundo como el hombre mas rico.

—¡Ah! llegar á ser escultor! ser vuestro hermano! exclamé alzando los brazos al cielo.

Llegábamos entonces cerca de mi casa, y entramos en ella: Rosa repitió á mis padres el mensaje de los suyos, y aquellos se vistieron de prisa, con sus mejores ropas, y siguieron á la hija de sus señores.

Desde el instante en que Mlle. Pavelyn, habia dicho que su padre queria que fuese escultor, sentia mas vivo y mas ardiente el deseo de poseer un cuchillo, y de probar á trabajar con él: así se lo dije á Rosa, y esta al partir, me ofreció que me lo remitiria con mi madre.

UNIVERSIDAD AUTONOMA DAVILA
ALERE FLAMMAM
VERITATIS VII

CUANDO mis padres volvieron del castillo, una alegría extraordinaria brillaba en sus ojos: mi madre me abrazó con transporte: mi padre me puso la mano sobre la cabeza, con un movimiento de orgullo.

Mr. Pavelyn les habia pedido su consentimiento, para tomarme bajo su proteccion: queria hacerme estudiar y que recibiese una educacion esmerada: deseaba cuidar de mí hasta que adquiriese en el mundo, nombre y posicion: esto era la recompensa del acto de valor y generosidad, que segun él, habia salvado la vida de su hija.

Durante largo tiempo se esforzaron mis padre en hacerme comprender todo el precio de este favor y en procurar convencerme de cuan profundamente reconocido debia mostrarme siempre á mis bienhechores, siendo yo solamente el hijo de unos pobres aldeanos: me dijeron que debia pagar su tierna solicitud con una aplicacion constante: que no debia ser orgulloso: que debia ser siempre virtuoso, y sobre todo, no olvidar que los humildes aldeanos, que el cielo me habia dado por padres, me amaban tiernamente, y que no formaban voto mas ardiente que el de ver á su hijo dichoso.

Estas últimas palabras en la boca de mi madre, me enternecieron profundamente, y con dulces caricias y besos

repetidos, pude desterrar de su corazon el temor que le entristecia.

Desde el dia siguiente me enviaron á la escuela del pueblo para que recibiese lecciones de leer y de escribir, Mr. Pavelyn llamó al castillo al maestro de escuela, le declaró sus intenciones respecto á mí, y le prometió, además de su retribucion ordinaria, una buena recompensa, si por sus cuidados particulares, conseguia que hiciera progresos bastante rápidos, para ganar el tiempo perdido.

El profesor era un hombre lleno de actividad, que, solo deseaba una ocasion de demostrar hasta donde llegaban su talento y su buena voluntad, y así, desde el primer instante, dedicó tanto cuidado á mi instruccion como si yo hubiera sido su propio hijo.

Todas las tardes, al acabarse la clase, iba yo al castillo á jugar con Rosa: durante algunas horas, corrimos por el jardin, porque Mr. Pavelyn nos habia prescrito el ejercicio, como preciso á la salud de su hija: en seguida nos íbamos al castillo para entregarnos á otro juego, en el que Rosa hallaba mas placer que en todos los demás: yo me sentaba delante de una mesa, y tenia que repetir en un libro, la leccion del dia: la excelente niña, era entonces mi maestra: me elogiaba y me reñia alternativamente con una gravedad que hacia reir á su madre á carcajadas: pero habia en sus palabras tanto afecto y tanto deseo de alentarme, que cada dia dejaba el castillo con un deseo mas vivo y mas ardiente de aprender todo lo posible.

Gracias al afecto de Rosa, y con la ayuda de aquellos medios, unidos á una prontitud de comprension natural, hice en poco tiempo progresos asombrosos y empecé á leer muy pronto con toda correccion en flamenco, mi lengua natal.

Mr. de Pavelyn, al cual los negocios de su comercio llevaban á la ciudad todos los dias, nos traia muchos y hermosos libros con grabados, con los cuales Rosa y yo

nos divertíamos tanto, que mas de una vez, habia que obligarnos á salir al jardin, para correr y hacer ejercicio.

Rosa empezó á enseñarme el francés: en esta época nuestro país estaba bajo el dominio de Napoleon, y solamente hablando el idioma, aquel idioma, se podia llegar á ser alguna cosa en el mundo: mientras jugabamos en el jardin, mi amiguita fingia no comprender el flamenco, con una prevision y una generosidad admirables: así me hizo aprender insensiblemente una multitud de frases, antes que el maestro de escuela me juzgase bastante adelantado en el flamenco para enseñarme las primeras nociones de una lengua extranjera.

Rosa no me enseñaba solamente á leer y á comprender el francés: reprendíame todas las faltas de lenguaje: me decia de qué modo debia conducirme en sociedad, y lo que prohibe y permite el bien parecer: en una palabra, todo lo que ella sabia ó creia saber me lo inculcaba con una dulce persistencia: entre sus manos el pobre y tosco hijo de la aldea se parecia á un pedazo de cera que ella manejaba, y con el cual formaba una criatura que fuese su igual por la distincion, de sus gustos, la pureza del lenguaje y el desenvolvimiento de la inteligencia.

Rosa llenaba tan fiel y tan seriamente su papel de protectora conmino, que Mme. Pavelyn, la llamaba *mi pequeña madre*: ocurría frecuentemente cuando nos ocupabamos de nuestros libros por la noche en el castillo, y cuando yo preguntaba alguna cosa á Mme. Pavelyn, que ésta me respondiese:

—Vuestra madrecita os lo dirá: preguntádselo á ella.

Entonces Rosa levantaba la cabeza, y un orgullo singular, brillaba en sus ojos: era muy dichosa de llevar el nombre de madre, y de tener un hijo que le era deudor de la luz de su espíritu y probablemente, de la dicha de su vida.

Sabia ya entonces hablar muy bien y muy distintamen-

te, y se alababa mucho la sonoridad de mi voz y la dulzura de mi lenguaje: si antes, cuando estaba mi lengua encadenada por terribles lazos habia sido tan aficionado á dar gritos, desde que me fué posible explicarme como los demás, mi carácter se habia vuelto afable y tranquilo. Probablemente mis estudios asiduos habian contribuido á dar una gravedad precoz á mi espíritu infantil: las exhortaciones diarias de mi madre habian contribuido tambien á este resultado. Cada vez que salia para ir al castillo, me repetia las mismas palabras.

—Leon, no olvides jamás, lo que eres, y lo que son tus bienhechores; sé bueno, valeroso para el estudio, y reconocido, hijo mio.

Llegó por fin el otoño, estacion del año en la cual Rosa debia dejar el castillo con sus padres, para ir á pasar el invierno en la ciudad: antes de su partida me renovó mil veces sus recomendaciones, para que no dejase de estudiar y de instruirme con aplicacion: si yo llenaba convenientemente mi deber, ella me querria siempre y me daria muchas cosas, muy bellas, en recompensa.

Cuando ya estaba sentada en el carruaje que debia llevarse, y en tanto que yo la miraba con los ojos llenos de lágrimas, ella me gritó con acento mitad serio y mitad alegre.

—¡Adios, Leon! Estudia mucho y haz de modo que tu pequeña madre, esté, cuando vuelva, contenta de tí! El invierno no dura largo tiempo; es preciso que estudies, para que sepas bien el francés.

EL maestro de escuela estaba orgulloso de mis progresos sorprendentes, de los cuales, él solo se atribuía el mérito: no podía saber cuan considerable era la parte que Rosa había tomado en mi instrucción; el buen hombre, me citaba en muchas leguas á la redonda, como una prueba de su saber y de su actividad, ocupándose de mi educación con un cuidado creciente y con un placer particular.

Adelanté tanto aquel invierno, que por complacer á mis padres, establecí una clase en mi casa, y me hice el profesor celoso de mis hermanos y mis hermanas.

La primavera se aproximaba poco á poco; los árboles desplegaban su primera verdura; cada día, antes y después de la clase, iba yo á la avenida para ver si columbraba á Rosa.

¡Qué largo tiempo permanecía ausente! Las lilas habían florecido, y ya se habían marchitado, las cerezas empezaban á tomar color y el castillo, con sus persianas cerradas estaba aun silencioso y solitario en el centro del hermoso jardín!

Un día del mes de junio, en tanto que yo me hallaba sentado en un banco á la puerta de la casita del maestro de escuela, rodeado de los demás niños, y estudiando la

lección que me habían señalado, apareció Mr. Pavelyn en medio de la clase: yo lancé un grito y temblando de emoción, fijé los ojos en la puerta, esperando ver aparecer alguna otra persona: mas fui engañado en mi esperanza.

Mr. Pavelyn no hizo alto en mi emoción: habló algunos instantes en voz baja con el maestro y le preguntó probablemente si había hecho progresos, porque tuve que mostrar al instante mis cuadernos y mis libros; me hicieron leer en flamenco y en francés: tuve que hacer una multiplicación difícil, y que señalar las ciudades y los ríos sobre el mapa geográfico, después Mr. Pavelyn me hizo escribir en francés algunas líneas, que él mismo me dictó en voz alta.

Cuando hubé sufrido todas estas pruebas de una manera satisfactoria, el padre de Rosa me dió un golpecito en el hombro, y me dijo con su acostumbrada benevolencia:

—Has estudiado, mi querido Leon, y yo estoy muy satisfecho de tí; has empleado muy bien el tiempo y te has mostrado reconocido á los cuidados de tu maestro. Continúa así. . . ¿Mas por qué me miras de esa manera singular? ¿Me preguntas si ha venido Rosa? Ahora hablemos de eso.

Al acabar estas palabras, entró con el maestro en casa de este último, y me dije, presa de la mas penosa incertidumbre.

¿Se hallaría Rosa en el castillo?

¿No había venido? ¿Estaba enferma? Qué es lo que su padre podía tener que decirme?

Al cabo de un instante, Mr. Pavelyn volvió á la escuela y me dijo:

—Ven, Leon, sígueme, pues por hoy tienes licencia para dejar la clase.

Yo le obedecí: tomamos el camino del castillo y me dijo que Mme. Pavelyn había estado muy enferma en el pa-

sado invierno á causa de una inflamacion en los bronquios, que habia marchado con Rosa á Marsella, al país del aire dulce y donde crecen los olivos, para restablecerse de su enfermedad del pecho: en Marsella tenia un hermano Mme. Pavelyn que habia establecido una casa de comercio: Rosa iba á pasar algunos meses con su madre en una casa de sus tíos, pues no siendo robusta, ni disfrutando de la mejor salud, la estancia en un país donde el clima era tan suave, no podia dejar de hacerle mucho bien.

Esto es todo lo que pude comprender de la narracion de Mr. Pavelyn: yo guardé silencio; pero mis ojos estaban bañados en lágrimas que apenas podia contener: el padre de Rosa notó mi dolor y trató de consolarme, asegurándome que su hija estaria de vuelta antes del fin del año y que podria jugar con ella durante el estío en el jardin del castillo: añadió mil cosas amables: me animó á estudiar con perseverancia para poder empezar pronto mi aprendizaje en escultura y me hizo entrever el bello porvenir que podia ser la recompensa de mi celo, despues me dió á entender que vendria rara vez al castillo, y esto solamente algunas horas: sin embargo, me dió permiso para que yo fuese todos los dias, despues de la clase, para que me pasease con mis padres en el jardin y para que jugase en él, tanto como quisiera con mis hermanos y hermanas: por aquel dia Mr. Pavelyn no tenia tiempo para ir á ver á mis padres; pero me encargó les anunciase que iria la primera vez que volviese á Bodeghem.

Despues puso la mano sobre mi cabeza y terminó con estas palabras:

—Vamos, Leon, diviértete hasta el medio dia: sé como hoy, bueno y estudioso: en mí hallarás siempre un amigo y tendré cuidado de que nada te falte en el mundo.

Dejóme dicho esto y tomó un camino que en breve le separó de mí.

Con la cabeza inclinada sobre el pecho y regando con

mis lágrimas el polvo del camino, llegué á casa y conté á mis padres con dolorosa tristeza todo lo que Mr. Pavelyn me habia dicho: ellos procuraron consolarme, diciéndome que pronto pasarian algunos meses y que entonces ciertamente volveria á ver á Rosa. En fin, me sometí á esta contrariedad con especie de resignacion y me apliqué al estudio con mas ardor que antes.

Mr. Pavelyn volvió muchas veces durante el verano al castillo y á casa de mis padres: mostrose conmigo lleno de benevolencia y me hizo comer con él varias veces; pero por bien que me tratase, su generosa proteccion no consiguió dulcificar el dolor que me causaba la ausencia de Rosa.

UN domingo, despues del medio día, me paseaba yo por la avenida, á bastante distancia de mi casa: el otoño estaba muy adelantado y los árboles empezaban á perder su follage.

Hacia un mes que mi corazon se hallaba tan oprimido como si no debiese volver á ver á Rosa: mi valor habia desaparecido: un velo de tristeza y de amargura asombraba mi espíritu: no me era posible estudiar y el maestro me reprendia todos los días mi inesplicable distraccion.

Pensaba en ella día y noche, y aun durante mi sueño vertia lágrimas amargas: hasta entonces habia escuchado los consuelos de mi madre: habia esperado en tanto que duró el buen tiempo; pero cuando las hojas se volvieron amarillas en los árboles, cuando las mañanas se volvieron frias y anunciaron el invierno, una dolorosa incertidumbre sofocó poco á poco el último destello de mi esperanza; por aquel año ella no volveria á Bodeghem y ¡quién sabe si no volveria á verla jamás!

Tales eran los pensamientos que de continuo me perseguian, y aunque estuviera bien convencido de que en ningun caso Rosa no podria volver antes de la próxima primavera, habia en mi interior como una esperanza se-

creta que me hacia ir á pasear hácia la avenida del castillo, como si mi alma quisiera volar á su encuentro.

El día de que voy hablando me hallaba sentado al borde del camino, con la espalda apoyada en un árbol tierno: sumergido en mis tristes reflexiones, deshojaba maquinalmente las flores amarillas de una rama de crisantemos, cuando de repente el ruido de un carruaje atrajo mi atencion. Con un grito de alegre sorpresa salté de mi asiento: habia conocido el carruaje de nuestros amos que venia á lo léjos; pero ¿Rosa venia en él? ¿Por qué habia de venir entonces, cuando el mismo carruaje llegaba sin ella con tanta frecuencia á Bodeghem?

En tanto que yo estaba inmóvil, flotando mi espíritu entre la esperanza y la duda, el carruaje llegó y pasó delante de mí. No habia visto á Rosa, pero de repente uno de los cristales se bajó y su dulce voz dijo:

—Leon! Leon!

El carruaje se detuvo: me acerqué lentamente porque mis piernas temblaban, aunque el cobero me daba prisa: la dicha me tenia aturdido; el corazon me palpitaba con violencia, y todo se oscurecia á mis ojos, como si hubiera ido á caer desmayado: el cobero me tomó en sus brazos, me introdujo en el carruaje y cerró la portezuela.

Entonces oí á Rosa decir llena de gozo:

—¡Ya tienes á tu madrecita de vuelta!

Y sentí que sus manos estrechaban las mías.

Apesar de todo lo que me dijeron, desde luego Mr. y Mme. Pavelyn para tranquilizarme, yo no podia dominar mi emocion: ellos sabian que era la vuelta de su hija lo que me agitaba así, y me estaban reconocidos de aquella prueba de mi propia gratitud.

—Pero Leon, ¿no oyes lo que te digo? exclamó Rosa: ¡venimos á Bodeghem, solo para buscarte y llevarte con nosotros! entiendes?

Yo la miré con estupor.

—Sí, sí! para llevarte: vas á venir con nosotros á Amberes: vivirás en esta ciudad y serás escultor; artista!

Mr. Pavelyn tomó la palabra entonces, y me dijo con un tono mas tranquilo, cuales eran sus intenciones: no contaba estar en el castillo con su familia, mas que hasta el dia siguiente por la mañana: hablaria con mis padres y arreglaria todo, para que yo me fuese con ellos á Amberes: el curso de la Academia acababa de abrirse, y yo tenia ya bastante edad, para empezar desde luego mis estudios artísticos: en cuanto á los estudios escolares, él me proporcionaria los medios de proseguirlos tambien al mismo tiempo!

Iba á ser escultor! tan enternecido me tenia esta feliz certidumbre, que en mi enajenamiento, así las manos de mi bienhechor, y las cubrí de besos y de lágrimas.

El coche se detuvo delante de la verja que cerraba el parque del castillo.

No bien nos hallamos en el salon, Rosa empezó á interrogarme para saber cuales eran mis adelantos, y quedó asombrada al ver que lo estaba mas que ella en muchas materias: sin embargo, en el idioma francés estaba mucho mas perfeccionada que yo: me hizo leer y escribir, y me elogió ó me riñó segun salia mas ó menos ventajosamente de las pruebas á que me sujetaba: en una palabra, se convirtió de nuevo en el ángel protector del pobre hijo de los aldeanos, y yo que hubiera querido ser su esclavo toda mi vida, para verla sin cesar, me sometí á ella con la misma docilidad que un niño se somete á su madre.

Rosa me habló del país de donde venia, de aquel hermoso país donde florecen tan temprano los almendros y los olivos no pierden jamás su verdor; de las montañas altas como el cielo y de la mar azul de Marsella: me elogió la rica naturaleza del Mediodía, su cielo puro y su temperatura sana y vivificante; y, en efecto, yo noté que Rosa estaba menos pálida que antes; la ligera tinta dorada que

la brisa del Mediodía habia extendido sobre su blanca tez le daba cierta apariencia de fortaleza, de alegría y de salud.

Hablando de su viaje y del hermoso porvenir que se abria delante de mí, pasamos una velada tan completamente dichosa que yo olvidé el mundo entero para no ver mas que sus dulces ojos fijos en mí y para recoger cada una de sus palabras como los sonidos de una música encantadora.

Muy asombrado quedé cuando un criado vino á decir que ya habian dado las nueve y que era hora de que me fuera á acostar: aquel medio dia no habia durado una hora para mí.

En tanto que yo hablaba y leia con Rosa, olvidándome de todo, los padres de aquella habian ido á mi casa y habian manifestado á los míos su deseo de llevarme con ellos á Amberes al dia siguiente. Mi madre se puso á temblar ante la idea de que su hijo mas querido, de que el niño que todos admiraban por su linda figura y sus grandes ojos negros se separase para siempre de su lado; pero los padres de Rosa le hicieron comprender que este sacrificio de su parte era necesario á la dicha de mi porvenir: por otra parte, le ofrecieron que cada quince dias á lo menos vendria á Bodeghem, lo mismo en estío que en invierno. Mr. Pavelyn prometió pagar mi asiento en la diligencia, menos durante el buen tiempo, que me llevaria en su propio carruaje. Mis padres no debian cuidarse de ninguno de mis gastos, así los de mi manutencion y estancia en la ciudad como de los de mis vestidos y diversiones. Mr. Pavelyn se encargaba de todo, añadiendo que si seguia yo siendo bueno, honrado y sincero; si estudiaba con celo y aplicacion, él me protegeria y me sostendria hasta que pudiese abrimme camino en el mundo y crearme una posicion independiente.

Al dia siguiente por la mañana, mi madre me puso mis mejores vestidos, hizo un paquete del resto de mis ropas,

y despues, tomándome sobre sus rodillas se puso á llorar desconsoladamente, estrechándome contra su pecho: mis hermanas y hermanos lloraban tambien, y yo, aunque era entre todos el solo dichoso, sollozaba sobre el seno maternal. Todos vertiamos lágrimas de dolor y de inquietud, como si el adios que íbamos á cambiar debiera ser eterno. Solo mi padre resistia á su emocion y trataba de traernos al punto de vista de la realidad: él no veia en lo que nos sucedia otra cosa que un favor particular del cielo, la felicidad de uno de sus hijos, y le parecia que en vez de llorar debiamos estar alegres y dar gracias á Dios por su bondad.

Cuando el carruaje de Mr. Pavelyn, se detuvo delante de nuestra casa, y llegó el instante fatal de la separacion, mi madre me estrechó de nuevo contra su seno, y murmuró á mi oido con voz ahogada por el llanto:

—¡Leon, hijo mio, no olvides á tu madre! que el orgullo no te impida ver que eres el hijo de unos pobres campesinos! respeta á tus bienhechores y ama y teme á Dios!

Quiso hablarme algo mas: pero el exceso de su pena, ahogó la voz en sus lábios.

Todos mis hermanos me dieron el beso de despedida rodeándome afligidos y llorosos; en fin: mi padre hizo la señal de la cruz sobre mi frente y me dió su bendicion, con una solemne sencillez.

Entonces, las lágrimas inundaron mis mejillas, y tuve un momento de vacilacion: estuve para correr al lado de mi madre, que lloraba al lado de la puerta, cubriéndose el rostro con el delantal; tendíle los brazos, é iba á gritar que queria quedarme con ella; pero mi padre y uno de los criados, conociendo la necesidad de abreviar esta dolorosa escena, me llevaron al coche.

Sonó el látigo, y los caballos arrancaron con tanta rapidez, que un instante despues nuestra casa y hasta mi pueblo natal desaparecieron á mis ojos.

X

Mr. Pavelyn, habia dado á uno de los antiguos criados de su casa, los medios necesarios para abrir una tienda de especiero. Este hombre vivia con su mujer, en la calle Alta, no léjos de la gran Plaza: no tenian hijos, y su casa demasiado grande para ellos estaba en parte inhabitada. Mr. Pavelyn, me colocó en casa de aquellas buenas gentes, en la que me dieron dos aposentos modestos pero decentes: servíame el uno de dormitorio, y el otro de cuarto de estudio.

Vestidos, libros, papel, dinero, todo en fin cuanto yo pudiera necesitar, tenían orden de darmelo á mi primera demanda, y mientras no recibieran de mi protector órdenes en contrario: comia á su mesa, y pasaba la mayor parte de mi vida en su tranquilo hogar.

Maese Juan, y su esposa Petronila, eran muy buenos: demostrábanme una benevolencia silenciosa, y cumplian con rigurosa exactitud, todo lo que tenían encargo de hacer por mí: pero ahí se limitaba su cariño, que no tenia ninguna demostracion tierna ó entusiasta.

Al segundo dia de mi llegada á Amberes, el ayuda de cámara de Mr. Pavelyn, me llevó á la Academia, donde

tenia reservado un sitio, en la clase de dibujo de adornos, y empezó para todos los días la division de mi tiempo.

Por la mañana, despues de almorzar, iba al taller de un jóven escultor, encargado de darme lecciones por Mr. Pavelyn, y me estaba dibujando ornamentos, hasta la hora de comer.

Por la tarde, dedicaba dos horas para escribir, y estudiar mis lecciones: en seguida iba á casa de Mr. Pavelyn, para recibir á la vez que Rosa las de un profesor francés: el resto del tiempo, hasta la hora de ir á la Academia, lo pasabamos en jugar, en hablar y en distraernos en el piano: Rosa que sabia ya un poco de música, probaba á enseñarme las lecciones que ella recibia: no queria cantar porque decia que la fatigaba el pecho, y además su voz, aunque dulce y pura, era muy débil: yo al contrario, tenia la voz fuerte y los pulmones sólidos, aunque por ignorancia, cantaba muy mal. Rosa se complacia en oirme: nuestra vida, en tanto que podiamos estar juntos, era un paraíso de dulces goces, y de dicha infantil.

Cada quince días, iba á mi aldea, á pasar todo el domingo, y parte del lunes con mi familia. Mi madre, que veia que yo la queria lo mismo que antes, y que estaba á su lado muy contento, se consolaba de mi ausencia, y sonreia pensando en mi porvenir.

Los domingos que no iba á Bodeghem, comia en casa de mis bienhechores: me sentaba en la mesa, al lado de Rosa, y jugaba con ella hasta las diez de la noche que un criado me llevaba á casa.

Lo que mi madre me repetia sin cesar, se habia grabado profundamente en mi corazón: acordábame siempre de la distancia que existia entre mis protectores y yo: y esto no podia olvidarlo jamás, porque la conciencia de mi deber, vivia en mí, como un sentimiento piadoso.

Mi extrema modestia, mi ardiente gratitud, mi verdadera humildad eran muy agradables á Mr. Pavelyn, que no

cesaba de alabarme delante de todos sus amigos, como un niño dotado de un excelente carácter: frecuentemente me presentaba á las personas que iban de visita á su casa, diciéndoles que yo era hijo de uno de sus arrendadores, y que habia resuelto hacer de mí un artista distinguido: estaba orgulloso de ser el protector del hijo de un fabricante de zuecos, de una pobre criatura ignorante, y queria que llegase á ser un escultor que honrase su patria con obras sublimes: en una palabra, no dejaba escapar ninguna ocasion de hacer ver el fin que se llevaba en sus beneficios, y la carrera brillante que queria abrimme.

Por lo que toca á Mme. Pavelyn, me amaba, porque su hija era dichosa con mi presencia. Durante aquel invierno, la madre de Rosa volvió á sufrir del pecho: una tos continúa la atormentaba: con frecuencia recordaba el hermoso país, cercano á la mar azul, y añadia, que solo el aire de Marsella podria curarla: mas por otra parte, no queria ni irse sin su hija, ni privar á Mr. Pavelyn de la dulce compañía de Rosa.

A medida que el invierno adelantaba y que los días se hacian húmedos, la enfermedad de Mme. Pavelyn empeoraba de una manera alarmante. Rosa, constantemente encerrada en casa, se habia puesto otra vez muy pálida y empezaba tambien á toser de vez en cuando.

Mr. Pavelyn creyó llegada la hora de tomar un partido extremo, y decidió que, á pesar de todo, su esposa fuese á Marsella con Rosa, y que ambas permaneciesen allí hasta que el aire del Mediodía hubiese curado la debilidad de su pulmones. Rosa, segun su parecer, se fortificaria tambien, y á fin de no interrumpir su educacion, se la colocaria en una de las mejores casas de educacion de Marsella.

Una vez que esta decision fué tomada por Mr. Pavelyn, ya no se pensó en hacerle desistir de ella. Rosa y yo lloramos mucho ante la idea de tan larga separacion; pero

iba á tener lugar por su salud y la de su madre: además, debía regresar en el mes de Setiembre, y si estaba buena, ya no volveria á Marsella. En todo caso, debía pasar un mes en Amberes.

El 1º de Febrero de 1808, á las nueve de la mañana, mis ojos, llenos de lágrimas, vieron partir la silla de posta que me llevaba de nuevo á la que era la luz de mi vida.

XI

ACERCÁBAME ya á los quince años.

En razon de mi posicion particular en el mundo, habia reflexionado mucho y probado impresiones muy vivas; mi espíritu y mi sensibilidad se habian desarrollado mas de lo que de mi edad podia esperarse. No estando Rosa á mi lado, necesitaba olvidar que me faltaba por completo la dicha, y pasaba todo el tiempo que el estudio me dejaba libre, en leer libros de arte que Mr. Pavelyn compraba para mí, ó que me prestaban mis compañeros de la Academia.

Rosa, al partir, me habia recomendado con empeño el que me perfeccionase en el idioma francés, para que mas adelante pudiera conducirme bien en sociedad; pero no era este solo fin el que me obligaba á adquirir todos los conocimientos que podia: presentia que hallándose Rosa en uno de los colegios de mas nombre de Francia, volveria ornada de toda clase de talentos. Era preciso, pues, que ella no hallase en mí un muchacho ignorante, que no habia sabido aprovechar la generosa proteccion de su padre, para llegar á ser un hombre bien educado: quizá habia en el corazon del hijo del campesino un deseo vago de igualarse con la hija del rico negociante Mr. Pave-

lyn y de su bella y elegante esposa. Yo queria ser digno de la estimacion de mi jóven protectora, aunque la edad hiciese mas profundo el abismo que separaba su nacimiento del mio.

En la Academia hacia yo notables progresos: en un año pasé de la clase de adorno á la de figuras: desesperábame de verme obligado á permanecer durante tanto tiempo en las clases de dibujo; pero tenia la esperanza de que si me aplicaba con ardor, pasaria á la entrada del invierno á la clase de modelos.

Cada quince dias iba yo á comer con Mr. Pavelyn, y le llevaba mis dibujos concluidos, como muestra de mis progresos: mi protector estaba satisfecho de mí, y me alentaba con las pruebas de su benevolencia y de su generosidad.

Así se aproximó el mes de Setiembre. ¡Rosa iba á volver!

Todos los dias iba yo á casa de Mr. Pavelyn por la mañana, y preguntaba al ayuda de cámara, si habia habido carta anunciando su vuelta.

Una tarde Mr. Pavelyn me envió un criado al taller de mi maestro, con el encargo de que fuese á verle al instante.

Cuando llegué, me enseñó una carta abierta con las muestras del pesar y de la contrariedad mas vivas, y me dijo así:

—Es de mi mujer, y me dice que no está aun curada de su enfermedad de pecho: que teme venir á la entrada del invierno, y que cree que haciéndolo, su mal empeorará: me suplica que la deje estar hasta la próxima primavera en casa de su hermano, y me dice que esto será una ventaja para Rosa que se instruye á las mil maravillas, que se encuentra dichosa allí, y que está cada dia mas crecida y mas fuerte: añado, que si tan larga ausencia me causa demasiada pena, y si deseo mucho ver á

Rosa, vaya á Marsella, para distraerme unos dias y verlas; que esto será para ellas una dicha.

Mucho me disgusta esta carta, continuó Mr. Pavelyn; en fin, es preciso que me someta á la dura necesidad: voy á escribir á mi mujer que los asuntos de mi comercio no me permiten dejar ahora á Amberes, pero que iré á buscarlas á principios del mes de Mayo.

Dejé la casa de mi protector con el corazon henchido de tristeza: ¡siete ú ocho meses debian pasarse antes de que volviese á ver á Rosa! ¡un siglo de vanos deseos y de mucho desaliento!

No podia hacer otra cosa que resignarme á la voluntad del cielo: contribuia un poco á serenar mi espíritu, y á distraer mis pensamientos el haber pasado á la clase de modelos y el haber empezado á modelar formas humanas con arcilla: ya habia entrado en la carrera de la escultura: no solamente sentia un gran placer en satisfacer así mi inclinacion natural, sino que en esta clase trabajaba yo en medio de artistas de todas edades, de los cuales el lenguaje espiritual y alegre, me hacia olvidar algunas veces la llaga de mi corazon dolorido.

A fines de Abril, Mr. Pavelyn partió para Marsella: yo conté con una exactitud impaciente los dias y las horas de su viaje: en mi pensamiento lo veia llegar á Marsella, y una lágrima cayó de mis ojos al figurarme los transportes de Rosa saltando al cuello de su padre: oia su voz que preguntaba.

—¿Y Leon?

Mme. Pavelyn estaria mejorada, Rosa estaria instruida y no volveria nunca á Marsella.

Mas, cuáles fueron mi dolor y mi desencanto el dia del regreso.....! yo me hallaba en el umbral de la casa al llegar la silla de posta: mi corazon queria romper el pecho: estaba pálido y temblaba de emocion: mis ávidos ojos buscaban en el fondo del carruaje..... de él bajaron el padre y la madre de Rosa..... ¡Estaban solos!

Entré detrás de ellos sin hablar una sola palabra de bienvenida. Mme. Pavelyn, al ver mi turbacion y mi palidez, me dijo que Rosa se habia quedado en Marsella para completar su educacion: la permanencia en aquel bello país debia probablemente mejorar y fortificar su salud: por otra parte, era la hija única de padres muy ricos, y por consecuencia destinada á brillar en la alta sociedad: en ninguna parte mejor que donde se hallaba podia prepararse, por una educacion brillante, á hacer su entrada en el mundo.

Con el objeto de consolarme, Mme. Pavelyn me dijo que Rosa habia deseado vivamente seguirla á Amberes para verme, aunque solo fuese una vez; pero que no se habia podido acceder á este deseo porque su padre ó su madre se hubieran visto obligados á un largo viaje para acompañarla de nuevo á Marsella. Mr. Pavelyn iria á buscarla el mes de Setiembre y entonces pasaria seis semanas de vacaciones en su ciudad natal.

Todas estas explicaciones me fueron dadas buenamente, porque mis protectores estaban fatigados del largo viaje que acababan de hacer en silla de posta, y subieron apresuradamente á sus habitaciones.

Fuí á mi casa y me encerré en mi cuarto, sorprendiéndome la noche con el brazo apoyado en la mesa, la cabeza en el brazo y maldiciendo la crueldad de mi suerte.

Durante muchos dias tuve el corazon dolorido y el espíritu asombrado y sumergido en una mortal melancolia; mas poco á poco me dejé consolar con las benévolas palabras de Mr. Pavelyn y concentré todas mis fuerzas en el estudio; hallábame ya en la clase de antigüedades, aunque no bastante adelantado para tabajar por mi propia inspiracion: mas el lenguaje entusiasta y lleno de fé de mis camaradas me habia llenado de una ardiente confianza en el porvenir; comprendia ya que el arte es un medio de adquirir la gloria y la reputacion en el mundo: tem-

blaba de emocion al pensar que si Dios y la naturaleza habian hecho realmente de mí un escultor, podria llegar á ser casi el igual de Rosa. . . . Este pensamiento me llenaba de una alegría inexplicable, pero tambien me hacia temblar y palidecer ante el temor de que fuese solo la inspiracion de un culpable orgullo.

Durante el estío de aquel año, una enfermedad contagiosa affligió algunos barrios de Amberes: la viruela habia arrebatado á muchos niños y aun á algunas personas adultas: á fines de Agosto, y cuando Mr. Pavelyn se disponia á ir en busca de su hija, una de las criadas de la casa fué atacada de la epidemia, y escribieron á Rosa que no podia venir á causa de la enfermedad contagiosa que affligia la ciudad y que habia entrado hasta en la casa de su padre. Mme. de Pavelyn, por una preocupacion aun muy arraigada en aquella época, habia rehusado dar explicaciones sobre el particular á Rosa.

Sufrió cruelmente al ser engañado de nuevo en mi esperanza, y al mirar dilatado de nuevo el momento de ver á aquella de quien la imagen encantadora y la dulce sonrisa estaban siempre presentes á mis ojos; pero tenia miedo de verla llegar en un momento tan peligroso, y la resolucion de sus padres me causó una verdadera alegría. Habia yo cumplido ya diez y seis años, y en esta edad habia en mí algo de la gravedad del hombre, y el trato continuo con artistas de mas edad que yo, habia contribuido igualmente, en gran parte, á transformar la ingenuidad del niño en un conocimiento mas exacto y mas justo de la vida.

La ausencia prolongada de Rosa me habia hecho reflexionar seriamente sobre mi posicion en el mundo, y comprendia perfectamente que en su infancia podia ella dar su amistad al hijo de un aldeano, jugar familiarmente con él y aun amarle como á un hermano; pero que en una edad mas adelantada, semejante familiaridad chocaria con

las conveniencias sociales y perjudicaría quizás á su consideracion: la sola cosa que me era permitido esperar, es que viese con placer los adelantos de su protegido y quizá que le agradaría el recordar los hermosos momentos que habíamos pasado juntos en nuestra dichosa infancia: esto era lo que me decía la razon, aunque mi corazon rehusaba ayudarle, renunciando al sueño esplendente que era la luz de mi alma: Rosa estaba siempre ante mi pensamiento: pero no tal como debia ser entonces, sino como era cuando niña, con su carita pálida y delicada, sus grandes ojos azules y su pequeña boca encarnada, en la que habia siempre una sonrisa encantadora.

Estos recuerdos eran para mí tan caros, que á fuerza de mirarlos caia en una especie de loco extraviado, y temia el regreso de Rosa: tal como debia ser entonces, no podia conceder su confianza y su amistad al humilde hijo de la aldea, cuya educacion y mantenimiento estaban pagados por su padre: ¿y la Rosa de la realidad no mataría en mí el dulce recuerdo de días mas dichosos? ¿Esos recuerdos que vivían en cada una de las palpitaciones de mi corazon no perderían su encanto?

Imposible sería pintar mi espanto y mi afliccion cuando al fin del estio noté que la respiracion de Mme. Pavelyn se volvía oprimida y que tosía algunas veces..... mi temor se realizó: la madre de Rosa hubo de volver á Marsella para pasar el invierno en casa de su hermano, y Rosa debia forzosamente dilatar su venida; pero al otoño siguiente se podría mirar su educacion como del todo terminada, y entonces vendria definitivamente á Amberes, si la enfermedad del pecho de Mme. Pavelyn no estaba enteramente curada, era prueba de que el aire del Mediodía no bastaba á restablecerla, y entonces se buscarían en Amberes mismo remedios mas eficaces.

Me consolé de nuevo, en lo que me fué posible, á lo menos, y me esforcé en olvidar, ó mas bien en dulcificar

mi pena con el estudio del arte y la lectura de buenos libros.

En la Academia modelaba con tanto ardor como constancia, imitando las bellas estatuas que la antigüedad griega ha legado á nuestra admiracion: en el taller de mi maestro me ejercitaba en cincelar la madera y la piedra, llegando á ser muy hábil en este ramo.

No queria abusar de la generosidad de mis bienhechores, aunque ellos me exhortaban á no ser demasiado económico, y me instaban á que me divirtiese algunas veces con mis compañeros, procuraba moderar mis gastos todo lo posible, pues además de no comprender el placer de la vida del desórden, nunca me hallaba mejor que cuando entrando dentro de mí mismo conversaba con Rosa.

Mr. Pavelyn tenia una antipatía personal á los artistas, que por su aspecto descuidado y sórdido parecen atestiguar la falta de cuidados hácia sí mismos, y la ignorancia de las conveniencias sociales: cuando los domingos convenidos me hallaba yo sentado á su mesa y á su lado, notaba al instante en mi trage si habia alguna cosa poco conveniente ó ya demasiado usada, y al instante la hacia reemplazar. Si añadís á este cuidado la regularidad de mis facciones y la belleza de mi figura, comprendereis que mas me asemejaría yo á un hijo de una familia distinguida que á un hijo de aldeano, que solo poseia en el mundo la generosidad de sus protectores.

HACIA seis meses que habia pasado de la clase de antigüedades á la de copia del natural, que era entonces el mas alto grado de enseñanza que ofrecia la Academia de Amberes; un año mas, y mis estudios artísticos quedaban terminados.

Poco á poco se despertó en mí un deseo imperioso de ensayar en la soledad de mi cuarto, mi talento creador: cien veces ya, habia modelado en tierra, las inspiraciones de mi fantasía: mas esto era solo un trabajo inútil, destinado á ser sustituido por el modelo de otras figuras.

Anhelaba yo hacer una obra seria, llevada á cabo despacio, y aplicando á ella todas las fuerzas de mi inteligencia, y con la perfección que mis estudios me permitian darla.

Rosa habia aceptado en otro tiempo con amor, la obra de un pobre niño, encendiendo así en su corazon el fuego sagrado del amor á las artes.

Ahora el niño era un escultor y estaba confiado en su fuerza lo bastante para llevar á cabo una creacion espontánea.

¿A quién podrá ser dedicada la primera obra del artista, sino á la que era la causa única, y el origen de su existencia intelectual, de su génio y de sus esperanzas?

¡Cuánto me sonreía este pensamiento! eegábame hasta el punto de que, aunque mis estudios fuesen incompletos, no dudaba de que iba á conseguir formar una obra maestra, y aunque las formas no estuviesen mas que confusamente dibujadas en mi cerebro, la amaba y la admiraba de antemano, con una pasion extraordinaria y una fé profunda.

Rosa debia volver dentro de dos meses; yo no podia terminar mi obra en tan poco tiempo; pero su cumpleaños, era al fin del mes de Enero.

Era una ocasion apropósito para presentarle el primer fruto de mis trabajos y podria tener bastante tiempo para realizar mi proyecto con el mas minucioso cuidado; no queria decir nada á nadie, ni aun á Mr. Pavelyn: la alegría de mis bienhechores, sería tanto mayor, si me era dado sorprenderles con una bella obra de arte bien ejecutada.

Despues de pensar y de reflexionar durante mucho tiempo, despues de haber examinado con atencion muchos proyectos, y haber modelado otros tantos, me decidí, en fin, por un grupo que debia representar *La Proteccion*, y conseguí, no sin un largo estudio, fijarme en una composicion definitiva: sobre un zócalo, habia un niño arrodillado y con la cabeza inclinada en la postura de una criatura humilde que pide y necesita socorro; su brazo se apoyaba sobre un cordero dormido, y un cayado de pastoreillo, se hallaba á sus piés.

Al lado del niño y en una actitud grave se veia una niña cuya mano derecha se hallaba apoyada, como signo de proteccion, sobre la cabeza de su compañero, en tanto que la izquierda se extendia en el espacio como si dijese:

—Ten valor! allá abajo resplandece la estrella de tu porvenir!

Estaba yo dominado por los recuerdos de mi infancia y por las imágenes que á cada paso evocaban mis ojos, y esto me impedia, por mucho que me empeñase en ello, el seguir las reglas clásicas de la escuela: mis figuras no eran

ni bastante llenas, ni bastante altas: habia en sus proporciones una delgadez, una especie de realismo de formas que se separaba de la belleza griega, pero que se aproximaba á las formas mas inmatriciales y mas poéticas del antiguo arte cristiano, al cual se ha dado sin razon el título de *arte gótico*.

A medida que mi obra avanzaba, y que las cabezas de las estatuas que acabé desde luego, tomaron su expresion verdadera, empecé á sentir tanto amor por mi creacion que me estaba algunas veces horas enteras en mi solitaria habitacion, inmóvil, con el cincel en la mano y teniendo fijos los ojos con enajenamiento en el rostro de mi jóven protectora.

Parecíame que mi estatua vivia, que me hablaba y que tenia una alma que se comunicaba con la mia.

Semejante locura os hace sonreír, ¿no es verdad, caballero? en efecto, vos debeis saber que el espíritu del artista se eleva algunas veces tan lejos que franquea los límites de la realidad, y se pierde en las tinieblas de la aberracion; pero debeis comprender tambien fácilmente, lo que me encadenaba al pié de mi obra: habia en la sonrisa que radiaba en el semblante de la niña y que se dirigia á su protegido, alguna cosa tan tierna y tan profundamente simpática, que yo mismo temblaba al contemplarla: y no obstante, aquella sonrisa tenia la misma expresion que habia iluminado el semblante de Rosa cuando estrechó por la primera vez la mano del pobre mudo en la humilde casa de los aldeanos.

Es preciso añadir que las facciones de mi estatua eran las de la angélica y delicada figura que se habia grabado para siempre en mi corazon: ¡oh! los años habrian sin duda cambiado á Rosa! ya no la veria jamás tal como estaba presente á los ojos de mi espíritu! pero mi estatua á lo menos, mi querida creacion, la haria revivir á mis ojos, ingénua y delicada, dulce y encantadora, como la cariñosa amiga del pobre y pequeño Leon!

XIII

EL 3 de Setiembre de 1811, hácia las cuatro de la tarde trabajaba yo con afán en un grupo, cuando llamaron á la puerta de mi cuarto: un criado entró, y me dió la inesperada noticia de la llegada de la señorita Pavelyn, añadiendo, que deseaba verme al instante.

Contuve mi emocion en presencia del criado, pero apenas hubo desaparecido, me puse á saltar en mi cuarto, levantando las manos al cielo y haciendo como un niño mil extremos de alegría. ¡Rosa habia vuelto! ¡Después de tan larga ausencia iba á verla al fin! Dentro de algunos minutos iba á hallarme en su presencia! Esta vez no era yo el juguete de una mala esperanza ó de una ilusion; estaba en frente de la dichosa realidad.

Vestíme de prisa, con mi mas elegante traje, y puse en mi atavío todos los cuidados imaginables; me parecia tan poco político el hacer esperar á Rosa, como el presentarme á ella de un modo poco conveniente; sin embargo, gasté bastante tiempo en vestirme, porque deseaba presentarme á su vista con todas las ventajas posibles: este deseo se justificaba plenamente á mis ojos, pensando en que era un dia solemne, y en que Mr. Pavelyn tan cuidadoso del exterior, podria herirse si me presentaba en su casa con

un traje descuidado; sin embargo, el principal motivo de mi coquetería era el deseo de adquirir la aprobacion de Rosa desde el instante que me viese.

Cuando al cabo de media hora, atravesé las calles de la ciudad en traje de ceremonia para ir á casa de Mr. Pavelyn, empujábame la impaciencia y deseaba echar á correr, pero me contuve y procuré por el contrario andar despacio.

El sentimiento de las consecuencias, se habia despertado en mí, y me ponía en guardia contra mi propia agitacion; decíame que no era la pequeña Rosa, sino la hija de mis bienhechores la señorita Pavelyn, la que iba á encontrar; me llamaba á la reserva, al respeto, á la conciencia exacta de mi humilde posicion; me acordaba de los consejos de mi madre, y resolví moderar mi alegría y tratar á Rosa con una política tranquila hasta que ella misma, por la amabilidad de su acogida, me diese el derecho de esplayar libremente la alegría que su feliz llegada hacia desbordar de mi corazon.

Cuando estuve cerca de la casa de Mr. Pavelyn, mi corazon palpitaba silenciosamente y la impaciencia y la incertidumbre cubrian mi frente de un sudor frio.

Un criado me esperaba, y me precedió al salon; halléme de súbito en presencia de Rosa, que dió un paso hácia mí, se detuvo sorprendida, y exclamó á manera de saludo:

—Señor Leon, qué alto os habeis hecho! easi no os conocia!

Señorita, balbucé con una voz apenas perceptible, doy gracias á Dios, desde el fondo de mi corazon, por haber permitido que volvais sana y salva á casa de vuestros padres.

Permaneciamos uno frente á otro, mirándonos, yo con las mejillas pálidas y los ojos extraviados: ella con una noble libertad de espíritu y sin otra señal de emocion que una ligera sonrisa que solo expresaba cierto asombro, causado por el cambio de mi estatura y de mis facciones.

—¿Era aquella mi Rosa, la ángelica niña, cuya dulce amistad habia en otro tiempo vertido la luz y la esperanza en las tinieblas de mi mütismo? ¿Era aquella la amiga de mi infancia, de cuya mano aun sentia la tierna presion, cuya vozcita argentina cantaba aun á mi oído, de quien los ojos azules radiaban al acercarme á ella con el dulce brillo de una fraternal ternura?—Aquella jóven tan alta ya como su madre, vestida con lujo, de un porte tan magestuoso y de una belleza perfecta, á quien despues de la primera mirada ya no me atrevia á contemplar, tenia algo que ver con la tierna compañera de mi infancia?

A mi turbacion se mezclaba un sentimiento de pesar y de amargura: yo no me habia engañado: la Rosa que vivia en mis recuerdos ya no existia: la dulce ilusion de mi alma se habia desvanecido para siempre!

Mr. y Mme. Pavelyn, que atribuian mi inmovilidad á la admiracion que me causaba el cambio de su hija, se divertian con mi embarazo y me dirijian algunas chanzas amistosas.

—Señor Leon, dijo Rosa, apenas puedo dominar mi asombro! cuando yo dejé á Amberes la última vez, erais aun un niño! y ahora sois ya un hombre! Venid, sentémonos y contadme algo de vuestra vida durante mi ausencia. ¿Estais contento? ¿Os vá bien?

Acepté el asiento que me ofrecia: su voz era tan dulce como en otro tiempo; pero habia en su lenguaje un tono de ligereza, de autoridad y de proteccion, que comparándolo con mi profunda conmoción me pareció una muestra de indiferencia: su frialdad me trajo á la conciencia de mi situacion; respondí á sus preguntas con reserva y respeto, y algunas veces con un calor mal contenido, sobre todo, cuando hallaba ocasion de expresarle mi reconocimiento y de recordarle que le debia la dicha de mi vida: que si alguna vez podia alcanzar algun éxito en la carrera de las artes, adquirir algun nombre, y honrar mi patria, no olvi-

daria que su generosa bondad habia decidido de mi suerte en este mundo.

La señorita Pavelyn parecia escuchar con placer no solo los testimonios de mi gratitud sino todo lo que yo le decia: me fué preciso hablarla de mis estudios en la Academia, de los libros que habia leído y de los conocimientos de los cuales yo habia adquirido por mí mismo los principios.

Se mostró francamente satisfecha de los progresos de mi instruccion, y me felicitó por la pureza y la elegancia con que hablaba el idioma francés: segun su opinion, podia yo presentarme ya en los salones con la seguridad de no hacer un mal papel, en todo lo concerniente á los modales y al talento.

Su voz y sus palabras, tenian siempre aquel tono protector, que me lastimaba tanto, y que me hacia ver cuan grande era la distancia que el tiempo habia puesto entre ella y yo: la que me preguntaba, era Mlle. Pavelyn, la hija, la heredera de uno de los mas ricos negociantes de Amberes: el que respondia humildemente, era el pobre hijo de los aldeanos, á quien la generosidad de sus padres, habia dado un poco de educacion y algunas probabilidades de éxito para el porvenir: no podia ser otra cosa, y yo lo sabia demasiado: no obstante, esta certeza, me arrancaba mi ilusion mas querida; y este brusco desencanto habia hecho en mi corazon una herida sangrienta.

Así pues, todo lo que yo decia, llevaba el sello de una tristeza resignada, y habia en todas mis palabras una suerte de melancolía dolorosa, que fué notada por Mlle. Pavelyn, pero que resistió á todos los medios que buscó para alentarla.

Cesó ella al fin en su interrogatorio, y empezó á su vez á hacerme la relacion de su estancia, en el hermoso país de los olivos: me describió aquellas comarcas con tanta admiracion, y me habló con tanto sentimiento de la ma-

ravillosa naturaleza del Mediodía, que me hizo ver con ella, por decirlo así, las costas floridas de aquella mar tranquila y azulada.

Entonces olvidé un poco mi tristeza, para escuchar sus palabras encantadoras: una alegría extrema, inundó mi corazon, cuando sin duda por bondad, me recordó las diversiones de nuestra dichosa infancia, el hermoso jardin, las mariposas, el puente del estanque, y las figuritas de madera, que yo hacia, y que ella recibia con tan vivo placer: abismábame yo, con olvido completo del presente, en aquel recuerdo del tiempo pasado, y me parecia que el rostro angelical de la pequeña Rosa, me sonreia aun bajo las facciones mas serias de la señorita Pavelyn: era aquella su voz argentina, mas sonora, mas rica en inflexiones, pero que me parecia siempre tierna y cariñosa: una nueva esperanza, queria levantarse otra vez en mi corazon: ¡quizá me habia yo engañado! quizá la pequeña Rosa, aquel sueño de mi alma, se me aparecia velada bajo una forma mas perfecta!

Este pensamiento consolador, fué muy pronto sofocado en mi corazon con la llegada de dos señoras: era una madre y su hija, que habiendo sabido la llegada de Mme. Pavelyn, se apresuraban á ir á saludarla.

Me levanté y por respeto me retiré un poco detrás: despues de haber saludado á Rosa y á su madre, las dos señoras me saludaron tambien con un afecto particular: habia tanta cordialidad en su sonria que evidentemente se engañaban acerca de quien yo era y de mis relaciones con Mme. Pavelyn: en tanto que Rosa hablaba de su estancia en Marsella para satisfacer la curiosidad de sus amigas, éstas me consideraban con un interés visible: la de mas edad, sobre todo, no dejaba de mirarme y de vez en cuando me dirijia la palabra para preguntarme mi opinion acerca de lo que se decia; parecia sentir hácia mí una viva simpatía y hasta cierto respeto, porque cualquiera pa-

labra que pronunciase le hacia inclinar la cabeza con muestras de una viva aprobacion.

Al fin, manifestó claramente su deseo de saber quién era yo.

—Monsieur Wolvenaer, artista modelo, dijo Rosa.

—¿Afeionado? preguntó asombrada.

—No: un verdadero artista que ha dado por objeto de su vida el trabajo para gloria de su patria.

La anciana señora se encogió de hombros y dijo con asombro mezclado de pesar:

—Me he engañado: pensaba que este caballero era primo nuestro.

La hija exclamó con una sonrisa ligeramente burlona:

—¡Ah! ¿este caballero es artista? no lo parece; pero cuántos artistas hay ahora en Amberes, santo Dios! antes de anoche en la reunion de casa de Mr. Decok conté cinco ó seis!

—Mlle. Pavelyn se apercibió del mal efecto que hacian en mi oído las palabras de sus amigas, porque respondió con intencion:

—Eso prueba que el buen gusto y el amor á las artes se extienden cada dia en las altas clases de nuestra sociedad: nada hay que ennoblezca tanto al comercio como la proteccion que presta á los artistas.

—Excusadnos, mi querida niña, dijo la madre; pero yo creo que comprendéis mal el objeto de nuestras observaciones: lo que mi hija quiere decir, es todo en alabanza de este caballero: si todos los artistas fueran distinguidos y de buena familia como él, su presencia se desearia en todas partes: pero ya sabeis.....

Estas últimas palabras parecieron afectar de una manera muy desagradable á Mr. Pavelyn, porque interrumpió á la dama y quiso demostrar con un calor mal contenido que era honroso hasta el mas alto grado para un hombre el elevarse con sus propias fuerzas sobre la mul-

titud, terminando como de costumbre, lisongeándose de que él haria de mí un artista ilustre, por mas que fuese solo el hijo de un pobre fabricante de zuecos.

La llama de la vergüenza cubrió mi frente y apreté los dientes con un movimiento nervioso, me sentí herido y humillado.

Cien veces Mr. Pavelyn habia recordado en presencia de sus amigos, que mi padre era solo un pobre aldeano: hablaba con buena intencion y no dejaba jamás de decir que él ponía todo su amor propio en hacer del hijo de su arrendador un hombre bien educado y un artista distinguido.

¿Por qué, pues, mi corazón sangraba ahora ante la revelacion de la profesion de mi padre? era la primera vez que yo sentia esta sensacion: asombróme á mí mismo el descubrimiento de mi amor propio, é hice un violento esfuerzo para dominar mi despecho.

Las palabras de Mr. Pavelyn no hicieron en las dos señoras el efecto que él esperaba: desde que supieron que yo era solamente su protegido, su rostro experimentó una repentina indiferencia, y alguna cosa mas ofensiva aun, y se apresuraron á llevar la conversacion sobre otro objeto, sin mirarme mas, y absolutamente como si no me hallase presente.

Mi sangre hervia en mi cerebro y estuve á punto de desvanecerme de dolor y de humillacion, ¿qué no habria yo dado por estar en aquel instante á cien leguas de Rosa! luchaba desesperadamente con mi orgullo herido, que se indignaba hasta contra mis bienhechores: pero al fin pude dominar mi emocion y que no se conociese lo que pasaba en mí.

Al cabo de un instante entraron dos caballeros y empezaron las mismas ceremonias: el temor de sufrir por segunda vez la misma humillacion me hizo temblar: bajo el pretexto de que me esperaban en otra parte, pedí á Mr.

Pavelyn el permiso de retirarme, prometiéndole volver al día siguiente.

El permiso me fué concedido porque, en efecto, yo estaba allí demás: pero Rosa me dijo que no volviera al día siguiente porque debía salir con su madre para hacer algunas visitas.

Tomé mi sombrero, y despues de saludar á todos, salí del salon.

Rosa sola me acompañó hasta la puerta: sin duda que yo debía agradecerle esta benévola atencion; pero mi política era tan ceremoniosa y su saludo—hasta la vista, Mr. Wolvenaer!—sonó tan friamente en mis oídos, que salí á la calle con la cabeza aturdida y el corazon destrozado.

Una multitud de pensamientos amargos me acosaba: sentí la imperiosa necesidad de estar solo para recogerme y aclarar mis ideas: mi dolor queria estallar en la calle: tenia pena en reprimir las lágrimas que llenaban mi corazon oprimido, y no bien hube abierto la puerta de mi cuarto, me dejé caer en una silla y prorumpí en acerbo llanto.

Largo tiempo estuve inmóvil y abrumado bajo el peso de amargas reflexiones: en fin, el desahogo de mi dolor trajo alguna lucidez á mi espíritu: comenzaba á reconocer mi inesplicable extravío y á acusarme de locura.

¿Qué habia yo esperado? ¿qué osaba pretender? no era Rosa amable conmigo? ¿qué derecho tenia de exigir ó desear mas? la posición de mi padre, me habia hecho ruborizarme como una afrenta! mi corazon se habia rebelado contra mis bienhechores! era pues mi orgullo el que se hallaba herido! un amor propio culpable, habia arrojado de mi corazon el reconocimiento! habia olvidado las exhortaciones, de mi madre! tenia vergüenza de mi humilde nacimiento, y me habia atrevido á creer que la igualdad y la familiaridad continuarian existiendo entre el pobre

protegido, y la hija de sus bienhechores! ¡cuán insensato era! demasiado lo conocia entonces! entré ella y yo, no solamente habia el nacimiento, sino el beneficio, es decir, todo un mundo de distancia!

Bajo la influencia de estos tristes pensamientos, me levanté bruscamente, y me puse á pasear por mi cuarto, á pasos desiguales; tenia miedo de mí mismo, y me heria la frente con amargura: la orgullosa presunción que habia descubierto en mí, me parecia horrible y las lágrimas que brotaban de mis ojos, tenían su origen en la rabia ciega que sentia contra mí mismo.

Esta agitacion se calmó tambien; entonces me pregunté qué habia hecho para ser juzgado con tanta severidad; ¿no tenia el mas profundo respeto y el mas sincero reconocimiento por mis bienhechores? Me sentia capaz de faltar nunca por una palabra, ni aun por mi pensamiento á lo que les debía? entonces exclamaba triunfante, y con una entera convicción?

—No, nó! antes morir que desconocer jamás por orgullo ó ingratitud los beneficios recibidos! jamás, jamás!

¿Os sonreís, caballero? ya adivino vuestros pensamientos: sospechais que mi emocion podia muy bien tener otra causa: que un sentimiento, mas egoísta que la gratitud me habia hecho tan sensible en presencia de Rosa, y me habia hecho desear tan vivamente su estimacion y amistad; en una palabra, suponeis que yo amaba á Rosa, solamente porque era mujer y bella: mas os engañais, si el germen de semejante sentimiento estaba oculto en uno de los pliegues mas secretos de mi corazon, como los acontecimientos futuros lo demostraron, á esta época, dormia aun ignorado hasta de mí mismo, y su existencia influia tan poco en mis ideas, que durante aquel doloroso exámen de mi alma en el que habia probado á sondear todos los secretos de mi emocion, no habia ni sospechado ni temido la presencia de semejante sentimiento.

En fin, consideré mi posición con mas calma, y acabé por burlarme de mí mismo, como de un espíritu sencillito é ingenuo que se habia formado un mundo con sus recuerdos y que prolongaba de una manera indefinida su dichosa infancia, sin ver que el tiempo habia hecho surgir la realidad de todos lados para disipar las ilusiones de aquel obstinado sueño.

Era, pues, natural que aquel desencanto repentino me hiciera daño; pero el golpe no podia repetirse: la venda habia caído y en adelante yo veria las cosas á la luz de la razón, segun debia verlas un adolescente que era casi un hombre.

Por conclusion de estas reflexiones resolví, con una notable tranquilidad de espíritu, conducirme con mis bienhechores como si no hubiera entre ellos y yo otros lazos que sus beneficios y aceptar mi suerte tal como me la presentaba la bondad de Dios y su generosidad.

XIV

DESDE aquel día Rosa fué igualmente benévola para mí y yo me hallaba contento del afecto que me demostraba; mas apesar de la resolución que yo habia tomado de desechar sueños raros, alguna cosa faltaba á mi dicha: una inquietud secreta descendia como una niebla á mi espíritu: el sentimiento del deber me daba fuerza para ocultar á los ojos de Rosa y de sus padres esa melancolía que me devoraba, pero no de dominarla enteramente.

La amistad que Rosa me demostraba y nuestras conversaciones mas íntimas, no se separaban jamás de las reglas de la mas estricta conveniencia: nunca pronunciaba ella mi nombre, sin añadir la palabra ceremoniosa de *mon-sieur*; su lenguaje, siempre afable, estaba lleno de una política demasiado estudiada para ser nunca familiar.

En cuanto á mí, que me habia condenado al respeto y á la deferencia, y me habia hecho una ley de no pasar mas adelante, es fácil comprender que su ejemplo me imponia la mas grande reserva.

La consecuencia de nuestra posición respectiva fué que no me sentia con deseo de ir á casa de mis bienhechores, fuera de las ocasiones en que el deber me lo mandaba: en cambio me ocupaba mas de mi estatua, que me representaba la verdadera, la sencilla, la dulce Rosa y que me de-

En fin, consideré mi posición con mas calma, y acabé por burlarme de mí mismo, como de un espíritu sencillito é ingenuo que se habia formado un mundo con sus recuerdos y que prolongaba de una manera indefinida su dichosa infancia, sin ver que el tiempo habia hecho surgir la realidad de todos lados para disipar las ilusiones de aquel obstinado sueño.

Era, pues, natural que aquel desencanto repentino me hiciera daño; pero el golpe no podia repetirse: la venda habia caído y en adelante yo veria las cosas á la luz de la razón, segun debia verlas un adolescente que era casi un hombre.

Por conclusion de estas reflexiones resolví, con una notable tranquilidad de espíritu, conducirme con mis bienhechores como si no hubiera entre ellos y yo otros lazos que sus beneficios y aceptar mi suerte tal como me la presentaba la bondad de Dios y su generosidad.

XIV

DESDE aquel día Rosa fué igualmente benévola para mí y yo me hallaba contento del afecto que me demostraba; mas apesar de la resolución que yo habia tomado de desechar sueños raros, alguna cosa faltaba á mi dicha: una inquietud secreta descendia como una niebla á mi espíritu: el sentimiento del deber me daba fuerza para ocultar á los ojos de Rosa y de sus padres esa melancolía que me devoraba, pero no de dominarla enteramente.

La amistad que Rosa me demostraba y nuestras conversaciones mas íntimas, no se separaban jamás de las reglas de la mas estricta conveniencia: nunca pronunciaba ella mi nombre, sin añadir la palabra ceremoniosa de *mon-sieur*; su lenguaje, siempre afable, estaba lleno de una política demasiado estudiada para ser nunca familiar.

En cuanto á mí, que me habia condenado al respeto y á la deferencia, y me habia hecho una ley de no pasar mas adelante, es fácil comprender que su ejemplo me imponia la mas grande reserva.

La consecuencia de nuestra posición respectiva fué que no me sentia con deseo de ir á casa de mis bienhechores, fuera de las ocasiones en que el deber me lo mandaba: en cambio me ocupaba mas de mi estatua, que me representaba la verdadera, la sencilla, la dulce Rosa y que me de-

volvía mi hermana de otras veces, *mi pequeña madre!* frecuentemente se pasaban quince días entre cada una de mis visitas á casa de los señores Pavelyn, porque cuando me era posible evitarlo no iba, y solo aparecía en ella los domingos que debía comer allí, costumbre que seguía desde mi llegada á Amberes.

Tres meses hacia que reinaba esta reserva en mi conducta, cuando un cambio radical habia tenido lugar poco á poco y casi insensiblemente en la manera de ser de Rosa, con respecto á mí: habia mas sensibilidad en sus palabras y mas cordialidad en su sonrisa: parecíame que empezaba á desear mi presencia y que se ponía contenta cada vez que me veía llegar á casa de su padre: ella misma les insinuó que debían imponerme como un deber el que los visitase todas las semanas.

Manifestó un deseo singular de cantar al piano conmigo y ella misma enseñó los trozos mas notables de la música en boga entonces: mi voz—decía—tenía alguna cosa de expresiva, de simpática y de penetrante que le agradaba: frecuentemente se le escapaba mi nombre sin preverlo de la palabra *monsieur*; pero cada vez que esto sucedía parecía confusa de su olvido y repetía mi nombre acompañado de la fórmula ceremoniosa.

Algunas veces veía tambien que detenía sus ojos sobre mí con una fijeza extraña: aquella mirada profunda y firme me hacia temblar sin saber yo mismo la causa: quería explicarme esta impresion por la razon de que aquellas miradas eran las mismas que las que brillaban en los ojos de Rosa cuando éramos niños: solo era, pues, un recuerdo lo que me turbaba.

Aunque Rosa parecía siempre alegre en mi presencia caía algunas veces en una inexplicable tristeza, y en medio de nuestras conversaciones se absorbía con frecuencia en extrañas distracciones: sus padres la acusaban, riendo, de la rareza de su carácter y decían que en algunas ocasiones

quedaba pensativa y silenciosa durante largas horas: que despues se abandonaba á transportes de alegría muy singulares para caer inmediatamente de nuevo en una melancolía inexplicable: creían de buena fé que su hija echaba de ménos el hermoso clima y el cielo puro de Marsella: pero Rosa, sin contradecir abiertamente esta suposicion, afirmaba no obstante que no se sentía con el menor deseo de dejar su ciudad natal.

De esta suerte íbamos avanzando hácia el mes que traía el día del aniversario de Rosa: mi estatua se hallaba del todo acabada y habia ya hecho los preparativos necesarios para modelarla en yeso: maese Juan dijo á Mr. Pavelyn que desde hacia muchos meses trabajaba yo sin comer ni beber, por decirlo así, en una doble estatua y que desde entonces manchaba su casa de yeso de la misma manera que si diez albañiles trabajasen en ella.

La descripcion que maese Juan hizo de mis estatuas y de lo que representaban, excitó de tal manera la curiosidad de Mr. Pavelyn que quiso saber de mí mismo en qué trabajaba yo desde hacia tanto tiempo en secreto: yo se lo confesé, añadiendo que deseaba ofrecer á Rosa mi primera obra de arte y que le habia ocultado este proyecto para sorprenderla mas agradablemente, dándole mi composicion completamente acabada, si mi obra obtenia la aprobacion de su padre, como lo esperaba.

Mi protector, quedó encantado al saber que yo tenia bastante confianza en mis fuerzas para ejecutar solo una creacion mia, sin consultar á mis maestros y á mis amigos; y sin invocar su ayuda; parecia muy impaciente de juzgar por sus propios ojos el éxito de mis esfuerzos, y le ví tomar tanto interés por este primer ensayo, y dar tanto precio á aquel primer producto de mi arte, que no hubiera estado mas interesado su amor propio, si él hubiera trabajado conmigo, y si hubiera puesto en él todas las fuerzas de su talento.

Tuve que prometerle que le llevaria á mi taller, en seguida que sacase mis estatuas del molde y que les diese la última mano.

Algunos dias despues, conduje en efecto á Mr. Pavelyn á mi cuarto y le mostré mi grupo terminado, colocado sobre un pedestal de madera, y alumbrado en plena luz, con la de un radioso dia que penetraba por mi ventana.

El miró mi obra durante algunos minutos, sin pronunciar una palabra: mi corazon empezaba ya á oprimirse, pensando que aquel silencio era quizá un signo de desaprobacion: mas de repente Mr. Pavelyn me tomó la mano, la estrechó con fuerza y me dijo con el acento de la emocion mas sincera.

—Leon, no solamente has creado una bella obra de arte, si no, que lo que vale mas, has dado al concluir la prueba de la bondad y belleza de tu corazon: no, yo no me engaño, acerca del sentimiento de tu composicion: el ángel de la proteccion, es mi hija; por un sentimiento de esquisita delicadeza, has reproducido sus facciones, tales como era cuando compré el castillo de Bodeghem: Rosa está perfectamente semejante, y me parece que toda aquella época, se abre de nuevo ante mis ojos; ese niño que inclina la cabeza, eres tú, Leon, y debo reconvenirte por el exeso de tu humildad: haber hecho de tu primera creacion, una manifestacion de reconocimiento, es un acto que te honra. Leon, estoy contento de tí!

Mi protector se puso á enumerar en seguida los méritos, que él creia hallar en mi obra: su cariño hacía mí le hacia sin duda exajerarlos, porque segun su parecer, yo habia llevado á cabo un trabajo de primer orden.

Al oírle, mi corazon palpitaba alegremente; y mis ojos estaban llenos de dulces lágrimas: ¡es tan grata y tan seductora, la primera aprobacion que un artista recibe, como prenda de su futura gloria! y además era un protector quien admiraba mi obra, y estaba contento de ella: yo era

ya un verdadero artista, tímido, y acaso inhábil todavía: pero al fin, era verdad que era artista!

Mr. Pavelyn me dijo que mi composicion era bastante notable, para merecer los honores de la exposicion pública, sintiendo vivamente que aquel año no la hubiese: quedóse un instante reflexionando, y de repente, se hirió la frente con la mano, como si le hubiera ocurrido una idea feliz.

—¡Ah qué dichoso pensamiento! exclamó con alegría; escúchame, Leon: yo he pensado dar un gran baile, para celebrar el cumpleaños de mi hija, y para presentarla en el mundo: despues de la comida, ofrecerás á Rosa tu grupo: haré preparar por los tapiceros de mi casa, un nicho en el fondo del gran salon, y allí se colocará: por la noche, tu obra será el mas bello ornamento de la fiesta, y todos mis amigos, toda la buena y elegante sociedad de Amberes, apreciará y admirará tu talento.

Arriesgué algunas objeciones y quise hacer comprender á mi protector, que era demasiado joven é inesperto, para exponerme ya al fallo del público: mas su idea le halagaba mucho para que renunciase á ella.

Antes de dejarme, me hizo mil preguntas relativas á la colocacion de mi grupo, y cuando se despidió de mí, me dirigió las mas tiernas y entusiastas felicitaciones.

Cuando volví á mi cuarto, levanté los ojos y las manos al cielo, dando gracias á Dios por este favor inesperado.

Largo tiempo estuve en contemplacion delante de mi estatua: acercábame á ella, me alejaba, daba vueltas al rededor suyo, balbuceaba palabras sin sentido, reia, saltaba. . . en mi enajenamiento, creia en efecto, descubrir en mi obra una multitud de bellezas, que antes no habia notado, y no me hallaba léjos de sentir la misma admiracion que Mr. Pavelyn.

En fin, mi cuarto se me hizo demasiado estrecho para contener la alegría que desbordaba de mi corazon, y ba-

jando la escalera á saltos, me encontré en la calle: mi pecho palpitaba: llevaba la cabeza levantada, y el orgullo brillaba en mis ojos: parecíame que cuantos pasaban, debían saber que yo era un artista: en mi agitacion casi infantil, me asombraba el ver que casi todos seguian su camino sin mirarme; mas aun á pesar de esto, sentia una dicha inefable, y estuve paseándome con embriaguez hasta el momento en que la hora de la clase de la noche, me llamó á la Academia.

Mis compañeros me encontraron de un humor desapa- cible; ninguna atencion puse á lo que se hablaba al derredor mio, y no respondí, ni acaso oí ninguna de las preguntas que me dirijieron.

¿Y cómo habia de entenderlas? hallábame demasiado sumergido en mis dulces sueños; y lo que me turbaba era el dulce secreto que existia entre mi protector y yo, y que por nada del mundo hubiera yo revelado á nadie.

XV

EL dia deseado por mí, con tanto ardor, habia llegado en fin: algunas horas solo debian pasarse, para que el baile empezase.

Mi grupo habia sido trasportado á casa de mi protector, y dos obreros se ocupaban en colocarle en el salon, sobre un magnífico pedestal, segun mis indicaciones.

Mr. Pavelyn, que se hallaba presente á este trabajo, se frotaba las manos con alegría, y mostrando suma impaciencia, porque yo le impedia el ir á buscar en seguida á su mujer y á su hija, objetándole, que tenia que hacer algunas correcciones en mi grupo.

Yo era presa de una zozobra mortal: todo parecia temblar en mí; mi respiracion era penosa; mi garganta estaba seca: y aunque sentia que la emocion me abrasaba las mejillas, un sudor frio humedecia mi frente.

¡Momento solemne! la que me habia hecho artista, iba á fijar sus ojos sobre mi creacion!

¡La que habia sido y era el objeto único de todos mis pensamientos, de mi esperanza y de mi orgullo, iba á juzgarme!

¡Sofocaría ella la fé en mi corazón, ó me daría fuerzas y valor, para seguir un glorioso camino?

¡Qué bella y atrayente era mi estatua, en el suntuoso nicho, donde la habían colocado, en el testero principal del salón! Cómo resaltaba la purísima blancura del mármol, sobre la tapicería de terciopelo rojo oscuro, que decoraba las paredes del salón, y vestía el hueco donde se le había colocado! Cómo eclipsaba con su deslumbradora nitidez, el esplendor de los ricos ornatos de oro que rodeaba por todas partes!

Bañadas con una viva luz y acariciadas por los reflejos de púrpura, del terciopelo, mis figuras parecían animadas: hubiérase dicho, que la sangre circulaba por sus venas, y que un vapor etéreo, un fluido misterioso, alguna cosa de impalpable y de trasparente las animaba! La mirada de los espectadores debía quedar sorprendida y encantada, desde el primer golpe de vista!

Mientras que yo permanecía abismado en la muda contemplación de mis estatuas, Mr. Pavelyn, hizo salir del salón á los obreros, y los siguió diciéndome que iba á buscar á su mujer y á su hija.

Apoderóse de mí un temblor convulsivo, y semejante al del reo, que espera á su juez: ¿no debía la sentencia, que iba á pronunciarse, decidir de mi vida? ¿podría yo tener fé en mí mismo, aun cuando el mundo entero me aplaudiese, si la aprobación de Rosa faltaba á mi talento?

Cuando la ví aparecer, mi emoción fué tal, que toda mi sangre se agolpó violentamente á mi corazón, y con la palidez de la muerte en el semblante, me ví obligado á apoyarme en un mueble, para no sucumbir á mi inexplicable terror.

Rosa se acercó al grupo, y según su padre había hecho, le contempló en silencio, durante largo rato: Mr. Pavelyn, en tanto la explicó, lo mismo que á su madre, que las facciones del ángel de la protección, como él llamaba á la

estatua, eran las de una niña, á cuya piedad debía Amberes un artista distinguido, añadiendo que aquel admirable grupo, era el regalo que yo hacía á Rosa, por ser el día de su cumpleaños.

La joven, según mi parecer, no oyó las palabras de su padre, y miraba sin pestañear el grupo, con sus grandes ojos azules, muy abiertos.

Yo veía su pecho levantarse con una inspiración agitada, y sus mejillas vestirse con las nubes rosadas de una emoción, no menos violenta que la mía.

—¿Qué dices de esta obra maestra, Rosa? Parece que te ha dejado muda! exclamó Mr. Pavelyn: no la hallas muy bella?

Rosa fijó en mí una larga mirada: una mirada tan profunda, que la palpación de mi corazón se detuvo de repente: alguna cosa me preguntaba. . . ¿pero, qué era?

—¿Has perdido el uso de la palabra? preguntó su padre, riendo: vamos, dínos á tu madre y mí, lo que piensas de la primera obra de Leon!

—¡Oh! que es muy hermosa. . .! demasiado hermosa! balbuceó con voz ahogada.

Un rubor mas vivo, coloreó su frente, y confusa de su emoción, se separó de mí, cubriéndose el rostro con ambas manos.

Decir lo que sentía yo, es imposible.

Me hallaba aturdido: todo se confundía en mi cerebro: mi corazón no podía contener la dicha: y veía ante mis ojos, toda una cosecha de laureles y de palmas, que se extendía á mis pies.

Veía abrirse el porvenir y la muchedumbre entusiasta, aplaudir con sus mil manos al artista, á quien la aprobación de Rosa, como una palabra mágica, había dado el poder de crear maravillas.

En fin, nuestra emoción se calmó un poco, gracias á las observaciones joviales de Mr. y Mme. Pavelyn.

Entonces se habló de los detalles de mi composición, y para colmo de ventura, ví salir de los labios de Rosa el testimonio, dos ó tres veces repetido de su viva admiración.

Hablóme muy poco sin embargo, y parecía ser presa de pensamientos que la absorbían por completo: pero sus ojos brillaban de una manera singular, y cada vez que su mirada se detenía en mí, yo me hallaba agitado hasta el fondo del alma por una sensación desconocida.

El tiempo se pasó con la rapidez del relámpago: ninguno de nosotros había reparado que la luz del día iba disminuyendo, y que las sombras empezaban á caer.

Mr. Pavelyn estaba orgulloso y lleno de alegría con mi obra: me hablaba con entusiasmo y se complacía en pensar en el porvenir que su protección me había preparado. Me ofreció que no me abandonaría hasta que hubiera adquirido la brillante fortuna y el glorioso nombre que para mí presagiaba.

—Muchos jóvenes artistas, me dijo, se ven detenidos en su carrera por la necesidad de trabajar demasiado pronto para ganar su vida; pero yo desembarazaré tu camino de este obstáculo y te daré los medios necesarios para que no te ocupes mas que de verdaderas obras de arte.

La llegada de los criados, que venían á iluminar los salones, advirtió á Mr. Pavelyn, á su esposa é hija que ya era tiempo de que fueran á vestirse, y él mismo me dijo que volviera también á mi casa, á fin de ponerme un traje de baile, pues no tardarían ya en llegar algunas gentes.

XVI

CUANDO volví á casa de mi protector, un gran número de convidados se hallaban ya reunidos: al entrar en el salón quedé deslumbrado por la riqueza de los trajes de las señoras: todo era seda, encajes, oro y pedrerías.

No me atreví á mezclarme con las personas á quienes la fortuna colocaba tan por encima de mí; pero Mr. Pavelyn me tomó por la mano, me presentó á la sociedad como el autor del bello grupo y me llevó delante de mi obra, que se hallaba rodeada de un círculo de espectadores.

Cada uno me dirigió algunas palabras benévolas: algunas personas me expresaron mas calurosamente que otras su admiración por mi primera obra: todos me felicitaron y me predijeron una carrera brillante, y durante largo tiempo yo fui el objeto de la atención general.

Rosa había entrado con su madre en el salón y se había aproximado á mí sin que yo la viese hasta que ya estaba á mi lado. Parecía que ella recogía con mas satisfacción que yo mismo las alabanzas que caían de los labios de los circunstantes, y cada vez que alguno de ellos exclamaba: ¡Magnífico! ¡Perfecto! la alegría brillaba en sus ojos y una dulce sonrisa iluminaba su semblante.

¡Qué hermosa estaba Rosa aquel día! En la corona na-

Entonces se habló de los detalles de mi composicion, y para colmo de ventura, ví salir de los lábios de Rosa el testimonio, dos ó tres veces repetido de su viva admiracion.

Hablóme muy poco sin embargo, y parecia ser presa de pensamientos que la absorbían por completo: pero sus ojos brillaban de una manera singular, y cada vez que su mirada se detenía en mí, yo me hallaba agitado hasta el fondo del alma por una sensacion desconocida.

El tiempo se pasó con la rapidez del relámpago: ninguno de nosotros habia reparado que la luz del dia iba disminuyendo, y que las sombras empezaban á caer.

Mr. Pavelyn estaba orgulloso y lleno de alegría con mi obra: me hablaba con entusiasmo y se complacia en pensar en el porvenir que su proteccion me habia preparado. Me ofreció que no me abandonaria hasta que hubiera adquirido la brillante fortuna y el glorioso nombre que para mí presagiaba.

—Muchos jóvenes artistas, me dijo, se ven detenidos en su carrera por la necesidad de trabajar demasiado pronto para ganar su vida; pero yo desembarazaré tu camino de este obstáculo y te daré los medios necesarios para que no te ocupes mas que de verdaderas obras de arte.

La llegada de los criados, que venían á iluminar los salones, advirtió á Mr. Pavelyn, á su esposa é hija que ya era tiempo de que fueran á vestirse, y él mismo me dijo que volviera tambien á mi casa, á fin de ponerme un traje de baile, pues no tardarian ya en llegar algunas gentes.

XVI

CUANDO volví á casa de mi protector, un gran número de convidados se hallaban ya reunidos: al entrar en el salon quedé deslumbrado por la riqueza de los trajes de las señoras: todo era seda, encajes, oro y pedrerías.

No me atreví á mezclarme con las personas á quienes la fortuna colocaba tan por encima de mí; pero Mr. Pavelyn me tomó por la mano, me presentó á la sociedad como el autor del bello grupo y me llevó delante de mi obra, que se hallaba rodeada de un círculo de espectadores.

Cada uno me dirigió algunas palabras benévolas: algunas personas me expresaron mas calurosamente que otras su admiracion por mi primera obra: todos me felicitaron y me predijeron una carrera brillante, y durante largo tiempo yo fui el objeto de la atencion general.

Rosa habia entrado con su madre en el salon y se habia aproximado á mí sin que yo la viese hasta que ya estaba á mi lado. Parecia que ella recogía con mas satisfaccion que yo mismo las alabanzas que caían de los lábios de los circunstantes, y cada vez que alguno de ellos exclamaba: ¡Magnífico! ¡Perfecto! la alegría brillaba en sus ojos y una dulce sonrisa iluminaba su semblante.

¡Qué hermosa estaba Rosa aquel dia! En la corona na-

tural que le formaba su cabellera rubia dispuesta en sedosos rizos, se abrian algunas rosas blancas en cuyos cálices resplandecian centellas de diamantes; ceñía su cuello un collar de perlas de Oriente con reflejos nacarados: un vestido de raso blanco, salpicado de plata, dibujaba su esbelto talle y flotaba en el pavimento con pliegues ondulados: una nube de blondas transparentes la envolvía como un vapor de nieve; pero lo que habia en ella de mas seductor y mas hermoso eran sus grandes ojos azules, la amable sonrisa que entreabria sus lábios, la distincion de sus delicadas facciones y la elegancia de su talle de sílfide.

Cada vez que la miraba yo, un temblor de admiracion recorria mis venas: Rosa hacia en mi espíritu el mismo efecto que una criatura sobre natural, deslumbradora de belleza y de majestad que se hubiera aparecido ante mis ojos: apenas me atrevia á dirigirle un mirada furtiva, aun cuando ella tomaba una parte tan sincera en mi dicha hablando de mi grupo con los convidados.

La mayor parte de las personas allí presentes me habian ya visto en casa de Mr. Pavelyn, y sabian que yo era su protegido.

Ya no sufría yo nada de oírle contar y repetir con mil detalles á todos los que querian oírle, cómo habia desenhado mis dichas disposiciones: y cómo, gracias á su sola prespicacia, la Bélgica contaría muy pronto con un eminente escultor.

Cerca de mi obra, me sentía bastante grande para no desear un origen mas noble: y ni aun cuando Mr. Pavelyn en medio de su entusiasmo, declaró que yo era el hijo de un fabricante de zuecos, esta revelacion no me hirió.

No sucedió lo mismo con Rosa, sobre la cual hizo una impresion muy visible y muy triste: porque la ví temblar al oír la revelacion fatal, y el rubor del despecho ó de la vergüenza coloreó su blanca frente.

El efecto no pudo ser menos favorable en la sociedad, porque un silencio embarazoso, sucedió á la animada conversacion: muchos labios se fruncieron desdeñosamente, y oí detrás de mí la voz de una señorita que murmuraba al oído de su vecina:

—¡Qué lástima que sea hijo de un aldeano, este jóven tan hábil!

Insensiblemente la atencion general se separó de mi obra, y los convidados se diseminaron por los salones: las señoras dejaron las primeras el círculo de los curiosos, y eligieron sitio en las sillas colocadas al derredor de la pared.

Dos ó tres caballeros quedaron solos hablando conmigo de mi obra, y del arte en general: uno de ellos era un hombre de un gusto delicado y de una ciencia profunda: no hacia como las otras dos personas que habian quedado conmigo y que me alababan sin saber por qué, hiriéndome con un insoportable acento de proteccion: al contrario, él analizó mi composicion, adivinó mis intenciones y penetró con gran asombro mio las razones de las formas particulares que yo habia elegido para mis figuras: el elogio en su boca me llenó de orgullo, porque tenia la conviccion de que su sentimiento estaba fundado en un verdadero conocimiento del arte. Cuando criticó algunas partes de mi grupo, lo hizo con tanta delicadeza, que su crítica me elevó á mis propios ojos, porque me probó que me juzgaba bastante artista para prevenirme contra la pretension de una perfeccion imposible.

Mi conversacion con aquel anciano duró largo tiempo y de ella saqué una fuerza inagotable de valor y de fé, al mismo tiempo que aumentó mi amor al arte: así, pues, fué con un sentimiento de pesar como ví mi coloquio interrumpido por tres ó cuatro personas que vinieron á buscar á mi compañero y le llevaron hácia una anciana señora, á cuyo lado se sentó sin ocuparse mas de mí.

Entonces, hallándome solo, cerca de un grupo de caballeros que hablaban, dejé mis ojos errar por el vasto salón; qué ondas de seda y de encaje, qué reflejos de oro y de diamantes ofrecía la guirnalda de damas que decoraba el salón! qué encantadoras eran las figuras de aquellas mujeres, cuyas gracias se abrían como las frescas flores de la primavera de la vida! y no obstante, ninguna llegaba en hermosura á las gracias de Rosa Pavelyn.

Otros muchos como yo debieron tener la misma idea: porque en tanto que cerca de otras jóvenes se veían uno ó dos caballeros para invitarlas al baile, al alrededor de Rosa había un círculo numeroso que ofrecía homenaje á su hermosura.

Distinguíase entre todos un joven notable por la distinción de sus facciones, por la elegancia de su traje y por la gracia de sus maneras, que se esforzaba mas que ningún otro en cautivar la atención de Rosa.

Un temblor glacial sacudió mis miembros, como si la vista de aquel joven me hubiera helado de espanto; una sombría tristeza embargaba mi espíritu: mi corazón se lanzaba hácia Rosa con violencia: hubiera deseado hallarme en medio de los jóvenes que la dirigían galanterías: parecíame que yo tenía algún derecho á tomar parte en el brillo que brotaba de sus ojos, en la dichosa sonrisa que erraba en sus labios, en las palabras amables con las que daba gracias á sus adoradores encantados de sus gracias.

Pero todos ellos eran los hijos de los mas ricos negociantes de Amberes, y ninguno poseía ménos de un millon: ¿quién era yo? el pobre hijo de un hombre del pueblo: un infeliz muchacho sin ninguna fortuna: todo lo debía á Mr. Pavelyn, como él mismo lo decía, y por únicos bienes poseía solo un corazón sensible, una fé profunda en el arte y alguna esperanza de un porvenir glorioso.

Reconocí entonces claramente que para este mundo de la riqueza material, que me había admitido en su seno

como á su protegido con una especie de piedad, yo no era otra cosa que una criatura humilde é inferior, y que mi deber me prohibía severamente el darme la menor importancia.

Estaba, pues, firmemente decidido á estar todo lo posible alejado de Rosa, para no ofender ni á ella ni á nadie: no obstante, el sentimiento de mi inferioridad me era muy penoso, y mas de una vez sentí un dolor agudo en el corazón cuando un movimiento al alrededor de Rosa, ó los gestos de los que componían su corte, me hacían creer que estaban admirados del encanto de su conversacion.

No me atrevía, sin embargo, á volver los ojos al lugar donde ella se encontraba: temía que se pudiese leer en mi alterado rostro lo que pasaba en mi alma! y yo temía que mis sentimientos pudiesen tomarse como una injuria á la hija de mis bienhechores.

Este temor me hizo volverme por completo hácia el lado opuesto al en que se hallaba Rosa y dirigí los ojos á la otra parte de la sala: pero bien pronto sucumbí á la atracción poderosa que ella ejercía sobre mí, y mis ojos se volvieron sin quererlo al lugar donde se hallaba sentada.

La casualidad abrió un claro en el círculo que la rodeaba: ella me vió: nuestros ojos se encontraron; una sonrisa de una dulzura inefable, una expresión de alegría y de amistad vinieron á deslumbrarme: hízome con las manos una señal tan afectuosa, que todos los jóvenes me miraron con asombro: el círculo volvió á cerrarse.

Una cosa extraña pasó en mi interior: levanté la cabeza con orgullo: parecióme que había crecido: respiré con fuerza para desahogar mi pecho oprimido, y mientras que la alegría inundaba mi corazón, paseé mis ojos con seguridad sobre los invitados, como si aquella sencilla sonrisa de Rosa, me hubiera hecho mas noble y mas rico que todos ellos.

Entonces tambien hallé bastante fuerza en mí mismo para cumplir lo que creia mi deber: separé mis ojos de Rosa y resolví no exponerla mas al peligro de despertar de una manera quizá poco favorable la atencion de los concurrentes por sus testimonios de afecto hácia mí: me bastaba su sonrisa para no desear ya otros favores: mi embarazo habia desaparecido y me sentia libre y ligero de espíritu.

Me apercibí entonces de que no habia dejado aun mi primer sitio y de que estaba de pié cerca de mi estatua inmóvil como un centinela: imité á los asistentes y me puse á pasear por los salones sin presuncion, pero tambien sin humildad.

En uno de los ángulos del salon principal se hallaba sentada en medio de otras muchas personas una anciana señora que me dirigió la palabra, y que despues de cambiados algunos cumplimientos me ofrecia un asiento á su lado para hablar un poco de mi arte y de mi obra.

Me alegré mucho de hallar un pretexto para sentarme, pues ya empezaba á fatigarme de estar en pié.

La anciana señora era una mujer de talento que habia viajado y leído mucho: me demostró un gran amor al arte y me habló con una viva admiracion de las magníficas esculturas de Italia, de las obras maestras de Miguel Angel y de Cánova: indicóme tambien con una sagacidad que demostraba un talento verdadero y profundo todas las bellezas de mi estatua, y expresó la conviccion que tenia de que yo era llamado á un brillante porvenir: una bella jóven que se hallaba sentada á su lado se mezcló en la conversacion y me encantó con la poesía de su lenguaje y con la seductora dulzura de su voz: era la hija menor de la anciana señora, que me la presentó como una notabilidad musical.

Hallábame tan dichoso hablando con aquellas dos inteligentes criaturas, que olvidaba lo mismo que ellas, la gran

distancia que nos separaba en el mundo, y la diferencia de nuestras respectivas posiciones.

Haria como una media hora que hablábamos, cuando volví por casualidad la cabeza al sitio donde se hallaba Rosa: el círculo que la rodeaba se habia aclarado, y podia verla sin obstáculo: sus ojos se hallaban fijos en mí; pero hallé yo no sé qué de triste y de doloroso en su mirada; la sonrisa no vino esta vez á iluminar su blanco y gracioso rostro: al contrario, sus lábios comprimidos, parecian dirigirme algun mudo reproche: cuando advirtió que yo la miraba, separó los ojos.

Creí que me engañaba en cuanto á la expresion que creia haber leído en las facciones de Mlle. Pavelyn: ¿qué era lo que podia entristecerla en aquella brillante fiesta? ¿acaso se hallaba entonces en uno de esos accesos de melancolía que tanto inquietaban á sus padres? no pude tampoco meditar durante largo tiempo, porque se dejaron oír los acordes del piano, y poco despues la voz fresca y sonora de una jóven, resonó en el salon, y cautivó mi atencion de una manera irresistible, por su expresion llena de sentimiento y su deliciosa armonía.

Un caballero sucedió á la jóven, y mereció igualmente generales aplausos.

Mientras que yo hablaba de música con las dos señoras, reparé que muchas personas y Mr. Pavelyn con mas empeño que las otras, pedian á Rosa que se dejase conducir al piano: ella parecia relusar: su padre se acercó á mí, y me rogó que uniese mis esfuerzos á los suyos, para decidir á Rosa á que cantase, añadiendo, que si yo queria ejecutar el duo favorito de su hija, y que tantas veces habiamos cantado juntos, Rosa no resistiria durante mas largo tiempo al deseo general.

Seguí á mi protector, y fuí á proponer á Rosa que me permitiese acompañarla hasta el piano, suplicándola cantase conmigo su duo preferido: el gallardo jóven, que no

se separaba de su lado, unió sus súplicas á las mías: Rosa contestó, que no se sentía buena: que el calor de la sala la incomodaba, que no se hallaba dispuesta á cantar, y que agradecería mucho que no insistiesen mas sobre este punto.

Contemplábala yo con doloroso asombro en tanto que hablaba: veía en su rostro una tristeza profunda, alguna cosa de amargo y desolado, que me hizo creer en la sinceridad de sus palabras: no obstante, yo insistí de nuevo, creyendo que el canto disiparía su melancolía.

Entonces, Rosa me dijo con el acento de un sufrimiento mas vivo:

—Es muy cruel el atormentarme así, caballero: la señorita Paulina Vanden-Berge, tiene un gran talento musical; tiene mejor voz que yo, y sabe bien el duo: ¿por qué no le rogais que lo cante con vos? en cuanto á mí, por piedad os ruego que me dejéis en paz!

La negativa de Rosa me afectó penosamente; pero Mr. Pavelyn no me dejó expresarle mi pesar: contrariado de que su hija se negase á cantar, me condujo directamente hácia la jóven, á cuyo lado habia yo estado poco antes, y la suplicó que accediese á cantar conmigo el duo en cuestión.

Quise excusarme é hice alguna resistencia: yo no tenia de la música mas que un conocimiento superficial, y corría el riesgo de ponerme en ridículo, dando á conocer mi ignorancia: pero Mme. de Vanden-Berge se mostró tan dispuesta á complacer á Mr. Pavelyn, y éste tenia tal deseo de oír el duo, que sin saber cómo, me hallé delante del piano, y al lado de mi linda compañera: con gran asombro mio, el duo fué saliendo bastante bien, y después de las primeras notas me sentí estimulado por la facilidad sonora de mi voz: cuando terminamos, el auditorio nos aplaudió con una satisfacción visible, y todos, inclusa Mme. Paulina, me felicitaron por la pureza y expresión de mi estilo.

Cuando hube conducido á su sitio á mi compañera de armonía, me acerqué á Rosa: ella tambien me dijo que habia cantado de una manera notable y *mejor que nunca*; pero añadió que no era extraño, porque la voz de Mlle. Vanden-Berge se unia maravillosamente á la mía.

Como la tristeza continuaba en ésta impresa sobre su rostro, me esforcé en consolarla y en darle esperanzas de que su indisposicion se pasaria muy pronto: llamé á uno de sus criados, que hacian circular por el salon bebidas heladas, y la ofrecí un refresco, aconsejándola que saliese del salon para tomar, durante algunos instantes, un aire mas puro; pero lo rehusó todo con una especie de languidez, y me hizo entender que el mas grande placer que podia ocasionarla era el no hablarle mas de esto y no importunarla con mis atenciones.

El piano dejaba oír los primeros acordes de un wals, y ya algunas parejas, incitadas por un gracioso prelude, se disponian á bailar: muchos jóvenes se acercaron á Rosa, disputándose el favor de bailar con ella; entonces retrocedí á pasos lentos al fondo de la sala, para no estorbar á los que bailaban.

Inmensa era la tristeza que poco á poco habia descendido al fondo de mi espíritu! me afligia, no solo la idea de saber que Rosa estaba indispuesta, y obligada á privarse del placer de tomar parte en el baile, sino tambien aquel no sé qué de amargo y de profundamente desolado que traspiraba en todo lo que me habia hablado: era un triste enigma del que no me era posible hallar la solución.

Largo tiempo permanecía sumergido en mis reflexiones, olvidando casi por completo, todos aquellos seres felices que se divertían ante mis ojos: los walses y los rigodones se sucedían sin interrupcion, sin que yo hubiera podido decir cuántas veces el piano habia suspendido sus alegres acordes.

Mme. Vanden-Berge y su hija se acercaron á mí, y am-

bas empezaron á chancearse acerca de mi actitud pensativa y triste: aseguráronme que se habian empeñado en hacerme bailar, aunque fuera á pesar mio: aquellas dos excelentes criaturas se imaginaban que mi humildad me impedía invitar á ninguna de las jóvenes presentes, y que mi aislamiento en medio de tan gran concurrencia, debía causarme á la vez embarazo y tristeza: solo la bondad de su alma las habia guiado hasta donde yo estaba para animarme y darme valor.

Imposible me fué desprenderme, y no habia medio alguno de rehusar: era preciso bailar con la linda y amable Paulina: por otra parte, habia yo notado que algunas personas que nos rodeaban, empezaban á reirse de lo que llamaban mi falta de mundo.

Conduje, pues, á Mlle. Vanden-Berge al círculo de baile: desde el sitio donde nos colocamos, no me era posible ver á Rosa sin volver la cabeza con afectacion.

Mi corazon se hallaba oprimido, y lejos de hallar placer en la amable conversacion de mi compañera, me fastidiaba de una manera horrible: no obstante, hice todo lo posible, obedeciendo las leyes de la política, para ocultarle esta enojosa disposicion de mi ánimo, y bailé, á lo menos en la apariencia, tan alegremente como todos los demás.

Arrastrado por el irresistible deseo de conocer al joven que se dedicaba por completo á Rosa, y que sin saberlo, habia hecho en mi corazon una herida tan profunda, pregunté á Mlle. Paulina su nombre.

Respondióme que se llamaba Conrado de Somerghein y que era el hijo de un rico banquero de la calle del Emperador.

Estos detalles aumentaron mi inquietud y me hicieron temer yo no sé qué vago peligro.

No bien la última nota del piano me devolvió mi libertad, y así que dí gracias á Mlle. Vanden-Berge del honor que me habia dispensado, dí algunos pasos en el salon

para aproximarme á Rosa: el asiento que habia ocupado estaba vacío, y cuando despues de haber mirado en derredor mio, pregunté á Mr. Pavelyn por su hija, éste me contestó con acento descontento:

—Se ha retirado á su cuarto: no sé lo que tiene; será uno de sus caprichos: un acceso de melancolía: mañana se habrá pasado, haz como si no hubieras notado la desaparicion de Rosa, porque si no, van á quedarse todos desanimados.

Erré desde entonces de un salon á otro, lleno de tristeza, y preso de inquietud, como si estuviese asaltado por el temor vago de una desgracia inminente.

En fin, mi corazon llegó á oprimirse de tal modo, en medio de la alegría general, que insistí con Mr. Pavelyn, para que me permitiese retirarme, lo que al fin me concedió.

Cuando pasé el umbral de la puerta y me hallé en la calle, un suspiro de consuelo y de alivio levantó mi pecho oprimido, y apresuré el paso entre las sombras de la noche, para alejarme del ruido de la fiesta; y para quedarme solo con mis dolorosos pensamientos.

XVII

CUANDO al día siguiente me presenté en casa de mi protector, para informarme de la salud de su hija, hallé en el umbral á Mr. Pavelyn que iba á salir.

Me dijo, que segun habia previsto, la indisposicion de Rosa, no habia sido casi nada; parecia un poco triste y fatigada: pero no estaba realmente enferma, de lo cual me convenceria al verla sentada delante del piano.

Dichas estas palabras, salió.

Abrí una puerta, y me hallé en un salon inmediato á la sala, donde estaban habitualmente Rosa y sus padres: los sonidos del piano, llegaron á mi oido y me detuve á escuchar, herido de una impresion profunda.

Rosa ejecutaba la melodía del duo, que tantas veces habiamos cantado juntos, era una melodía viva y alegre, que reanimaba el espíritu, y alejaba la melancolía; en aquel momento, por el contrario, se parecia á la queja de una alma desolada: el compás era lento y triste, las notas ejecutadas sin fuerza cantaban melancólicamente, como si la mano de un artista, sumergido en una tristeza profunda, hubiera recorrido lentamente el teclado.

Esta música extraña me hizo temblar, qué pena deseo-

noeida habia en el corazon de Rosa, para que un canto alegre, se trasformase bajo sus dedos en una queja tan triste?

Entré al fin; Rosa estaba sola.

Mi aparicion le causó una emocion visible; y su frente se cubrió de un vivo rubor, al que sucedió una palidez extrema.

Al verme habia sentido miedo, habia, pues, un secreto entre ella y yo: probablemente habia yo sorprendido en aquella triste melodía una emocion que ella queria tener oculta.

Dominando con pena mis impresiones, le hablé de su indisposicion de la víspera, y le expresé mi alegría de encontrarla restablecida: me pareció muy turbada, y solo me respondió algunas palabras confusas; pero de repente se levantó, y rogándome que la excusara, pues tenia que hablar á su camarera, tiró del cordon de la campanilla.

No pude oir la orden que dió en voz muy baja: pero un instante despues, Mme. Pavelyn entró en el salon, y despues de saludarme con la cabeza preguntó con una inquietud visible.

—¿Me has hecho llamar, hija mia? te sientes mal?

—No, mamá, respondió la jóven; solo siento un violento dolor de cabeza. . . y me parece que estando contigo, se me pasa. . .

—Retírate á tu cuarto, dijo Mme. Pavelyn, el reposo te aliviara.

—No, no mamá, no es nada grave, dijo Rosa: pero yo te lo ruego, quédate aquí!

Mme. Pavelyn, mitad triste, mitad sonriente, tomó una silla, se sentó, y empezó á hablar de la indisposicion de su hija, acariciándola y consolándola; dijo que aquel mal estar, era debido á su organismo nervioso y en extremo delicado, y que no podia ser considerado como cosa que atacase gravemente á su salud; despues, la conversacion reca-

yó sobre la fiesta de la noche precedente: Rosa, en presencia de su madre había recobrado alguna seguridad, alguna libertad de espíritu; no obstante, en lo que habló había un asunto que yo no conocía aun en su voz: mostró una indiferencia casi completa, cuando su madre la habló de mi estatua, y en cuanto se presentó la ocasion, me demostró una cortesía tan ceremoniosa, que fácilmente pude comprender se hallaba muy ofendida: la amargura extraña de su voz, cada vez que me llamaba *monsieur Wolvenae* podía hacerme creer que trataba de humillarme ó de herirme.

En cuanto á mí, sufría cruelmente: sin duda hubiera llorado, si un profundo despecho, si una amargura secreta, no me lo hubiera impedido: el respeto y la conciencia de mi verdadera posicion, respeto de mis bienhechores, me hicieron soportar esta dolorosa prueba, sin dar ninguna señal de descontento ó de dolor.

Busqué un pretexto para irme, y abrevié la visita todo lo que el bien parecer lo permitió.

En el momento en que tomaba mi sombrero para salir, Rosa me saludó inclinándose profundamente, y en tanto que las palabras ceremoniosas *monsieur Wolvenae*, salian de sus lábios, me lanzó una mirada penetrante, tan llena de reproches, que se hubiera dicho me juraba un odio eterno.

Una vez en la calle, eché á andar con la cabeza baja, sin saber lo que pasaba al derredor mio, enteramente aturdido por los pensamientos que llenaban mi cabeza.

Largo tiempo hacia que me hallaba solo en mi cuarto, y las tinieblas reinaban dentro y fuera de mí: quizá rehusaba yo ver la claridad, que parecida á la luz fugitiva del relámpago, alumbraba algunas veces mis ideas; en efecto: un abismo de desgracias, estaba abierto ante mis piés, y tenia miedo del resplandor que podía hacerme sondear su profundidad.

Ante mis ojos estaba la imágen del jóven que no se ha-

bía separado de Rosa, en tanto duró la fiesta de la noche anterior.

Yo leía en su rostro el deseo de agradar, y en los ojos y en la sonrisa de Rosa, la llama y la dulzura que decian con cuanta felicidad recibia ella sus homenajes.

Rosa amaba!

Sus cambios inexplicables, su melancolía, su sensibilidad nerviosa, no tenían otra causa que la turbacion de su corazon, que se habia abierto á una pasion profunda; y luchaba en vano contra las ilusiones del primer amor.

Era, pues, cierto! un hombre habia llamado al corazon de Rosa, y éste se habia abierto para él, hasta el punto pe no poder dar cabida ni aun al dulce sentimiento de la amistad!

¡El amor de otro hombre se habia elevado como una barrera insuperable, entre ella y su desgraciado protegido! y aunque los recuerdos de nuestro pasado, pareciesen darme algun derecho á participar de su afecto con el nuevo elegido de su corazon, ella me lo rehusaba para dar su alma entera al que preferia! si ella me odiaría! debia odiarme, me odiaba ya! ¿no me habian lanzado sus ojos un sangriento reproche, como una declaración de enemistad eterna?

¡Qué llena de viscisitudes está la vida del hombre, y qué dominada por la cruel fatalidad!

Aquella noche, en la cual yo habia expuesto mi primera obra de arte: aquella noche, en la cual habia recibido en presencia de Rosa los elogios mas lisonjeros: aquella noche de la cual debia nacer para mí, mi reputacion futura: aquella noche iba á ser la causa de la desgracia de toda mi vida! iba á arrebatarme mi valor y mi fé, haciendo pesar sobre mí la aversion de Rosa como una maldicion, á sofocar todos mis recuerdos y á separar violentamente mi pasado de mi porvenir!

Con estas reflexiones creia engañarme á mí mismo,

acerca de la verdadera naturaleza de mis sentimientos y de mi emocion extraordinaria.

Yo me creia solo, triste y desalentado: mis ojos permanecian secos.

Sobre mi frente sentia el frio de una palidez mortal: mis dientes se hallaban convulsivamente apretados, y algunas veces, sin saberlo, apretaba los puños por una contraccion tan nerviosa que hacia crujir las falanges de mis dedos.

Si yo hubiera podido alejar de mí durante mas largo tiempo la claridad que descendia poco á poco á mi espíritu, y que acabó por disipar todas las nieblas de mi pensamiento! pero nó! mi corazon, como un juez implacable, me arrancaba la venda y me obligaba á mirar al fondo de mi propio corazon....

Un grito de horror y de desesperacion salió de mi pecho: sepulté el rostro entre las manos y un torrente de lágrimas abrasadoras corrió al través de mis dedos; ya no habia ilusion ni duda posibles!

Yo amaba á la hija de mis bienhechores....! La amaba desde hacia ya largo tiempo con toda la fuerza y todo el ardor de un amor sin límites: este amor, nacido en mi infancia, habia vivido y crecido conmigo; él habia sido la causa de mi aficion á las artes, de mi ambicion, de mi fé en el porvenir; ¡oh, mi pobre madre! ella habia previsto que su hijo seria culpable y desgraciado por su insensato orgullo! ¡qué ingratitud! el hijo de unos míseros aldeanos sale de la miseria por la generosidad de una familia; le dá esta familia los medios de desenvolver su inteligencia y de distinguirse en el mundo de las artes.... y él.... por recompensa de tan inmensa bondad, ultraja á sus bienhechores y se atreve á levantar los ojos hasta su hija única!

Estos pensamientos me hicieron temblar y me arrancaron abundantes lágrimas: despues levanté al cielo los ojos

y el corazon y rogué a Dios que me perdonase mi culpable pasion y me diese fuerzas para vencer mi debilidad.

¿Cuál era mi deber?

¿Qué debia hacer?

¿Ir á terminar mi vida, que apenas empezaba, en una ciudad lejana, en un país extranjero?

¿Y cómo explicar esta desaparicion á mis padres y á Mr. Pavelyn?

¿Era preciso hacerme culpable á los ojos de mis bienhechores, de una cobarde ingratitud y llevar conmigo el peso de su cólera? además, el concurso de la Academia iba á empezar muy pronto, Mr. Pavelyn, mis padres, hasta mis condiscípulos esperaban que yo obtuviese el primer premio; esta victoria debia decidir de mi porvenir y separar muchos obstáculos de mi camino.

No me era posible renunciar á la posibilidad de obtener el premio de honor de la Academia, porque si era presa de un sentimiento que me dominaba por completo y me hacia sufrir cruelmente, el amor al arte y el deseo de distinguirme en el mundo por él, eran no obstante bastante poderosos en mí para que no se pudiesen sofocar por el temor de una desgracia inminente.

Trás de largo tiempo de crueles reflexiones conseguí al fin mirar mi posición con mas calma.

Yo amaba á Rosa: sentia que este amor duraria tanto como las palpitaciones de mi corazon; mas podia tenerlo oculto en lo mas profundo de mi pecho, como un secreto del cual ningun signo, ninguna palabra dejase sospechar su existencia: de este modo no habria ni ingratitud ni injuria en mi amor á Rosa, pues que nadie en el mundo, excepto yo, sabia que este sentimiento habia tomado posesion de mi alma.

Temblé no obstante ante la idea de que en presencia de Mlle. Pavelyn no podria dominarme y de que acaso podrian venderme los movimientos de mi corazon; pero

entonces me repetí que Rosa me aborrecia, y casi me alegré al pensar que esta disposicion hostil me daria la fuerza de conservar mi secreto con un cuidado piadoso; me retiraria tras un respeto inquebrantable, seria reservado, prudente y evitaria todas las ocasiones de despuntar la mas ligera sospecha en el espíritu de Rosa y de todos los demás.

Si podia cumplir fielmente esta resolucion, no habia gran peligro en el sentimiento que se habia revelado en mí: y quizá hallaria yo en la energía de mi voluntad la fuerza necesaria para triunfar de mi loco amor.

Durante algunos instantes sonréi á estas ideas consoladoras; mas insensiblemente me sumergí de nuevo en un profundo dolor: el velo mágico que desde mi infancia habia envuelto mi vida, se habia roto en girones. . . . ¡Rosa me odiaba!

XVIII

DOCE dias se pasaron antes de que me atreviese á presentarme en casa de Mr. Pavelyn: en ese intervalo, maese Juan me habia dicho varias veces que Rosa se hallaba ya del todo buena.

No podia, pues, retardar mas largo tiempo una visita, sin exponerme al peligro de explicar mi ausencia, puesto que el domingo en que debia comer con mis protectores habia llegado.

Con premeditacion, me presenté en casa de Mr. Pavelyn á la hora en que era costumbre sentarse á la mesa.

Encontré por lo mismo á toda la familia reunida: Rosa estaba muy melancólica: sin embargo, no noté en ella otros signos de acritud, que una extrema frialdad, y cierta afectacion de no dirigirme la palabra: evitaba ostensiblemente el hablar conmigo, y tenia de continuo los ojos bajos, ó fijos en su madre: aparte de esto, no parecia sentir la menor turbacion, y hablaba con entera libertad de espíritu: ni una sola vez pronunció mi nombre: pero la fórmula ceremoniosa de "Monsieur Wolvenaer," no sonó en mi oido con la misma amargura que otras veces.

Imposible me fué, el sostener una conversacion animada, ni alegrar á Rosa por medio de frases agradables y joviales: hice todos los esfuerzos posibles para parecer ale-

gre; pero mis pensamientos me llevaban muy lejos y volvía á caer en una invencible melancolía.

Mr. Pavelyn se quejaba de los dos: por lo que tocaba á Rosa, podía excusarla, pues no estaba buena, según lo indicaba su visible palidez: pero yo que no tenía ninguna razón de estar triste, hacía muy mal, según él, en aumentar con mi silencio la tristeza de su hija en lugar de distraerla con una conversación animada.

Al terminar la comida, Mr. Pavelyn, me dijo que deseaba oírme cantar con Rosa; pero esta rehusó ponerse al piano: hubiérase dicho que temía á la música, porque cuando por complacer á su padre y bien á pesar mío me disponía á cantar, ella declaró que se sentía incapaz de soportar el eco de mi voz, y el ruido del piano: añadió que tenía un terrible dolor de cabeza y los nervios en una agitación extrema.

Después de procurar durante largo rato alegrar á su hija, Mr. Pavelyn vió que sus esfuerzos eran infructuosos: con una impaciencia mal disimulada llamó á un criado, le mandó traer la mesa de juego y me rogó que jugase con él una partida de ajedrez, como teníamos costumbre de hacer todos los domingos, aunque á una hora mucho más avanzada de la velada.

Apenas habíamos empezado á jugar cuando Mme. Pavelyn nos anunció que Rosa deseaba tomar el aire libre, y que iban á pasearse un poco: al volver subirían en casa del banquero de la calle del Emperador para ver si Rosa se distraía un rato con su amiga Emilia; era pues posible que se detuviese más de lo que pensaban, y rogaban á Mr. Pavelyn que en ese caso, las enviase á buscar con el carruaje.

Sentado yo delante del tablero del ajedrez calculaba en la apariencia la marcha del juego, pero en realidad pensaba solo en la partida de Rosa: iba á la calle del Emperador, á la casa misma donde vivía el hombre que me ha-

bía arrebatado su afecto! iba á pasar dos ó tres horas al lado de Conrado de Somerghem! La idea de que su salida de casa, no tenía otro objeto que humillarme me hirió profundamente: iba á pasearse con un tiempo frío y desagradable, por no permanecer donde yo estaba! había concebido tanta aversión hacia mí que no le era dado soportar mi presencia! no podía manifestar con más claridad su odio!

Distraído por tan dolorosos pensamientos jugaba como un niño ignorante: desde luego Mr. Pavelyn se rió de mi distracción: más después de algunas torpezas se impacientó y me reconvino por mi falta de atención, con una severidad que me recordó el sentimiento de mi deber, haciendo desde entonces un esfuerzo sobrehumano para concentrar toda mi atención en el juego: por dicha gané la primera partida, perdiendo después la segunda y la tercera.

Pronto dejamos de jugar: la humedad de las tardes de invierno traía la noche muy temprano y la oscuridad empezaba á invadir el salón.

Mr. Pavelyn aproximó su sillón al fuego y empezó á hablar conmigo de diferentes cosas, entre ellas del concurso de la Academia, amonestándome para que hiciese todos los esfuerzos necesarios para conseguir la medalla de oro: según su opinión, el premio de honor me correspondía de derecho: no obstante, pensaba que no debía tener en el éxito una confianza demasiado ciega: rogóme, pues, que no olvidase nada para salir victorioso de la lucha y me pidió le procurase esta satisfacción, como una muestra de reconocimiento y como una recompensa de todo lo que había hecho por mí desde mi infancia.

Enternecióme profundamente el benévolo interés que mi bienhechor me manifestaba, y le ofrecí traerle la palma del vencimiento, aunque para conquistarla hubiera de vencer imposibles.

Hablamos después de Rosa: Mr. Pavelyn se quejó de

la inexplicable melancolía que asombraba su espíritu y que empezaba ya á minar su salud; muchas veces, durante los últimos ocho dias, la habia sorprendido su madre en la soledad de su cuarto, con los ojos llenos de lágrimas: hallábase siempre de mal humor y siendo antes dulce y tranquila, se habia vuelto desagradable para todo el mundo: habian insistido en saber si deseaba alguna cosa; pero contestaba que no tenia ningun deseo y que creia que una indisposicion nerviosa era la sola causa de su malestar y de su obstinada melancolía.

El pobre padre estaba lleno de temores, pues recordaba que Rosa en su infancia era de una salud muy delicada, y sabia que ni aun al presente podia perder fuerzas. Añadió que así que le fuera posible dejar sus negocios, pensaba ir á Bruselas á consultar un médico célebre acerca del estado de Rosa; pero que no queria decirle nada, ni llamar á los médicos de la casa, para no asustar á la madre y á la hija.

Cuando la conversacion cesó acerca de este objeto, solicité de mi protector el permiso de retirarme. El por su parte me habia dicho que pensaba ir á buscar á su esposa y á su hija, si estas no volvian pronto. Estrechóme la mano y á modo de saludo me dirigió aun al despedirme algunas palabras de esperanza, á fin de sostener mi valor para ganar el primer premio de la Academia.

XIX

DESDE entonces la manera de ser de Rosa hacía mí no cambió en nada: prosiguió manifestando la misma frialdad y aprovechando todas las ocasiones de alejarse de mí cuando me hallaba en casa de sus padres. Sin embargo, jamás olvidaba las reglas de la buena educacion y parecia adquirir poco á poco la fuerza necesaria para ocultar el sentimiento de odio que sentia hacía mí. Cuando tenia que dirigirme la palabra lo hacia con una amabilidad particular; pero aquello era solamente lo que ordenaba la mas estricta política: no podia equivocarme acerca del sentimiento desagradable que habia concebido hacía mí.

Estaba habitualmente muy pálida y enflaquecia de una manera visible: sus padres, que la veian á todas horas, no notaban que las mejillas de Rosa empezaban á perder su redondez; pero yo, que solo la veia cada quince dias, observaba fácilmente los progresos del amor que habia nacido en su corazon el dia fatal del baile y que habia amenazado tambien mi vida y mi porvenir.

—No, me decia yo; la suerte no es justa ni es verdad que existe una compensacion para todas las contrariedades en la existencia humana; ¡qué dichoso y qué grande debe contemplarse aquel cuya imágen reina en Rosa! ¡Qué dichoso debe contemplarse el hombre escogido por ella,

la inexplicable melancolía que asombraba su espíritu y que empezaba ya á minar su salud; muchas veces, durante los últimos ocho dias, la habia sorprendido su madre en la soledad de su cuarto, con los ojos llenos de lágrimas: hallábase siempre de mal humor y siendo antes dulce y tranquila, se habia vuelto desagradable para todo el mundo: habian insistido en saber si deseaba alguna cosa; pero contestaba que no tenia ningun deseo y que creia que una indisposicion nerviosa era la sola causa de su malestar y de su obstinada melancolía.

El pobre padre estaba lleno de temores, pues recordaba que Rosa en su infancia era de una salud muy delicada, y sabia que ni aun al presente podia perder fuerzas. Añadió que así que le fuera posible dejar sus negocios, pensaba ir á Bruselas á consultar un médico célebre acerca del estado de Rosa; pero que no queria decirle nada, ni llamar á los médicos de la casa, para no asustar á la madre y á la hija.

Cuando la conversacion cesó acerca de este objeto, solicité de mi protector el permiso de retirarme. El por su parte me habia dicho que pensaba ir á buscar á su esposa y á su hija, si estas no volvian pronto. Estrechóme la mano y á modo de saludo me dirigió aun al despedirme algunas palabras de esperanza, á fin de sostener mi valor para ganar el primer premio de la Academia.

XIX

DESDE entonces la manera de ser de Rosa hacía mí no cambió en nada: prosiguió manifestando la misma frialdad y aprovechando todas las ocasiones de alejarse de mí cuando me hallaba en casa de sus padres. Sin embargo, jamás olvidaba las reglas de la buena educacion y parecia adquirir poco á poco la fuerza necesaria para ocultar el sentimiento de odio que sentia hacía mí. Cuando tenia que dirigirme la palabra lo hacia con una amabilidad particular; pero aquello era solamente lo que ordenaba la mas estricta política: no podia equivocarme acerca del sentimiento desagradable que habia concebido hacía mí.

Estaba habitualmente muy pálida y enflaquecia de una manera visible: sus padres, que la veian á todas horas, no notaban que las mejillas de Rosa empezaban á perder su redondez; pero yo, que solo la veia cada quince dias, observaba fácilmente los progresos del amor que habia nacido en su corazon el dia fatal del baile y que habia amenazado tambien mi vida y mi porvenir.

—No, me decia yo; la suerte no es justa ni es verdad que existe una compensacion para todas las contrariedades en la existencia humana; ¡qué dichoso y qué grande debe contemplarse aquel cuya imagen reina en Rosa! ¡Qué dichoso debe contemplarse el hombre escogido por ella,

el objeto de su casto, pero ardiente amor! En su lugar yo hubiera renunciado á toda otra felicidad sobre la tierra, á lo mas querido que habia para mí en el mundo, hasta mi arte! No solamente me hallaba abrumado bajo el peso de su aversion; no solamente la veia desmejorarse por su amor á otro, sino que me era imposible á mí, humilde criatura, elevar los ojos hasta ella desde el fondo de mi inferioridad! Los celos que me consumian eran una passion culpable, y aunque estaba decidido á guardar mi secreto hasta la tumba, aunque nadie en la tierra conociese la cruel herida que sangraba en mi corazon, aunque la aversion de Rosa me prohibiese toda esta esperanza; sin embargo, no podia sofocar en el fondo de mi corazon el fatal amor del cual guardaba el secreto que las leyes del mundo y la gratitud de los beneficios recibidos me ordenaban arrancar de allí. Mi vida habia llegado á ser un espantoso combate, una lucha encarnizada contra mil pensamientos enemigos.

Bien pronto caí en una sombría incertidumbre: parecía-me que me detestaba á mí mismo: y cuando me hallaba solo, pensaba en mi impotencia y en mi cobardía, y me heria rudamente el pecho, como para tomar una justa venganza.

Ah! yo era desgraciado, desgraciado mas de lo que se puede concebir! Rosa habia sido el único fin de mi vida! perder su afecto, era para mí morir!

Pensaba, sin embargo, que acabaria por triunfar de mi debilidad, ó que el tiempo cerraria la herida de mi corazon: la lucha sin fruto agotaba mis fuerzas: enflaquecia y tenia el presentimiento de una próxima enfermedad.

Con mis protectores explicaba mi palidez por la fatiga de mis constantes estudios para prepararme al concurso de la Academia.

Mr. Pavelyn me aconsejó que moderase un poco este entusiasmo, y Rosa misma, acaso por un resto de piedad,

quiso tambien hacerme comprender que no debia comprometer mi salud.

En fin, el concurso de la Academia se abrió.

Empezaron los exámenes por los cursos de composicion, de expresion, de perspectiva y de anatomía, en los cuales yo no debia tomar parte, porque el año precedente habia obtenido el primero ó segundo sitio en todos esos estudios: la medalla de oro, y la corona de honor en la clase de escultura, eran el premio de modelar al natural, y el solemne concurso debia durar seis dias.

La aproximacion de esta lucha decisiva: la incertidumbre del éxito de mis ardientes esfuerzos, y la tristeza que consumia mi corazon como un veneno mortal, todo esto agotaba mis fuerzas y me hacia desfallecer.

Era la mañana del dia fijado para los exámenes de la clase superior de modelos al natural: este concurso se abria á las seis de la tarde; los artistas tenian que dedicar seis sesiones de dos horas cada una, á la reproduccion de cada modelo: debian ocuparse, pues, diez y ocho ó veinte dias para las tres pruebas prescritas.

Llevado de mi empeño de no olvidar nada y de llamar en mi ayuda todos los recursos que asegurasen un buen éxito, me habia encerrado desde temprano en mi cuarto, y estudiaba en una figurita anatómica la musculatura del cuerpo humano; insensiblemente una extraña sensacion de frio, invadió todos mis miembros; sentí un violento dolor de cabeza, y un temblor nervioso que me agitaba de la cabeza á los piés: al pronto, no supe lo que me sucedia; pero tuve miedo de ver realizado mi presentimiento de una larga y penosa enfermedad, que quizá me tendria durante largo tiempo sujeto en el lecho.

Muy pronto fuí atacado de un temblor general: mis manos y todo mi cuerpo, se agitaron con tal fuerza, que todo cuanto tocaba para apoyarme, se movia de una manera visible.

Comprendí que me había atacado una de esas fiebres que reinaban en Amberes con bastante frecuencia: ¡no era mas que la fiebre! quizá esta indisposicion no me impediría el asistir á la Academia! esta idea calmó mi inquietud y me acosté casi consolado.

La fiebre siguió su curso habitual: despues de una hora de temblor, el calor de la reaccion hizo hervir mi sangre y mi cerebro, hasta el momento en que caí en el reposo de la fatiga, y sentí que el acceso había pasado.

La voz de mi huésped vino á advertirme que la comida estaba servida.

La contesté que no tenia ganas de comer, que le rogaba me diese un poco de té y que me conservase caliente la comida.

Conseguí hacerle creer que mi indisposicion no tenia nada de grave: me trajo el té y me dijo que la comida estaría pronto á la hora que la pidiese, saliendo despues de mi habitacion.

Aunque era muy grande mi fatiga y apenas podia resistir á un gran deseo de dormir me levanté y me vestí: á medida que el día adelantaba sentía yo mis fuerzas mas recobradas y á la caída de la tarde me fuí á la Academia, donde comencé con valor y hasta con alegría á modelar del natural: me parecia algunas veces que mi vista no estaba muy clara y que la fiebre había dejado algun aturdimiento en mi cabeza; pero me sobrepuse á esta incomodidad á fuerza de voluntad, y cuando hubieron pasado las dos horas prescritas volví á mi casa muy contento de mi obra.

La fiebre me dejó tranquilo toda la noche; pero al día siguiente volvió á la misma hora.

Oculté todo lo posible la gravedad de mi dolencia á maese Juan y á su mujer, y les supliqué que no dijese nada á mis protectores, á fin de no inquietarlos inútilmente: esperaba que la fiebre cesaría despues de algunos ac-

cesos, y temia, además, que al saber Mr. Pavelyn que me hallaba enfermo me impidiese tomar parte en el concurso de la Academia.

Despues de haber sufrido cinco ó seis accesos, maese Juan me vió tan flaco y tan demudado que declaró no podia guardar por mas tiempo un silencio culpable, y ocultar mi estado á Mr. Pavelyn; pero yo le tranquilicé prometiéndole ir al día siguiente á casa de mis bienhechores para informarles por mí mismo de mi indisposicion.

Al día siguiente fuí en efecto á casa de Mr. Pavelyn: al verme lanzó un grito de espanto y se quedó mirando con un asombro doloroso mi pálido rostro y mis cóncavas mejillas.

Rosa me consideró con una mirada singular, amarga y triste como un reproche: bajó despues la cabeza y si no hubiera estado seguro de su aversion hácia mí podia haber creido que las señales de mi enfermedad impresas en mi rostro, la habían herido de una profunda emocion.

Explicué la causa del cambio que se observaba en mí y hablé de la fiebre como de un mal sin importancia y que desaparecería por sí solo inmediatamente que el fin de los exámenes me permitiese tomar el reposo necesario. Mr. Pavelyn se compadeció de mi estado con una simpatía verdadera; pero esperaba demasiado en mi triunfo probable para que me hablase de abandonar el concurso.

Rosa quiso hacerme comprender que no tenia razon ninguna en comprometer así mi salud por la esperanza incierta de una victoria sin la cual me podia pasar: yo era á su parecer un artista bastante poderoso para abrirme una carrera brillante sin el auxilio que buscaba; y como su padre y yo sobre todo, nos esforzásemos en combatir sus razones, se enfadó verdaderamente, mostrando en todas sus palabras una amargura y un despecho crecientes, hasta que al fin, no pudiendo resistir á la agitacion de sus nervios, salió del salon con el rostro oculto entre las ma-

nos para irse á encerrar en su cuarto. Su madre la siguió en silencio.

Quedé aturdido de aquella escena: aunque Rosa me daba señales evidentes de aversion, y parecia no poderme soportar, ví con desesperacion su sistema nervioso atacado de una enfermedad cruel; habia sorprendido en su voz un acento inexplicable de dolorosa impaciencia, alguna cosa de plañidero y de desconsolado, que me habia llenado de espanto.

Mr. Pavelyn, quiso tranquilizarme asegurando que el enojo y el mal humor de Rosa no me debian asombrar; esto era efecto de su estado impresionable; al dia siguiente, como de costumbre, pediria perdon de su arrebató.

Segun mi protector, yo debia retirarme del concurso, á menos que no reconociese mi impotencia; dejábame, pues, del todo libre: mas como á pesar de los ataques de la calentura habia ya asistido diez dias á los ejercicios, no habia ninguna razon para creer que no pudiese llegar al fin.

Mr. Pavelyn, me prometió, además, enviarme un médico excelente, que decidiria, en todo caso, si la continuacion de los ejercicios podia en efecto perjudicar á mi salud.

Volví á mi casa con la cabeza llena de pensamientos tristes, pero tambien con la firme resolucion de llevar hasta el fin mis trabajos para el concurso, y esto aunque el doctor me lo prohibiese; mi triunfo debia ser para mi protector la recompensa de sus beneficios, cuando mi nombre fuese proclamado por toda la ciudad como el de un artista, al cual estaba reservado un glorioso porvenir, entonces el hijo del fabricante de zuecos, saldria quizá algun tanto de su humilde inferioridad.

Un loco pensamiento me turbaba: yo queria tener gloria, porque era rico y considerado, el que me habia robado el cariño de Rosa.

XX

A PENAS hacia una hora que habia llegado á mi casa, cuando se presentó el doctor que me habia anunciado Mr. Pavelyn.

Despues de algunas preguntas acerca de la duracion de mi mal, me dijo que habia una fiebre maligna en Amberes, aunque no estuviésemos aún en la estacion en que las calenturas imperan: me dijo que creia poder predecir con seguridad que la mia habria desaparecido pasados unos diez dias: prescribióme una mezcla de quinina y de raíces amargas que elogió como infalible para combatir las fiebres de los poldérs del país: prometióme volver, aunque dijo lo juzgaba inútil: pero queria complacer á Mr. Pavelyn que le habia encargado de mi curacion.

Al dia siguiente era el en que debia darme la calentura: desde por la mañana muy temprano, la mujer de maese Juan empezó á subir y bajar la escalera que conducia á mi cuarto con una infinidad de pretextos, puso al lado de mi lecho, en una mesita, dulces, jarabes, me preguntó con un tierno cuidado si me sentia bien, y me manifestó tanto interés, que me pregunté, cómo aquella anciana tan indiferente ordinariamente, se habia vuelto de repente tan sensible á mis sufrimientos, como una madre que vela á la cabecera de su hijo enfermo.

Durante cuatro días, mi asombro fué creciendo, porque los cuidados de que me rodeaba la señora Petronila, eran verdaderamente extraordinarios: nada hallaba bastante bueno para mí: pareciéndole el suelo demasiado duro para mis piés, había cubierto el pavimento de mi taller, bien á pesar mio, con todos los pedazos de alfombra que había podido reunir: durante todo el día estuvo cuidando si yo conservaba el fuego en la estufa, y si veía la menor rendija en la puerta ó en la ventana la tapaba cuidadosamente para preservarme de las corrientes del aire.

A fuerza de insistir para conocer las razones de esta solicitud tan poco comun en la señora Petronila, pude decidirla á hablar.

Rosa le había rogado con las lágrimas en los ojos que tuviese cuidado de mí y que me vigilase como una madre á su hijo: así, á pesar de su amor por otro, su corazón había dejado un sitio para la piedad que le inspiraban los sufrimientos de su amigo de la infancia!

Este pensamiento me llenó de alegría y me hizo sonreír: pero insensiblemente la luz fué penetrando en mi cerebro y me persuadí de que el sueño bienhechor donde se extrañaba mi espíritu, no era otra cosa que una vana ilusión.

¿No era natural que Rosa se compadeciera de mí en aquella ocasion? había yo podido dudar nunca de su bondad innata, de la generosidad de su corazón? Mas, por otra parte, ¿podía yo esperar que la fuera posible devolverme su afecto, cuando otro que ella amaba, había llegado á colocarse entre los dos?

Como quiera que sea, y á pesar de mis esfuerzos para desencantarme, y de que el nombre de Conrado de Sommerghem resonaba de continuo en mis oídos, la confianza de Petronila me dejó una dulce incertidumbre y un gran consuelo.

Los remedios que el doctor había prescrito, no cortaron mi calentura: al contrario, la enfermedad parecía adquirir

mayor violencia por efecto de los medicamentos, y no obstante, el médico me predecía una curación próxima, porque los últimos accesos de fiebre se habían declarado mas tarde que de costumbre y habían durado casi dos horas menos.

Iba todos los días á la Academia y trabajaba con un ardor y una pasión que contribuían probablemente á aumentar mi enfermedad y á aniquilar mis fuerzas: felizmente hasta allí los accesos de fiebre habían empezado bastante temprano para dejarme un poco de reposo y de presencia de ánimo hacia la hora en que tenía que ir á la Academia.

Mi falta de fuerzas llegó á ser tan grande y la flacura de mi cara tan terrible que cada vez que me miraba á un espejo retrocedía con espanto.

No me atrevía á ocultar á mis padres esta indisposición por mas tiempo, y por otra parte sentía un ardiente deseo de ver á mi madre.

Le escribí en los términos mas tranquilizadores posible, que tenía una ligera fiebre y que no podía ir á verla el domingo próximo como le había prometido, no tanto á causa de mi indisposición, como porque la asistencia á la Academia me fatigaba en extremo: la tranquilizaba todo lo posible, suplicándole viniese á verme el domingo á Amberes y añadiendo que le quedaria muy reconocido á esta prueba de amor.

Escribí esta carta en viernes: debía recibirla mi madre el sábado al medio día, y por consiguiente bastante á tiempo para venir el domingo á Amberes.

El sábado debía quedar terminada la tercera prueba del concurso: á causa de la debilidad progresiva que habían experimentado mis fuerzas, estaba algun tanto atrasado y me era preciso, durante aquellas dos últimas horas, trabajar sin descanso para terminar la última composición.

Era mi día de fiebre: esto me inquietaba porque sabía

por experiencia que despues de un acceso del mal no tenia la concepcion tan clara como de costumbre.

Con gran asombro mio la calentura no vino en todo el dia, y cuando al caer la tarde me preparaba para ir á la Academia, sentí una alegría indecible con la conviccion de que podria dar la última mano á mi trabajo con toda la plenitud de mis facultades.

Mas apenas habia empezado á vestirme cuando fui atacado de un estremecimiento, que recorrió mi espina dorsal, como un hilo de agua helada.

Comprendí con temor que llegaba la fiebre! y en qué momento!

Agravado por mi terror, el acceso de la calentura, se manifestó en el mismo instante, con toda su fuerza.

Yo sentia temblar mis labios.... ¿Me dejaria abatir por la enfermedad, y renunciaria al triunfo tan ardientemente deseado? Sucumbiria, en el instante mismo, en que mi mano iba quizá á alcanzar el laurel de la victoria? Oh! no, no! era preciso continuar la lucha, aunque la misma muerte saliese á mi camino para detenerme!

Agitado como un insensato, me vestí mal ó bien, bajé la escalera corriendo, y me lancé á la calle; finalmente era ya casi de noche.

Podia pues escapar á la atencion de los transeuntes, que se hubieran asombrado, si á buena luz hubieran visto un jóven, con la palidez de la muerte en las mejillas, cuyos dientes se chocaban convulsivamente, cuyas piernas temblaban como las de un hombre ébrio, asiéndose con las manos á las barras de las ventanas, y arrastrándose á lo largo de las paredes, como si temiese caer, preso de un letargo mortal.

Conseguí llegar á la Academia, en el instante mismo en que mis condiscípulos ocupaban sus sitios al rededor del modelo: mi estado les inspiró una compasion profunda: todos me rodearon, pidiéndome que volviese á mi ca-

sa, y asegurándome que iban á firmar una súplica, rogando á los jueces del concurso, que juzgasen mi obra, como si estuviera del todo terminada.

Quedé profundamente agradecido á aquella muestra de generosidad y de verdadero afecto: mas rehusé todos los consejos de volverme á casa, hasta los de los profesores, y ocupé mi sitio para comenzar mi trabajo, aunque apenas podian mis manos sostener lo que tomaban.

La voluntad del hombre, constituye un poder sin límites: tantos esfuerzos hice sobre mí mismo, que conseguí dominar los temblores de la fiebre, y á pesar de mi aturdimiento y de la confusion de mi espíritu, mi trabajo adelantó de suerte, que estaba terminado en el instante en que la campana de la Academia daba las ocho, anunciando que el concurso quedaba cerrado.

Mas entonces, mis nervios perdieron su tension, y la fiebre se apoderó de mi con una violencia inaudita: todo quedó oscuro ante mis ojos: quise andar, y no me fué posible, cayendo sin fuerzas en el suelo.

Dos de mis compañeros me levantaron, y seguidos de cinco ó seis de los otros que me compadecian tiernamente, me condujeron á casa y no se separaron de mí hasta dejarme acostado.

LA señora Petronila permaneció al lado de mi cama hasta que el acceso hubo pasado del todo: entonces, después de haberla tranquilizado exigí que se fuese á descansar: su cuarto estaba solo separado del mio por una pared muy delgada y la dije que si necesitaba alguna cosa la llamaria.

Apenas hubo salido, se apoderó de mí un pesado sueño, turbado toda la noche por visiones espantosas.

Parecíame que estaba en un templo magnífico en el que resonaban los cantos de los sacerdotes y los acordes de una dulce música: nubes de incienso llenaban el hogar santo.

Yo sufría un cruel martirio y lloraba amargamente porque delante del altar veía una jóven, ceñida la frente con la corona de las desposadas y á su lado se hallaba arrodillado un gallardo mancebo.

¡Cómo mi corazón se heló de desesperacion y de espanto cuando el sí fatal salió de los labios de Rosa y cuando la bendicion del sacerdote la unió para siempre al enemigo de mi dicha!

Cuando Rosa se separó del altar y pasó delante de mí, levanté sobre ella una mirada lastimera: mi alma imploraba la piedad para mi mortal sufrimiento: pero ella me

envió una mirada llena de odio, y su marido otra de triunfante desden.

Un grito de angustia se escapó de mi pecho y resonó en el templo. . . .! despertándome con la frente bañada de un helado sudor.

Cuando me adormecí de nuevo me hallé en casa de Mr. Pavelyn: era el día en que los jueces del concurso debían reunirse, y esperábamos su sentencia con confianza: de repente se presenta el bedel de la Academia: alegres aclamaciones le saludan y adelantan el anuncio de mi triunfo: mas es preciso persuadirse muy pronto de que otro ha recibido la palma y que yo solo he alcanzado el segundo sitio.

Mi bienhechor me acusa de negligencia y de presuncion. Rosa declara que no puede haber ya nada de comun entre ella y un hombre que no ha tenido ni el valor ni el talento de elevarse hasta ella por medio de su arte: con la cabeza inclinada y el corazón desgarrado y lleno de vergüenza, dejo la casa de los que fueron mis bienhechores: ¡ellos me han despedido! Vos no sois un artista! exclaman el padre y la hija, y estas palabras resuenan en mis oídos como una sentencia de muerte.

Más de una hora me fué precisa para dominar la impresion penosa que esta fúnebre vision me habia causado: sin embargo, me dormí de nuevo: entonces mi imaginacion me trasportó á mi pueblo natal: yo no sé cómo mis padres habian penetrado el secreto de mi corazón; mas yo veía la mirada de mi padre inflamada de cólera, y el rostro de mi madre lleno de lágrimas: ambos me reconvenían por el loco orgullo que me habia llevado á la mas cobarde ingratitud.

Habia osado elevar los ojos hasta la hija de mis protectores: habia disipado así todas las fuerzas de mi alma, y faltado al cumplimiento del deseo de aquellos. . . . Dios me habia castigado negándome la luz del talento y el fue-

go del genio. Mi madre se quejaba con acento lleno de amargura, de que la habia hecho desgraciada, y mi padre, arrebatado de una furiosa cólera, me abrumaba con su maldicion.....

¡Oh, qué noche! las visiones mas espantosas se sucedieron en ella presagiándome desgracias, de las cuales la sola posibilidad me haria temblar en medio del dia!

Llegué á temer el sueño, que cada vez que llegaba, volvia á sumergirme en tan crueles pesadillas, y hacia esfuerzos vanos para tener los ojos abiertos; mas despues de una larga lucha sentí desfallecer mis fuerzas, sucumbí de nuevo, y vencido, dejé caer mi cabeza aturdida sobre las almohadas.

Sin duda que mi imaginacion habia agotado la série de espectros que podian espantarla, porque desde aquel instante mi sueño no fué ya turbado ni interrumpido por funebres visiones: y cuando, ya muy tarde, me desperté al ruido que hizo Petronila al entrar en mi cuarto, no me sentí enfermo; pero sí fatigado en extremo y con el espíritu sumergido en una grande tristeza.

Despues de haber bebido una taza de té, quise volver á dormir; mas en este instante la puerta se abrió, y mi madre, que habia salido de la aldea, al amanecer, entró en mi cuarto.

Las lágrimas brotaron de mis ojos: ella me estrechó en sus brazos con un grito de inquietud y de dolor, é interrumpiendo solo sus caricias para reconvenirme por no haberle avisado mas pronto de mi enfermedad: mi extrema flacura y palidez la espantaban y la hacian llorar con desconsuelo cada vez que sus ojos se fijaban en mi semblante.

La abracé con un reconocimiento infinito y la aseguré que no tenia otra cosa que una calentura sin peligro alguno: que esta calentura, aunque desmejoraba al enfermo en breve espacio de tiempo, no era ni peligrosa ni difícil de curar: que hubiera estado restablecido desde hacia lar-

go tiempo si los trabajos de la Academia no me hubieran fatigado: para disipar los temores de mi madre y para consolarla, fingí estar alegre, afecté reirme y ehancearme y conseguí demostrarle que no tenia razon para inquietarse por mi estado.

Poco á poco se fué tranquilizando, y sus lágrimas cesaron: nos pusimos entonces á hablar mas libremente de diferentes cosas: de la esperanza que yo tenia de salir triunfante, de mi padre, de mis hermanas, de Mr. Pavelyn y de Rosa.

A medida que se disipaba la tristeza de mi madre, mi melancolía aumentaba: ya no me era posible aparentar alegría: por otra parte, la conversacion, al tratar de Rosa, volvia á abrir la llaga de mi corazon y me abrumaba con un indescriptible abatimiento: mi madre comprendió, por mis quejas vagas, que yo trataba de ocultarle alguna cosa importante.

No supe resistir á sus tiernas instancias y acabé por confesarle la verdadera causa de mi pena, y probablemente tambien de mi enfermedad; le dije que desde hacía algun tiempo, Rosa huia de mi presencia y me manifestaba una aversion inexplicable, que me hablaba con amargura y no perdía ninguna ocasion de humillarme.

No me atreví á confesarle que mi corazon se hallaba devorado de un amor secreto, porque yo tenia vergüenza de aquella pasion culpable, y sabia que la mas ligera sospecha de semejante extravío, hubiera desesperado á mi madre: pero le recordé en términos apasionados que Rosa habia amparado mi niñez bajo la sombra protectora de su amistad, y que ella era la sola causa de todos los acontecimientos que habian cambiado el curso de mi vida: que su odio me hacia desgraciado, era cosa de la cual mi madre no podia tener ninguna duda, y no era extraño que este odio, unido á otras causas de inquietud, me hubiese turbado el espíritu trayendo la enfermedad.

Mi buena madre sacudió la cabeza con incredulidad, y sonrió al oír mi explicación: trató mi dolor de aprensión absurda y sin fundamento: quizá sin saberlo había dado yo á Rosa algunos motivos de un desprecio pasajero: pero mi madre pretendía tener pruebas incontestables de que Mlle. Pavelyn me tenía el mismo afecto de siempre: hacia unas cinco semanas que Rosa había ido á mi aldea con su madre.

Yo sabía esto, y había visto con mucha pena que Rosa no me había dicho nada de este viaje, y que solo Mme. Pavelyn me había traído los cariñosos recuerdos de mis padres.

Refirióme mi madre con una especie de alegre entusiasmo que Rosa en vez de aprovechar el hermoso tiempo que hacia, había pasado todo el día á su lado, y le había manifestado mas cariño que nunca: que le había hablado de mí, de la nobleza de mi carácter, del brillante porvenir que me esperaba y de la dicha que sentía al pensar que ella había contribuido en algun modo á asegurarme una suerte dichosa en el mundo. Rosa había confesado que todas las noches dirigía al cielo una ardiente oración para que me concediese la palma en el concurso de la Academia.

Yo escuchaba lleno de asombro: la voz de mi madre me parecía dulce como una música encantadora y mi corazón palpitaba acelerado escuchando su narración: pero aquella era solo una ilusión pasajera: porque no bien hubo cesado de hablar, cuando la imagen del hermoso y altivo Conrado, apareció ante mis ojos trayéndome la fatal realidad.

Confíe á mi madre que desde hacia poco tiempo una viva inclinación se había declarado en el corazón de Rosa por un joven de alto nacimiento y de gran fortuna: que el amor había sofocado en su alma á la amistad, y que sin que yo supiese por qué había concebido hacia mí una aversión extraña desde el momento en que otro sentimien-

to mas vivo y mas poderoso se había apoderado de su corazón: para confiar mi confidencia conté todo lo que me había sucedido desde hacia muchos días: cómo Rosa me hablaba siempre con acritud y despecho, cómo me hería intencionalmente, y se asía á todos los pretextos para salir de su casa cada vez que yo iba á ella.

Referí yo todo esto con un tono tan desconsolado é insistiendo tanto en los detalles que probaban la aversión de Rosa hacia mí, que mi madre llegó á dudar de lo mismo que poco antes creía: sin embargo, supuso que mi temor podía ser infundado y me consoló lo mejor que pudo, haciéndome esperar que el estado doliente de Rosa fuera acaso la única causa del poco afecto que me demostraba, cosa que le parecía casi cierta, puesto que Mr. y Mme. Pavelyn se quejaban igualmente de la melancolía de su hija: me recordó además que yo era ya un hombre y que no tenía nada de extraño que no reinase la misma confianza entre Mlle. Pavelyn y yo que cuando ámbos éramos niños.

Después que mi madre hubo pasado algunas horas al lado de mi lecho, se levantó y me dijo que iba á presentar sus respetos á los señores Pavelyn: debía volver á mi lado para pasar aun algunas horas conmigo, antes de regresar á Bodeghem; pero deseaba ver á Rosa y hablarla para saber de ella que la mudanza de que yo me quejaba era puramente imaginaria, sino en el todo, en parte al menos; si era así, me traería este consuelo con grande alegría, y en todo caso, volvería para hablar conmigo.

Desde que mi madre partió, mil ideas extrañas se apoderaron de mi espíritu: Rosa, en su visita á mi aldea, había colmado á mi madre de mil muestras de afecto y de interés casi filial: había hablado con entusiasmo de mi porvenir, de la nobleza de mi carácter, y había añadido que todas las noches rogaba al cielo que me hiciera salir vencedor en el concurso.

No recordaba hacia qué época había ido Rosa á Bodeghem: todo el tiempo que mi madre estuvo á mi lado, me esforcé en probarle que tenía mil razones para creer en la aversion de Rosa; pero cuando me quedé solo me puse á interrogar mi memoria y medí con tal exactitud los dias y los acontecimientos, que llegué á una conclusion imprevisible, incorporándome en mi lecho con un grito de alegre incertidumbre.

¿No me había engañado? ¿era posible lo que pensaba? mas ¿cómo resistir á la evidencia? en el momento en que Rosa en casa de mis padres manifestaba por mí tanto afecto, y un interés tan grande: habían ya pasado nueve dias desde la noche fatal del baile!

¿Qué debía creer? ¿Había dejado el amor en su corazon una ancha plaza á la amistad? ¿Mi tristeza era en efecto motivada por una aprension mia? Mas entonces ¿cómo explicar su conducta conmigo?

¡Oh! no, no! yo no podía abrir mi corazon á aquella esperanza engañadora; ¿no había visto mas de una vez animarse la mirada de Rosa con el fuego del odio? Su voz, cuando me hablaba, dejaba conocer la amargura, el despecho y hasta el desprecio! Y, sin embargo, ¿por qué ella, la franqueza y la bondad misma, quería engañar á mi pobre madre?

Largo tiempo mi espíritu estuvo flotando tímidamente entre la alegría y la inquietud, entre el dolor y la esperanza, hasta el instante en que reconocí de nuevo los pasos de mi madre que subia la escalera.

Abrió la puerta y entró muy despacio, creyendo sin duda que me hallaba adormecido. Un velo de tristeza cubria su rostro y conocí en la expresion de su mirada que estaba profundamente afligida.

—¿No es verdad, madre mia, exclamé con amargura, no es verdad que no me engañaba? ¿Vos tambien estais ya convencida de que Rosa me odia!

Mi madre sacudió negativamente la cabeza y dejó escapar un doloroso suspiro.

Tomé su mano y traté de disipar su tristeza exhortándola á tener paciencia: la pérdida del afecto de la que había sido hasta allí la providencia de mi vida podía consolarme durante algun tiempo; pero al fin el hombre se acostumbra á su suerte, por penosa que sea, y yo tambien acabaria por consolarme poco á poco.

Mi madre, sin responderme, lloraba copiosamente, y sus lágrimas, parecidas á perlas de cristal, rodaban por sus mejillas.

—¿Es el daño aun mayor de lo que yo había pensado? exclamé. Mas aunque sea así, no llores, madre mia: yo hallaré la fuerza de dominar mi tristeza: á lo menos tenemos el consuelo de saber que nada he hecho que pueda haber despertado el odio de Mlle. Pavelyn.

Mi madre puso su mano en mis lábios y exclamó con angustia:

—Calla, calla, Leon! Estás blasfemando!

La miré estupefacto y la supliqué me diese la explicacion de estas palabras.

Ella pareció asustada de la aclaracion que yo imploraba: miróme un instante en silencio y me consideró con tanta piedad que yo me puse á temblar.

—Ah, Leon! pluguiese á Dios que Rosa te odiase! Mi corazon maternal no estaria desgarrado en este instante por el presentimiento de una terrible desgracia! ¿Cómo es posible que así te hayas engañado á tí mismo? ¿Es preciso que sea tu madre la que te arranque la venda de los ojos? ¡Ay! yo no me atrevo! y, sin embargo, es mi deber el mostrarte el peligro que te amenaza!

—¿Qué quereis decir? ¿Cual es el sentido de vuestras palabras, madre mia? Hablad! ¿No veis cómo tiemblo?

Mi madre dejó escapar un suspiro sofocado: era visible su lucha entre el deseo y el temor de hacerme la confi-

dencia que yo le pedía: en fin, aproximó sus labios á mi oído, como temiendo que la oyesen, y me dijo sin dejar de llorar.

—Leon, hijo mío, una gran desgracia está suspendida sobre tu cabeza! ¿Crées que Rosa te odia desde que su corazón se ha abierto al amor?

Y bajando aun mas la voz murmuró con acento apenas perceptible:

—Si es verdad que ella ama á alguno, este hombre no es seguramente otro que...

—¿Qué quién? grité temblando de temor y de esperanza.

—No es otro que tú, mi desgraciado hijo!

Puede asegurarse que esta revelacion suspendió mi vida durante un instante: no acerté á responder: no pude hablar y cerré los ojos para abandonarme á los mil pensamientos tumultuosos que la afirmación de mi madre hacía voltear en mi cerebro, debilitado y enardecido.

Cuando abrí de nuevo los ojos, mi madre tenía la cara entre las manos y lloraba en silencio: llamé en auxilio mío toda la fuerza de mi alma é hice un violento esfuerzo para dominar mi emoción.

—¡Madre mía, mi querida madre! le dije, os habeis engañado seguramente! lo que creéis es imposible! ¿habeis visto á Rosa?

—He pasado media hora, sola con ella:

—¿Y es ella quien os ha dicho lo que acabais de revelarme á mí?

—No, Leon: ni una palabra de eso hemos hablado.

—Ya lo veis, mi querida madre! os inquietais sin razón: Rosa os ha tratado sin duda con mucha bondad, y para complaceros ha hablado de mí con benevolencia: yo creo comprender en vuestras palabras que no me es tan hostil como yo suponía, y esta esperanza es un dulce consuelo para mi tristeza.

Una dolorosa sonrisa plegó los labios de mi madre; pa-

recia rehusar dar crédito á mis dudas: no obstante, después de muchos esfuerzos de parte mia para debilitar su convicción, admitió la suposición de que podía haberse equivocado sobre el sentido de las palabras de Mlle. Pavelyn; y en efecto, esta no le había dicho nada de positivo.

Mi madre, empezó á demostrarme cuál sería el pesar y la humillación de los padres de Rosa, si sus sospechas eran fundadas: me recordó uno por uno todos los beneficios que me habían prodigado desde mi infancia, y probó á hacerme comprender que era mi deber delante de Dios y para con mis generosos protectores el quitar al extravío del corazón de Rosa, todo alimento y toda ocasión de desenvolverse si era verdad que su amistad por mí se había cambiado en otro sentimiento: segun mi madre, mis visitas á casa de Mr. Pavelyn debían ser tan raras como lo permitían la mas estricta política y los límites extremos de las conveniencias: y aunque corriese el riesgo de irritar á Rosa contra mí, era preciso mostrarme frío y poco expansivo con ella.

Mientras que mi madre, con una ternura llena de persuasión, se esforzaba en armarme contra el peligro que me amenazaba, tuve muchas veces deseos de dejarle leer en mi corazón y de pedirle fuerzas contra mi propia debilidad: pero cada vez que se me ocurría, retrocedía lleno de terror ante esta revelación, que hubiese llenado el alma de mi madre de inquietud y de dolor: por otra parte, mi padre hubiera sabido por ella, que me había dejado llevar hacía un sentimiento que no podía tener á sus ojos otro origen que un loco orgullo, y una culpable ingratitud: en su severidad, en su lealtad de hombre honrado, se hubiera creído en el deber de avisar inmediatamente á Mr. Pavelyn, y de decirle que yo era indigno de su estimación y de su apoyo: esto hubiera sido el colmo de la desgracia, lo mismo para mis protectores como para mí: así, mi secreto debía quedar sepultado en el fondo de mi

corazon, y si me era posible, debia guardarlo hasta la muerte, y sin que nadie mas que yo, tuviera que sufrir por él.

Nada quise, pues, decir á mi madre, que pudiera hacerle sospechar mi amor por Rosa: y lejos de eso, le ofrecí seguir en todo sus consejos.

Me exigió que le escribiese hácia el fin de la semana: y me dijo, que si la fiebre no desaparecia, vendria mi padre para deliberar conmigo si seria preferible, terminados mis trabajos de la Academia, marchar con él á la aldea, y permanecer allí, hasta que estuviese restablecido por completo: abrazóme de nuevo: me habló con ternura, y afectando una confianza en mi dicha, que seguramente no tenia, me dejó al fin, volviéndose veinte veces para decirme adios.

Cuando hubo partido, di al olvido el mundo entero, para sumergirme en la contemplacion de mi dicha.

¡Me habia equivocado! no era el hijo del opulento banquero, no era Conrado de Somerghem quien poseia el amor de Rosa! no, no! yo, yo solamente era el amado!

Muy culpable era quizá la alegría que me extraviaba hasta la locura, que me hacia reír, y que hacia palpar mi corazon, como si el cielo se hubiera abierto para recibirme; pero yo me habia vuelto ciego.

Solo veía su amor: solo oía la voz de mi madre, que me repetía:

—Si hay un hombre en la tierra que sea amado de Rosa, ese eres tú; mi hijo!

Mi pecho se inundaba de orgullo: mi corazon saltaba de alegría: alguna cosa me daba la certidumbre de que yo estaba completamente curado de mi enfermedad; entonces mi sangre empezó á circular con fuerza por mis venas, y salté del lecho, porque tenia necesidad de movimiento y de espacio.

Hubo un momento en que atravesó por mi espíritu la idea de que me preparaba un amargo desencanto, de que

mi madre se habia engañado, y de que en mi primera visita á casa de Mr. Pavelyn, mi ilusion se desvaneceria como un sueño vano; pero esto no disminuía mi alegría, porque la sola duda, era ya una dicha inexplicable.

AL día siguiente, mi exaltación se había calmado mucho: si desde luego me había dejado llevar de la idea encantadora de que Rosa pudiera amarme, insensiblemente una reacción violenta había tenido lugar en mí, y había ido apagando mi emoción: con el mismo empeño con que mi espíritu había adoptado la seguridad del afecto de Rosa, se puso á invocar una, después de otra, todas las razones que había para que mi madre pudiera engañarse; y al fin, caí en una duda aflictiva, que me era mas dolorosa que la certidumbre misma del odio de Mlle. Pavelyn.

Agobiado por mis inquietos pensamientos, salí de mi casa así que el sol aparecía en el horizonte, y me fuí á pasear al derredor de la ciudad; en la campiña solitaria, soñando, hablando, y gesticulando, como si hubiera querido demostrar una dolorosa verdad, á un compañero invisible.

Durante tres ó cuatro días, repetí mi paseo matinal, no pensando en otra cosa, que en el partido que debía tomar, y del cual la deliberación laboriosa, absorbía todas las fuerzas de mi alma: la fiebre había desaparecido.

Siguiendo el consejo de mi madre, yo quería, en tanto como me fuera posible, y aún á riesgo de disgustar á Mr. Pavelyn, evitar todas las ocasiones de hallarme en la pre-

sencia de Rosa; sin embargo, una fuerza irresistible, me inclinaba á faltar á este propósito: ¿qué era lo que podría arrojar un poco de luz, en mi espantosa incertidumbre? ¿cómo podría reconocer mi deber, si no me aseguraba por una visita á la casa de mi bienhechor, de si había realmente algun cambio en los sentimientos de Rosa, respecto á mí?

Resolví ceder aún una vez á los sentimientos de mi corazón: y después tenía la firme decisión de no aproximarme jamás á Rosa, sino cuando la fuerza de las circunstancias me obligase á ello.

Resistí, sin embargo, acceder algunos días á un deseo que no estaba justificado á mis propios ojos: y por último, me presenté temblando, lleno de emoción y de temor en casa de Mr. Pavelyn.

Rosa me demostró una frialdad, mas grande aún que de costumbre: apenas se dignó contestarme, y á los pocos instantes de hallarme yo allí, empezó á buscar pretextos para salir del aposento: inútil es decir que no tomó ninguna parte en mi conversación con sus padres: se desatendió por completo de mí, procediendo en todo como si no se hubiera apercibido de mi presencia.

Sentíme profundamente herido, porque no podía desconocer que su aversión hacía mí se había vuelto mucho mas profunda que antes: la amargura y el mal humor podían ser los resultados pasajeros de una indisposición nerviosa; pero la completa indiferencia que me manifestaba ahora ¿no era una señal cierta de aversión y de desprecio?

Quando terminada mi visita salí de su casa, me hallaba profundamente triste: mi corazón, sin embargo, no estaba agitado por ningun movimiento violento: al contrario, yo inclinaba la cabeza con resignación bajo el peso de mi desencanto y aceptaba sin murmurar mi triste suerte.

Quando me hallaba solo en mi cuarto, mis ojos dejaban escapar algunas lágrimas, pero comprimía al instante el

despertar de mi dolor como signo de una tristeza sin esperanza y sin fin: habia reunido bastantes fuerzas para seguir fielmente el consejo de mi madre: no solamente dejé pasar quince dias sin presentarme en casa de Mr. Pavelyn, sino que evitaba pasar por las calles donde corria riesgo de hallar alguno de su familia, é inventé una excusa para no comer en su casa el domingo siguiente.

Felizmente mi espíritu se distrajo un poco de sus sueños importunos, por una cosa que me importaba mucho, aunque desde hacia algunos dias la hubiese olvidado casi por completo.

Uno de mis compañeros de la Academia vino á verme y pasó conmigo una parte de la tarde: segun me dijo, los examinadores, se reunian todas las mañanas desde hacia ocho dias, y habian ya juzgado las composiciones de las clases inferiores: ya no habia dia seguro para que pronunciasen su decision, acerca del concurso de modelo del natural: y en todo caso, hacia el fin de la semana yo sabria la nueva de mi triunfo, el que creia mi compañero seguro, porque no dudaba que yo fuese proclamado vencedor.

Aquel jóven pertenecia á mi misma clase en la Academia, y seguia el curso de dibujo, preparándose para la pintura histórica: era un muchacho jovial, lleno de pasion por el arte, y de fé en la vida: describíome con entusiasmo el honor que iba yo á alcanzar: iban á coronarme de laurel, en medio de los aplausos de miles de espectadores: me pondrian al cuello, una grande y hermosa medalla de oro: el prefecto, conduciria á los laureados de las clases superiores en su carruaje á su casa, y les daria un banquete, al que asistirian las personas mas importantes de la ciudad, y todas las autoridades.

Mi compañero, arrebatado por el calor de su imaginacion entusiasta, me predijo la mas brillante carrera, é hizo resplandecer ante mis ojos, no solamente el brillo de la gloria, sino tambien los tesoros de una fortuna, que de-

bia ser el fruto de mis sobresalientes dotes; me mostró los soberanos, haciéndome el presente de todos sus favores; á mí mismo, habitando un palacio, adorado y respetado de toda la nacion, como una de las glorias de mi patria.

Me dejé mecer por estas predicciones, sin esperar no obstante que me estuviera reservada una suerte tan bella: pero el lenguaje brillante, y el entusiasmo de mi amigo, levantaron mi valor, y me hicieron mirar al porvenir con confianza y casi con orgullo.

Cuando él salió, la reflexion no hizo mas que aumentar las buenas disposiciones que este nuevo orden de ideas habia hecho nacer en mí, y exclamé con un gesto enérgico:

—Ya que aquella por quien mi corazon late desde mi infancia, solo siente odio hacia mí, concentraré todas las fuerzas de mi amor, sobre este otro ídolo de mi alma: sobre el arte!

Desde entonces, me sentí fuerte y consolado: y aunque de tiempo en tiempo, la fria imágen de Rosa venia á colocarse ante mis ojos, y abrumaba mi frente una nube de tristeza, creia poderme lisonjear de que habia descubierto en el amor de la ciencia el modo de sofocar poco á poco, otro sentimiento que devoraba toda la savia de mi corazon.

De tal modo esta nueva disposicion, serenó mi espíritu, que al dia siguiente, tomé por la primera vez, despues de mucho tiempo un pedazo de barro, al que di diversas formas, siguiendo la inspiracion de mi fantasia.

Mi idea se detuvo al fin, en la ejecucion de un pequeño grupo, del cual la composicion me halagaba, porque era la expresion de mi situacion presente: representaban á un jóven entre el amor y el arte, y que atraído y seducido por los dos, acababa de rehusar la corona de rosas del amor, para asir la corona del laurel del arte.

En tanto que trabajaba en silencio, para dar á este grupo las formas propias á la expresion final de mi pensamiento, la puerta de mi cuarto se abrió bruscamente, y

antes de que yo pudiera volver la cabeza, para ver quien podia venir á incomodarme en una ocasion tan poco propósito, Mr. Pavelyn, me estrechó en sus brazos, felicitándome alegremente por mi victoria: media hora apénas hacia, que los jóvenes del concurso, habian hecho saber su decision: mi generoso protector, que desde hacia largo tiempo habia prometido al bedel de la Academia una buena recompensa, á fin de saber el primero la nueva feliz, habia recibido inmediatamente aviso de la decision solemne, y habia corrido á saludar al dichoso vencedor, al artista que le debia su talento y su triunfo.

Las lágrimas inundaron mis ojos, no tanto de alegría á causa de mi triunfo; como de emocion al ver la tierna amistad de Mr. Pavelyn: él estaba mas contento que yo: el orgullo brillaba en sus ojos y se alegraba con una sinceridad tan grande como si él mismo hubiera obtenido la corona de laurel.

Despues de la primera expansion de su alegría, me dijo que tenia resuelto desde mucho tiempo antes, hacerme un regalo si obtenia el gran premio de la Academia: el regalo le acompañaba y me lo presentó con enternecimiento: era un magnífico reloj de oro con cadena, y en cuya llave habia engastado un rico diamante.

Temblando de emocion á la vista de este rico presente, vivamente conmovido de la generosa delicadeza con que se me ofrecia, dominado por un movimiento irreflexivo de reconocimiento, me arrojé al cuello de mi bienhechor y le abracé, llorando con la misma confianza que si hubiera sido mi padre.

Era la primera vez de mi vida que yo me dejaba llevar de este movimiento: apenas hube estrechado á Mr. Pavelyn sobre mi pecho, cuando retrocedí, temeroso de que mi atrevimiento hubiese ofendido á mi protector: mas él me contempló con una mirada húmeda de lágrimas, y pareció dominado por una emocion profunda.

Despues de un instante de silencio, asió mi mano y me dijo:

—Leon, tienes un corazon muy noble: yo daria la mitad de mi fortuna porque Dios me hubiera concedido un hijo como tú: mas á lo menos me ha permitido el protejerte como un padre y el asegurar tu dicha en el mundo: me creo bastante recompensado por tu reconocimiento, y con la esperanza de haber dado á mi patria un artista distinguido: voy á dejarte, hijo mio: estas emociones no me hacen bien: además, deberás escribir al instante á tus padres para anunciarles tu triunfo: ven esta tarde á las tres á casa: ya estaré yo de vuelta de la Bolsa, y ambos nos hallaremos mas tranquilos, he dado orden de disponer un verdadero festin: Rosa parece ahora algo mas animada y mas alegre: la dichosa nueva la ha llenado de gozo como á su madre: hasta la tarde: brindaremos á tu primer premio y pasaremos algunas horas alegres.

Debíanse distribuir primero los premios del concurso de arquitectura, despues los de pintura y dibujo, y en fin, para terminar, los de la clase de escultura: la medalla de oro, que me habian acordado, debia darse la última y mi coronacion ponía fin á la ceremonia.

En tanto que los discípulos premiados salian uno despues de otro al estrado para recibir su recompensa, mis ojos no se separaban de Rosa: sus pequeñas manos cubiertas con delicados guantes de un color claro, aplaudian á cada laureado y cuando el primer premio de arquitectura se dió al joven que lo habia merecido, me pareció oír entre las mil aclamaciones de la sala su dulce voz que gritaba entusiasmada: ¡Bravo, bravo!

Quedé encantado al ver á Rosa tomar parte tan sinceramente en la emocion general: ya no podia temer el que me rehusase sus aplausos: ¡ser aplaudido por Rosa! oír su grito de alegría resonar en mis oídos! qué dicha, qué elogio podia compararse á semejante sufragio?

Poco á poco, sin embargo, un sentimiento de inquietud se deslizó en mi corazón: si Rosa continuaba aplaudiendo á cada discípulo premiado ¿no se cansarían sus manos? ¿No se habría ya enfriado su entusiasmo hasta el momento en que, subiendo yo al estrado, le demandase mi parte en sus felicitaciones?

La ceremonia duraba tan largo tiempo, habia tantos discípulos con derechos á un premio, que empecé á contar con una atención inquieta cada vez que Rosa batía las palmas como si hubiera temido que la menor marca de su aprobación fuese un robo que se me hacia. En fin, mi nombre fué pronunciado, y yo subí las gradas con el corazón palpitante, hasta llegar delante del prefecto, que me esperaba de pie y me dirigió una breve alocución.

Yo no oí nada de lo que me decía: mi ardiente mirada no se separaba de Rosa: queria ver la impresión que mi triunfo producía sobre ella; pero en tanto que Mr. y Mme. Pavelyn me miraban con la sonrisa de la dicha en los labios y la mirada del orgullo, su hija tenia la frente inclinata: habia dejado caer delante del rostro el velo de blonda blanca de su sombrero y se ocultaba con cuidado á todas las miradas: en aquel momento supremo me rehusaba los aplausos que habia concedido á todos!

Quedé tan cruelmente herido de aquella amarga desilusión, que me volví casi insensible á cuanto pasaba en torno mio. El maire de la ciudad suspendió á mi cuello la gran medalla de oro y me abrazó con un entusiasmo mezclado de enternecimiento: el prefecto colocó sobre mi frente la corona de laurel y dió con solemnidad la señal de los aplausos: la música estalló en torrentes de armonía con una marcha triunfal: un huracán de aclamaciones llenó los ámbitos del salón: todo el público estaba de pie para verme mejor: las damas agitaban sus pañuelos. ¡Rosa no se movió, no me dirigió una mirada, no alzó la cabeza!

Con el pulso oprimido, la vista oscurecida, llorando in-

teriormente y temblando como un reo bajé del estrado y me disponia á volver á mi sitio, cuando Mr. Pavelyn se lanzó delante de mí, me estrechó contra su corazón, y tomándome después por la mano, me llevó delante de su mujer, abrazándome de nuevo con orgullo, ante todo el público.

Mme. Pavelyn asió mis dos manos, las estrechó con ternura, y sus hermosos ojos, brillantes de entusiasmo, me confirmaron mil dulces palabras que salieron de sus labios con una emoción profunda.

—Rosa, exclamó entonces Mr. Pavelyn; ¿es posible que no puedas dominar tu emoción? mira, hija mia, que Leon podrá creer que ves con indiferencia su hermoso triunfo! estrechale la mano para probarle que en el fondo de tu corazón tomas parte en su dicha.

La joven guardó silencio.

La madre, entonces, alzó el velo que caía delante del rostro de Rosa: aquel rostro estaba bañado de lágrimas!

Apenas podia creer á mis ojos. Rosa habia aplaudido á los otros vencedores, y mi triunfo la hacia llorar!

Alzó lentamente la cabeza y fijó una mirada en mis ojos: una sola mirada, en la cual estaba toda su alma: una mirada en la que habia tambien una queja, un ruego, un rayo de afección sin límites, una revelación que detuvo la sangre en mis venas y me hizo volverme más pálido que un cadáver!

Obedeciendo á la indicación de su padre puso su mano entre las mías. . . . aquella mano temblaba como si la fiebre agitase sus nervios, y aunque fría como el hielo, abrazó la mia, y me hizo estremecer al contacto de la corriente magnética que se estableció entre los dos!

¡Oh cielos! yo habia leído en su corazón como en un libro abierto! ¡ya no podia dudar! ¡sus ojos me lo habian dicho con harta claridad! ¡mi madre no se habia engañado! ¡ella me amaba; ella, que era el origen de mi fé y la luz de mi vida!

Hasta entonces, Mr. y Mme. Pavelyn habian considerado mi estupor y las lágrimas de Rosa como consecuencia natural de la emocion que nos habia causado la solemnidad de mi triunfo; mas acaso hubiéramos descubierto á todos los que nos rodeaban el secreto de nuestros corazones, si la Divina Providencia no hubiera velado por nosotros.

El jurado y las autoridades habian ya dejado sus sitios: la música habia cesado, y la sala estaba ya casi vacía: dos ó tres profesores vinieron á anunciarme de parte del prefecto, que me esperaba en su carruaje: apenas tuve tiempo de excusarme con mis bienhechores, pues me llevaron hácia la puerta del salon: volví la cabeza, y mis ojos se hallaron con los de Rosa. . . . ¡no me habia equivocado! ¡era el hombre mas dichoso de la tierra!

Subí al carruaje con ligereza: el prefecto me hizo, riendo, algunos amables reproches, acerca de mi resistencia para alejarme de la bella y adorable señorita Pavelyn, añadiendo que la comprendia, y dió la señal de partir.

El carruaje era una berlina de gala, abierta, y tirada por seis caballos blancos, adornados con penachos azules, y conducidos por lacayos galoneados: otros dos lacayos de gran librea, iban sentados delante, y en la trasera, se tenian de pié, rígidos y graves, como burgomaestres, dos cazadores vestidos de verde, con grandes plumeros: además del prefecto y yo, iban en el carruaje los otros dos laureados, de las clases de arquitectura y pintura; pero yo ocupaba la derecha del prefecto: los tres habiamos conservado la corona de laurel en la cabeza, pues este era el uso, y las medallas de oro, mucho mayor la mia que las otras, brillaban en nuestros pechos.

Así atravesamos toda la ciudad: la multitud nos cerraba el paso y prorrumpia en vivas y aplausos entusiastas: un eco de victoria nos seguia y nos precedia á lo lejos: yo llevaba la cabeza erguida y dejaba errar mis ojos sobre

la multitud con un inmenso orgullo: sentíame tan grande, que un rey que se pasea en medio de sus vasallos no podia tener en aquel momento un sentimiento mas íntimo de su superioridad que el que yo abrigaba de la mia: los que me miraban debian creer que mi triunfo me habia cegado y vuelto orgulloso: mas ¡cómo se engañaban! no era el laurel del escultor lo que hacia latir mi pecho y lo que encendia en mis ojos la llama de la altivez: no: el triunfador soberbio era el hombre que se sabia amado de Rosa: aquellos honores, aquellas coronas, aquellas aclamaciones, bastan, es verdad, para trastornar una cabeza jóven; pero la mia estaba ceñida con las rosas del amor!

Los aplausos del universo entero no eran nada comparados con el rayo de amor que habia brotado de los ojos de Rosa al fijarse en mí.

Así que llegamos á la prefectura, ocupamos nuestros sitios en el banquete que estaba dispuesto y en el que debian tomar parte las autoridades: uno de mis compañeros se sentó al lado del maire de la ciudad, otro al lado del general, en jefe, yo ocupé la derecha del prefecto, cuyas simpatías me habia conquistado, y que decia hallarse cativado por mi carácter expansivo y alegre.

En efecto, mientras nuestro trayecto por la ciudad, me habia dirigido varias veces la palabra manifestándome que debia tener fé en el porvenir, y yo le habia respondido con tanta animacion, con tanta fé, que el buen señor, que no comprendia el origen de esta exaltacion, me habia admirado como un jóven artista del mas bello natural.

No comprendo ahora qué extraña fuerza me habia comunicado la mirada de Rosa, y como la certidumbre de que me amaba, habia abierto de repente la plenitud de mi inteligencia y de mi imaginacion: mas, es lo cierto que al terminar el primer servicio, todos se ocupaban únicamente de mí, y yo tenia, por decirlo así, la clave de la conversacion: cuanto salia de mi boca parecia tan sensa-

to, tan original de forma, tan espiritual y al mismo tiempo tan lleno de amabilidad, que todos los convidados me replicaban y hasta me contradecían solo por el placer de oírme continuar hablando: y gracias á mí, aquel banquete, que de otro modo hubiera sido tan enojoso como solemne, se cambió en una fiesta alegre y llena de cordialidad.

Por mí solo, nunca me hubiera atrevido á hablar con tanta libertad de espíritu, ante personas colocadas tan altas en la escala social; pero todos los convidados, y en particular el prefecto, me alentaban, y parecían agradecerme la alegría que yo hacía reflejar en toda la reunión.

A los postres me levanté y brindé á nombre de mis compañeros, y en el mío, por el prefecto, protector de las artes en Amberes.

Tenia yo sin duda casi perdida la cabeza: mas mi locura, en vez de oscurecer mi espíritu, llenaba mi cerebro, por el contrario, con una claridad admirable: al pronunciar mi brindis, estuve tan elocuente, tan acertado en la elección de las expresiones, y encontré acentos tan profundamente sentidos, que arranqué lágrimas de los ojos de todos los convidados, y cada uno vino á estrecharme la mano con enternecimiento.

Cuando hubimos brindado igualmente por el general y por el maire, uno de los convidados dijo que yo sabía cantar: no me hice rogar durante largo tiempo, y canté una melodía que lleva por título: *La dicha de ser amado*.

Inútil es decir que encanté á todos, porque mi alma entera vibraba en aquel canto, y nunca había tenido la voz tan pura y tan sonora.

Hicieronme cantar algunas otras piezas: y cuando el prefecto se levantó, al fin, para dar la señal de retirada, todos los convidados se acercaron á mí, para manifestarme su simpatía y su benevolencia.

Sea que estas alabanzas me hubiesen turbado algun tan-

to el cerebro, sea el efecto del espumoso champagne, cuando subí al carruaje que debía llevarme á mi casa, toda la ciudad me pareció llena de luces, y bañada de los deslumbrantes colores del arco-iris: el mundo se había trocado para mí, en un paraíso!

¡Pobre alma mía! bebías afanosa la copa del placer, sin pensar que en el fondo quedaba aún mucha hiel.....! y sin embargo ¡oh Dios mío! por triste que fuera la suerte que me estaba reservada, bendito seas, por aquel día de felicidad!

QUÁN limitada es la fuerza del hombre para gozar, y cuán inmensa para sufrir! Cuando una cosa le entristece, en vano llama en su socorro toda su razón y toda su voluntad: la tristeza le persigue y no le deja durante días y noches enteras: la herida no deja de brotar sangre; pero cuando vé cumplidos sus mas caros deseos, cuando toca á lo que cree la cima de la felicidad humana, sus fuerzas disminuyen al instante y su alma vuelve por fluctuaciones inciertas á ese sentimiento de dolor que parece su natural destino!

La víspera, habia yo nadado en la suprema felicidad: el mas brillante triunfo, los aplausos de miles de adoradores, las alabanzas, la envidia de todos, la revelacion del amor de Rosa, todo esto reunido, no bastaba para la dicha de mi vida entera! Y no obstante, hacia ya muchas horas que me hallaba sentado en mi cuarto, los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza inclinada bajo el peso de mil inquietos pensamientos!

Luchaba, no obstante, con el desaliento que queria apoderarse de mí; probaba á hacer revivir las escenas deliciosas de la víspera, y me figuraba oír aún el estruendo de los aplausos de la multitud; yo queria ver de nuevo en mi imaginacion las lágrimas que habian brillado en los

ojos llenos de amor de Rosa; en una palabra, tenia miedo de la tristeza que iba invadiendo mi alma y trataba de levantar entre ella y yo como un escudo, el recuerdo de mi dicha; mas á pesar de todos mi esfuerzos para hallar mi valor, mi entusiasmo y mi embriaguez pasadas, no me fué posible hacer brotar de nuevo en mí las sensaciones de la víspera.

Fatigado de esta lucha inútil, caí en mi asiento y arrojé con terror una mirada dentro de mí mismo buscando la razón de mi impotencia; esta razón era la voz de mi conciencia, que en mi deseo insensato de ser dichoso habia tratado de sofocar: incliné la cabeza vencido y á mi pesar presté atención á lo que me decia aquel juez implacable.

¡Ay! mi alegría era la ingratitud! Mi dicha un crimen! Espantosa verdad!

Yo no era nada sobre la tierra, sino por la generosidad de Mr. Pavelyn; todo cuanto poseia, instruccion, inteligencia, esperanza de fama y hasta los vestidos que usaba, era debido á sus beneficios: y no contento con los dones generosos que su bondad habia sembrado tan pródigamente en mi camino, me atrevia con desprecio de su tranquilidad á alimentar una esperanza de la cual la sola revelacion les helaria de vergüenza y de espanto, á él y á toda su familia! El hijo del fabricante de zuecos era dichoso porque se creia amado de Rosa! En tan loca ceguedad ¿cuáles podian ser los deseos secretos de su corazón? ¡Horror! arrastrar á la hija de sus bienhechores á una union desigual y prepararles á ella y á sus padres una existencia emponzoñada para siempre por el pesar de semejante humillacion.

Estos reproches de mi conciencia, á pesar de mis esfuerzos para huir de ellos, pesaron poco á poco tan rudamente en mi espíritu, que me sentí aniquilado bajo esta dolorosa, pero evidente verdad.

Durante largo rato, permanecí inmóvil, con el pecho

oprimido y el rostro pálido; yo era incapaz de cometer una cobardía, y temblaba á la sola idea de llegar á ser ingrato: pero costó á mi pobre alma muchos y terribles esfuerzos, para conseguir sofocar una esperanza sin cesar renaciente.

Cuando hubé en fin escuchado las unas después de las otras, todas las acusaciones de mi conciencia y reconociendo mi locura, la imagen del deber se levantó delante de mí, para exigirme mas que una renuncia pasiva: me dije que no bastaba el arrancar de mi corazón hasta la última raíz de este amor culpable, si no que debía matar yo mismo en el seno de Rosa su funesta inclinación: era preciso que rompiesen mis propias manos, mi esperanza, mi fé, todo mi ser: era preciso apagar la única luz de mi vida, y aceptar un porvenir espantoso, oscuro y sombrío como un abismo; no habia medio de huir el sacrificio; el deber estaba ante mí, imperioso, inexorable, mostrándome de un lado el reconocimiento y el respeto: del otro, la vergüenza y la cobardía.

En fin, tomé mi partido.

Decidí alejarme de mis bienhechores, y quitar todo alimento á la inclinación de Rosa; por medio de una ausencia prolongada la dejaria creer, no solamente que yo era insensible á su amor, si no que su presencia me era desagradable, y que queria huir.

¡Cruel resolución! si Rosa amaba como yo, qué amargo cáliz iba á hacerle apurar hasta las heces! mas aunque mi piedad por lo que ella iba á sufrir me trajese lágrimas á los ojos, no habia otro remedio, y era preciso inclinar la cabeza bajo el peso de la fatalidad.

No me atrevia á dejar de repente la ciudad y el país: pero habia resuelto partir al instante para Bodeghem, y permanecer durante largo tiempo al lado de mis padres y á fin de habitar á mis bienhechores á mi ausencia; allí en la soledad pensaria maduramente lo que me restaba

que hacer, y si lo juzgaba á propósito partiria de Bodeghem para Bruselas para buscar trabajo con que subvenir á mis necesidades en el taller de algun escultor.

Lo que mas temia, era no tener valor para cumplir con mi triste deber.

A todo prisa, preparé dos baules con ropa blanca, trajes, y todo lo necesario á una persona que vá á emprender un largo viaje.

Pensaba escribir á Mr. Pavelyn excusando mi súbita partida y diciéndole que me sentia indispuerto y fatigado y que habia partido para Bodeghem á fin de tomar algun reposo y de reparar mis fuerzas.

Para llegar á la puerta de la ciudad tenia que atravesar la plaza del Mar y pasar por delante de la casa de Mr. Pavelyn: pero no queria exponerme al peligro de ser visto y reconocido por Rosa ó por él: desconfiaba de mi debilidad y sabia que el menor acontecimiento echaria por tierra mi resolución.

Tomé, pues, el partido de pasar por la calle de Rennes, de atravesar el cementerio y de salir de la ciudad por la calle Nueva, sin acercarme á la plaza del Mar: al abrir la puerta de mi cuarto dediqué una larga mirada á aquella pequeña habitacion, que me habia visto hacerme hombre; que habia recibido la confianza de mis alegrías, de mis esperanzas y de mis pesares: una lágrima humedeció mis pupilas y me arranqué con violencia de aquel lugar querido como un desterrado se arranca de los brazos de un amigo que acaso no volverá á ver jamás.

Cuando entré en la calle de Rennes podrian ser las diez de la mañana: aquel triste adios pesaba amargamente sobre mi corazón: un yelo negro se extendia ante mis ojos: no fijaba atencion alguna en los transeuntes y seguia mi camino completamente absorto en mis dolorosos pensamientos.

De repente me detuve y mis piés se hallaron como cla-

vados en el suelo: alcé la cabeza y retrocedí hasta la mitad de la calle, dejando escapar un grito de dolorosa sorpresa: me hallaba ante la casa de Mr. Pavelyn! ¿cómo había llegado allí? ah! en tanto que me hallaba sumergido en mi profunda desesperacion, el alma de Rosa, por un poder misterioso, había atraído mi alma como el iman atrae al acero!

Quise alejarme: pero la doncella de Rosa, que se hallaba de pié junto á una de las ventanas del piso bajo, me dijo por señas que iba á abrirme la puerta.

No me atreví á huir: si lo hacia, ¿qué podrían pensar de una conducta tan inexplicable? pensé que seria mejor informar á Mr. Pavelyn de mi partida en pocas palabras, y para esto no tenia que estar mas que algunos instantes: la puerta se abrió y yo entré con la firme decision de salir lo antes posible: la camarera me condujo hasta el comedor, donde, segun dijo, se hallaba Mr. Pavelyn.

Aun no he podido darme cuenta despues de tantos años transcurridos de cómo en aquel instante no rendí el secreto de mi corazon al rededor de una mesa en la cual estaba servido un suntuoso desayuno, ví á Rosa y á su lado á Conrado de Somerghem!

El frente de la mesa estaba ocupado por Mr. y Mme. Pavelyn y entre ellos habia un caballero grueso que debia ser el padre de Conrado porque los rasgos característicos de sus semblantes eran los mismos.

Mr. Pavelyn me dejó apenas el tiempo de abarcar con una mirada la escena que tenia á la vista: á mi aparicion, se levantó lleno de alegría, me estrechó la mano, y me hizo sentar al lado suyo: en seguida empezó á hablar con mucho elogio de mi triunfo y de mi porvenir de artista, presentándome á sus convidados como un jóven agradecido, valeroso y bueno.

Mr. Pavelyn y el anciano Somerghem parecian muy animados y yo supuse que el vino de España que se veia

sobre la mesa contribuia no poco á su buen humor: hablaban sin cesar en voz alta y me abrumaban á preguntas, á las cuales respondian ellos mismos sin dejarme el tiempo de pronunciar una palabra, lo que era para mí una felicidad, pues mi atencion y mis pensamientos se hallaban en otra parte.

Conrado tenia impresa en el rostro una radiante expresion de dicha: de cuando en cuando inclinaba la cabeza hácia Rosa y la decia en voz baja y sonriendo algunas palabras que yo no podia distinguir, pero que encontraba un eco doloroso en mi corazon: habia en su alegría y en sus gestos alguna cosa de atrevido, alguna cosa de familiar que me hacia temblar de indignacion y me heria como si insultarse á la que amaba mas que á la luz de mis ojos.

Rosa le escuchaba con una cortesía paciente y hasta trataba de sonreír: solo una mirada me habia dirigido y en ella creí comprender que se quejaba de la crueldad de su suerte y que imploraba piedad para sus sufrimientos.

¿Qué sucedia allí? ¿qué podia ser? ¿por qué los dos padres se hacian señas de inteligencia y de satisfaccion? ¿por qué Mme. Pavelyn tenia constantemente los ojos fijos en Conrado de Somerghem con los ojos húmedos de lágrimas?

Un temor espantoso me agitaba: mi corazon palpitaba hasta quererse romper: sentia que se aproximaba el momento en que ya no podria contenerme por mas tiempo y que iba á escapárseme un terrible secreto: me levanté y dije balbuceando á Mr. Pavelyn que habia formado el proyecto de ir á Bodeghem y de pasar algun tiempo al lado de mis padres para reponerme de la pasada fiebre y de la fatiga de los exámenes, añadiendo que no habia querido partir sin informarle de mis deseos y que habia venido para despedirme de él y de su familia.

Mr. Pavelyn me dijo que hacia muy mal en dejar á Amberes: mas como yo insistiese acabó por concederme que

era razonable mi deseo de ir á buscar reposo al lado de mis padres, despues de tanto trabajo y de tanta agitacion.

Dirijí á Rosa una última mirada; saludé á los demás y salí.

En la antesala y en el instante en que tomaba mi baston y mi sombrero, me sorprendió una voz de muger que me hablaba al oido con acento bajo y misterioso.

Me volví temblando, y sin duda estaba muy pálido, porque la persona que me habia hablado y cuyas palabras no habia yo comprendido, esclamó riendo:

—¡Dios mio, Mr. Leon, qué fácilmente os asustais! ¿Estais tan pálido como si hubiérais visto aparecer un espectro ante vos!

Era la doncella de Mme. Pavelyn, que me profesaba mucho afecto, pues me conocia desde niño: en aquel instante su presencia inesperada me habia causado un dolor profundo y la miré con amargura.

—Vamos, no os enfadeis, dijo: queria participaros la gran noticia, pero ya la sabeis ¿no es cierto?

—¿La gran noticia? ¡no!

—¿No habeis visto ese hermoso jóven que está en el comedor? es millonario y de una ilustre familia!

—¿Y qué, exclamé temblando de dolor y de impaciencia, qué quereis decir?

—¿De modo que no lo sabeis? La señorita va á casarse: ese jóven es su prometido.

Esta noticia me desgarró tan cruelmente el corazon, y me fué preciso tan grande esfuerzo para ocultar mi desesperacion, que me precipité fuera de la puerta soltando una insensata carcajada, y eché á correr sin saber á donde me dirijia.

Pocos minutos despues me hallaba de nuevo en mi cuarto, preguntándome con asombro lo que habia ido á hacer allí: ¿por qué alejarme, por qué dejar la ciudad y quizá el país, ahora que Rosa iba á casarse, ahora que una

barrera formidable iba á levantarse entre los dos? No era acaso esta idea la que me habia llevado á mi habitacion, sino la fuerza de la costumbre.

A aquellas paredes habia yo confiado todos mis secretos, todas las palpitations de mi corazon: la necesidad de una expansion solitaria, me habia llevado allí: y esta vez todavía el pensamiento bebió mis lágrimas amargas.

Insensiblemente mi sangre comenzó á hervir, y una rabia indescribible secó mis ojos: formé el proyecto de esperar á Conrado de Somerghem en medio del dia y en la calle: queria llamarle traidor, azotarle el rostro, decirle que uno de los dos debia morir, y que si no era un cobarde, tenia que optar porque la espada ó la pistola decidiesen entre ámbos: pero casi en seguida, una sonrisa irónica contrajo mis lábios, porque reconocí que yo era de un nacimiento demasiado humilde para esperar que el noble y brillante Conrado acogiese mi provocacion de otro modo que con el insulto y el desprecio.

¿Quién sabe si me encerraria en una prision como á un loco peligroso? Y por otra parte, esta agresion violenta ¿no haria del secreto de mi amor un escándalo público? y mis bienhechores? y mi madre?

Caí abrumado sobre una silla: oulté entre mis manos mi abrasada cabeza, rechinando los dientes de furor al reconocer mi impotencia: de súbito me levanté de un salto al oir los pasos de una persona que subia la escalera: era la señora Petronila, que corrió hácia mí gritando:

—Mr. Leon, Mr. Leon, ¡gran noticia! ¿lo sabeis ya?

—¿Qué decís?

—¿Qué la señorita Rosa se casa!

Yo la miré con ojos extraviados.

—Ya veo que esta noticia os sorprende, prosiguió mi huésped: á mí tambien me ha causado grande impresion cuando mi marido, que viene en este momento de la calle, me lo ha dicho: si yo fuera que voz, ahora mismo iria

á casa de Mr. Pavelyn á felicitar á la señorita, porque va á hacer un matrimonio brillante, y parece que están todos muy contentos!

Aun hablaba Petronila cuando yo bajaba desatentado la escalera para no oirla.

Maese Juan fumaba su pipa tranquilamente sentado á la puerta: volvióse al ruido de mis pasos y me dijo en tanto que se separaba para dejarme paso.

—Parece que ya sabeis la novedad: ¡la señorita se casa!

Le empujé con violencia y me lancé á la calle con una precipitacion furiosa: los transeuntes y hasta las casas, todo gritaba á mi oido.

—¡Ya lo sabeis? ¡Rosa se casa!

Cuando llegué á la puerta de la ciudad y ví ante mis ojos la extensa campiña, y el caminito sombreado de grandes árboles que llevaba á mi aldea, me pareció que la ciudad habia reunido en una sola todas sus voces para gritar aun detrás de mí:

—¡No sabeis lo que sucede? ¡Rosa se casa!

XXIV

IGNORO cómo me hallé en Bodeghem: mis padres creyeron, como Mr. Pavelyn, que habia ido á mi pueblo natal para restablecerme de mi enfermedad, y descansar de las fatigas del concurso de la Academia: mi debilidad evidente y mi extrema demacracion daban á esta suposicion una apariencia de verdad: si yo hubiera aparecido en la casa paterna, en el estado de demencia en que habia salido de la ciudad, cada uno, y sobre todo mi madre, hubiera adivinado que me sucedia alguna cosa extraordinaria, y que un dolor mortal destrozaba mi corazon: pero desde mi huida de Amberes, habia tenido tiempo de tranquilizarme poco á poco; el aire fresco, la calma de los campos, la fatiga de un largo viaje á pié, habian domado mis pasiones y dejado penetrar en mi espíritu la luz de la razon.

Dos horas antes de llegar á mi aldea habré vuelto á hallar la plena conciencia de mi deber: habia resuelto de nuevo encerrar en mi corazon el secreto de mi dolor, y guardarle hasta la tumba: ahora que Rosa iba á casarse, la menor confidencia de mi amor, el mas ligero signo que pudiera vender sus sentimientos ó los míos, hubiera sido una cobardia ó una mala accion: ya no podia decir nada, ni aun á mi madre: de otro modo, mi padre llegaria á sa-

á casa de Mr. Pavelyn á felicitar á la señorita, porque va á hacer un matrimonio brillante, y parece que están todos muy contentos!

Aun hablaba Petronila cuando yo bajaba desatentado la escalera para no oirla.

Maese Juan fumaba su pipa tranquilamente sentado á la puerta: volvióse al ruido de mis pasos y me dijo en tanto que se separaba para dejarme paso.

—Parece que ya sabeis la novedad: ¡la señorita se casa!

Le empujé con violencia y me lancé á la calle con una precipitacion furiosa: los transeuntes y hasta las casas, todo gritaba á mi oido.

—¡Ya lo sabeis? ¡Rosa se casa!

Cuando llegué á la puerta de la ciudad y ví ante mis ojos la extensa campiña, y el caminito sombreado de grandes árboles que llevaba á mi aldea, me pareció que la ciudad habia reunido en una sola todas sus voces para gritar aun detrás de mí:

—¡No sabeis lo que sucede? ¡Rosa se casa!

XXIV

IGNORO cómo me hallé en Bodeghem: mis padres creyeron, como Mr. Pavelyn, que habia ido á mi pueblo natal para restablecerme de mi enfermedad, y descansar de las fatigas del concurso de la Academia: mi debilidad evidente y mi extrema demacracion daban á esta suposicion una apariencia de verdad: si yo hubiera aparecido en la casa paterna, en el estado de demencia en que habia salido de la ciudad, cada uno, y sobre todo mi madre, hubiera adivinado que me sucedia alguna cosa extraordinaria, y que un dolor mortal destrozaba mi corazon: pero desde mi huida de Amberes, habia tenido tiempo de tranquilizarme poco á poco; el aire fresco, la calma de los campos, la fatiga de un largo viaje á pié, habian domado mis pasiones y dejado penetrar en mi espíritu la luz de la razon.

Dos horas antes de llegar á mi aldea habré vuelto á hallar la plena conciencia de mi deber: habia resuelto de nuevo encerrar en mi corazon el secreto de mi dolor, y guardarle hasta la tumba: ahora que Rosa iba á casarse, la menor confidencia de mi amor, el mas ligero signo que pudiera vender sus sentimientos ó los míos, hubiera sido una cobardia ó una mala accion: ya no podia decir nada, ni aun á mi madre: de otro modo, mi padre llegaria á sa-

ber alguna cosa, y con su honradez inflexible, me abrumaria de reconvenciones, de las que mis hermanos podian adivinar la causa.

No habia pues dejado comprender á nadie el motivo de mi vuelta inesperada á casa de mis padres, y como aun estaba flaco y pálido, no tuve gran trabajo en hacer creer á todos, que mi melancolía era consecuencia de mi debilidad física.

Mi madre me habia hablado del peligro que ella me habia mostrado cuando vino á verme á Amberes: pero yo la habia tranquilizado diciéndole que nos habiamos engañado los dos, con respecto á las disposiciones de Rosa acerca de mí, y que despues la habia encontrado la misma que otras veces.

Desde aquel momento, no volvió á preguntarme nada más, y me dejó en libertad completa: me rodeó de los mas tiernos cuidados, me preparó tisanas que segun ella, debian fortificarme, y me obligó á un régimen de alimentacion nutritivo y sano: no le parecia extraño el que permaneciese el dia entero fuera de casa, y que por la noche me fuera á recojer antes que nadie, para estar solo, y no verme obligado á hablar: y cuando algunas veces mi padre me reconvénia por mi singular conducta, ella me defendia, diciendo que el aire libre, el ejercicio y el reposo, podian solo devolverme la paz y la salud.

Trabajo me costaria el referiros la vida singular que yo llevaba en Bodeghem: erraba sin cesar en el castillo deshabitado, en los bosques y en los lugares solitarios, con el espíritu cubierto de una nube tan espesa, que me tenia separado del resto de los vivientes: en vano llamaba en mi socorro á toda mi razon y á toda mi voluntad para disipar las tinieblas de mi espíritu: era inútil: yo no veia mas que á Rosa y á su mirada lastimera, no sentia mas que la tristeza que devoraba mi corazon, no oia mas que estas palabras espantosas:—¡Rosa se casa!

La violencia de la pasion y la amargura de la desesperacion se habian ya desvanecido en mí: no odiaba, no acusaba á nadie en el mundo, ni aun á mi cruel destino, ni aun al futuro esposo de Rosa: y la imagen de mi rival, cuando venia á colocarse ante mis ojos, no me arrancaba ningun movimiento de cólera: una tristeza inmensa, una resignacion pensativa, una especie de exaltacion enfermiza en mi dolor, habian reemplazado á mi tempestad interior: habia llegado á convencerme de que no habia nacido para hallar la dicha en el mundo real, y reunia uno por uno todos los recuerdos de mi vida pasada para hacerme con ellos un mundo imaginario donde mi alma hallase la fuente de paz y de resignacion que podia aun abrirse para ella.

Paseándome un dia en el jardin del castillo, me detuve en el puente del estanque y contemplé el agua temblando, al hallar con los ojos de mi fantasía la imagen de Rosa dentro de ella: volviendo despues á ideas menos tristes, contemplé durante largo rato el anchuroso parque: veia en el fondo de mi alma una niña delicada y bonita como un ángel, y al lado de esta encantadora criatura, un pobre muchacho que no sabia hablar; pero del cual los ojos á cada palabra y á cada sonrisa de la niña, brillaban de admiracion, de gratitud y de orgullo: parecíame que seguia á aquellos dichosos niños, y temblaba con una tierna emocion cuando aperecía sobre el rostro de la niña una afectuosa sonrisa, dirigida á su pequeño amigo: asistia á sus juegos cuando sembraban flores á la orilla del sendero, corria con ellos detrás de las mariposas, escuchaba sus palabras, contaba los latidos de sus corazones y reconocia con una cruel satisfaccion que ya un poder fatal dominaba á aquellas inocentes criaturas, y habia depositado en su corazon el germen de un amor infinito: interrogaba á los árboles, las flores, los pájaros, para hacer revivir ante mí el recuerdo de la dicha perdida, hasta que

el crepúsculo de la tarde y la fatiga de mi cerebro venia á advertirme que ya era tiempo de volver á casa.

Otras veces vagaba en los bosques y buscaba los árboles á los cuales habia yo en otro tiempo contado mis tristezas y confiado mis esperanzas: reconocia todos los lugares en que me habia sentado, y creia ver aun brillar entre la yerba las lágrimas que habia vertido ocho años antes: en aquel tiempo lloraba de placer: ¡el sol de la esperanza inundaba con su luz mi corazon! ahora ya no tenia esperanza! mi vida estaba cercada por el muro sombrío del imposible! por esto ya no tenia lágrimas: las lágrimas son una queja ó un ruego para pedir socorro ó piedad: ¿para qué habia de quejarme, ó habia de implorar compasion, yo, á quien ningun poder terrestre podia dar lo que mi corazon deseaba? yo, de quien las penas, por su naturaleza misma debian ser eternas?

Otras veces me sentaba en la pradera donde el niño mudo habia trabajado durante semanas enteras y largos meses en sus figuras de madera: en aquellos tesoros queridos con los cuales ansiaba comprar una sonrisa: veia el sitio donde la pobre criatura se habia dejado caer en el suelo con las convulsiones de la desesperacion, porque su lengua le negaba todo sonido inteligible: veia el árbol cuya corteza tenia aun los signos misteriosos por los cuales el hijo de la aldea habia querido expresar lo que él mismo no comprendia: las vacas que pacian en la pradera: los cantos de los pastores, los vapores argentinos del agua, el esplendor del sol poniente, todo me traia los recuerdos del pasado y mi bella juventud, haciéndome olvidar el sombrío dolor; y mostrando á mi imaginacion la imagen de la dicha que habia pasado y que ya no volveria para mí.

Largo tiempo hacia que me hallaba en Bodeghem: aquellos sueños, que nada interrumpia, aquella soledad completa, aquella vida en medio de los recuerdos que mecian

mi alma, me eran tan dulces, que no habia pensado ni una sola vez en la necesidad de crearme una existencia independiente por medio de mi arte: algunas observaciones mesuradas, pero severas, de mi padre, me llamaron, en fin, á la conciencia de mi situacion.

Una mañana que iba á salir para empezar mi cotidiano paseo, me llamó mi padre á su taller: solos allí los dos, me declaró que mi conducta le parecia muy censurable y tanto mas incomprensible, cuanto que no decia jamás una palabra acerca de mi porvenir: me dijo que siendo ya un hombre, debia tener bastante orgullo para desear no vivir siempre á expensas de Mr. Pavelyn: no estaba aun, al parecer, bastante restablecido de mi pasada enfermedad y él comprendia que tuviese necesidad de reposo; pero esto no podia impedirme el pensar en mi porvenir.

Reconocí lo razonable de sus advertencias, y le ofrecí seguir su consejo: y en efecto, así que me hallé solo en el campo, me puse á reflexionar en lo que debia hacer. No queria volver á Amberes: ya no sentia el deseo de acercarme á Rosa: iba á casarse y me olvidaria: deseaba sinceramente que fuese dichosa sobre la tierra, pero no volveria á verla jamás: estaba bien convencido de que mi amor para ella solo conmigo podia morir; pero si no me era dado vivir en su presencia, llevaria su memoria y su imagen en mi corazon hasta que la tumba se cerrase sobre mi secreto y mi martirio.

No pensaba, pues, volver á Amberes, y no podia hacer otra cosa que ir á Bruselas, para buscar trabajo en casa de algun escultor.

¿Pero qué pensaria Mr. Pavelyn de esta decision? hacérsela conocer sería imprudente y ridículo, porque tenia la seguridad de que mi digno protector no me permitiria ir á trabajar como un jornalero á casa de otro artista, ni buscar la fortuna en una ciudad lejana donde él no podria to-

mar parte en mis éxitos, y alentarme con sus consejos y aprobacion.

Reflexionando así cómo podria llevar á cabo mi proyecto sin herir profundamente á mi protector, me habia alejado mucho á través de los campos: habíame apoyado en el pretil de un puente, y miraba el curso lento y cristalino del agua: pero todas las facultades de mi espíritu se hallaban lejos de allí y concentradas en la cuestion que semejante á un enigma insoluble, se presentaba desde hacia una hora en mi cerebro.

En aquel instante oí pronunciar mi nombre detrás de mí, y me volví: era mi hermano mas pequeño que corria hacia mí.

—¡Hermano mio! exclamó: vé en seguida al castillo que ha llegado Mr. Pavelyn!

—¿Mr. Pavelyn? repetí con voz temblorosa, y la señora y la señorita..... han llegado tambien.....?

—No, hermano, ha llegado solo, yo le he visto bajar del coche y él mismo me ha encargado que te buscara: madre me ha dicho que viniera á ver si te hallaba: por fortuna, el herrero me ha indicado el camino que habias tomado.

La certidumbre de que Rosa no acompañaba á su padre, habia disipado mi espanto, en tanto que volvia al pueblo con mi hermanito, que saltaba asido á mi mano, respondiendo con monosílabos á su inocente charla, me preguntaba, no sin cierta especie de temor, por qué Mr. Pavelyn habia venido á Bodeghem y deseaba hablarme: pero me tranquilicé al pensar que mi protector tenia la costumbre de pasar, al menos medio dia, en cada semana, en su castillo, y que debia asombrarme mas bien de que hubiera dejado pasar tres semanas sin venir: por otra parte, ¿cómo habiendo venido podia volver á Amberes sin verme?

A la entrada del castillo hallé un criado que me dijo que

Mr. Pavelyn se estaba paseando en el parque, y que le hallaria al fin de la calle de encinas, pues hacia aquel lado se habia dirigido.

Seguí el camino indicado y atravesé rápidamente la larga avenida: desde bastante lejos apercibí á mi protector: hallábase sentado en un banco rústico al pié de un árbol, con la cabeza inclinada en actitud de profundo abatimiento, y los brazos cruzados sobre el pecho. Temiendo sorprenderle desagradablemente, hice algun ruido para anunciarle mi presencia, y ya me hallaba muy cerca de él, cuando alzó la cabeza y volvió los ojos hacia mí. Una dulce y amable sonrisa se dibujó en sus labios, me tendió la mano y sin levantarse me dijo:

—Mucho deseaba verte, mi buen Leon. ¿Cómo está tu salud? Aun te hallo muy flaco: el aire del campo no ha llegado todavía á restablecerte por completo; pero lo conseguirás.

Conocia yo tan bien la voz de mi protector, habia observado tan atentamente durante toda mi vida sus entonaciones, que ví al instante se hallaba su corazón lleno de una profunda tristeza. Sin duda que mi semblante retrató mi pensamiento, porque no me dejó tiempo de expresarle mi inquietud.

—¿Lees en mi rostro que estoy muy triste, no es verdad? No te equivocas, Leon: soy muy desgraciado: desde algunos dias el porvenir me parece tan sombrío como la noche: sin embargo, aun tengo una esperanza: creo que tú, por quien he velado como el padre mas tierno, tú solo podrás quizá preservar á mi vejez de un mortal dolor, y he creído que no me rehusarás el servicio que vengo á pedirte.

Con lágrimas en los ojos le aseguré que bendeciria á Dios si me permitia probar mi gratitud á mis bienhechores, por cualquier sacrificio, aunque fuera el de mi vida.

—Lo que voy á pedirte es una cosa muy estraña, dijo

Mr. Pavelyn; pero que no exige ningun sacrificio de tu parte: deseo solamente que aceptes la mision que voy á confiarte, y que emplees toda tu elocuencia y hagas todos los esfuerzos posibles para el buen éxito: si esta última tentativa fuese vana como las otras puedo mirar como perdidos para siempre la esperanza y el reposo de mi vida: siéntate aquí á mi lado, y escucha lo que voy á decirte.

Profundamente conmovido por el tono triste y solemne de Mr. Pavelyn, me senté silenciosamente á su lado y él me habló de esta suerte:

—Ya sabes, Leon, que Rosa no ha tenido jamás una salud robusta: su madre y yo, durante su infancia, hemos temido perderla á cada instante: por eso cuando regresó de Marsella, tan linda, tan fresca, tan rosada, dimos gracias á Dios, con lágrimas de alegría...! pero nuestra dicha debia ser muy breve: á los pocos meses volvió á enfaquecer y á ponerse pálida: un pesar secreto, sin causa conocida, minaba sus fuerzas: y nosotros fuimos asaltados de nuevo del cruel temor que habia empozoñado una parte de nuestra vida: yo no me atrevia á decir nada á nadie, pero me perseguia un horrible pensamiento: sí, Leon! yo veia constantemente delante de mis ojos como un fantasma que amenazaba la vida de mi hija única, esa implacable enfermedad que se llama TISIS....!

Un grito de angustia se escapó de mis labios y me sentí palidecer horriblemente; pero Mr. Pavelyn, dando á mi dolor la interpretacion natural prosiguió:

—He ido secretamente á Bruselas y he consultado á un médico célebre que fué en otro tiempo mi compañero de estudios: para juzgar mejor del estado de mi hija ha venido á Amberes, y ha pasado toda una tarde al lado de Rosa, como un antiguo amigo que nos dedicaba algunas horas: cuando se retiraba le conduje á mi gabinete, para saber si mi horrible temor era fundado.... y me declaró que Rosa no estaba atacada de la tisis....

Al oir estas palabras, elevé al cielo las manos con un grito de alegría.

—No hay motivo para tu gozo, dijo tristemente Mr. Pavelyn: ¡ojalá que la declaración de mi amigo, se hubiera reducido á esto! Mas no! me hizo comprender, que la enfermedad de mi hija, sin atacar á los pulmones, era muy peligrosa, y que probablemente moriria, despues de languidecer durante largo tiempo, si no me apresuraba á echar mano del solo medio de salvacion que él veia; este medio era casarla.

HASTA entonces, habia yo dominado mi inquietud, y por decirlo así, retenido mi aliento; pero entonces salió de mi pecho un largo y doloroso suspiro.

—Comprendo, dijo mi protector, que todo esto te afecte penosamente, querido Leon; pero déjame continuar y verás cuántas razones tengo para creerme doblemente desgraciado: el doctor me habia dicho que el matrimonio, colocando á mi hija en otras condiciones y encargándola de los cuidados de una casa, le darian la ocupacion y las distracciones necesarias para fortificar y calmar sus nervios: debia yo pues buscarla un esposo; la tarea era difícil, por la prontitud que exigia; desde la infancia de Rosa, el sueño de su madre con el mio, habia sido darle la posicion mas brillante por medio de un ventajoso matrimonio: su fortuna como nuestra única heredera, su educacion distinguida, y su belleza, nos daban el derecho de alimentar esta ambicion para nuestra hija: ¿pero cómo encontrar en poco tiempo un esposo que realizase nuestros sueños, en parte á lo menos? me habia yo atormentado el espíritu durante muchas semanas, y ya empezaba á desesperar; habia no obstante un jóven, que yo hubiera aceptado con alegría por mi yerno: pero la fortuna de sus padres era por lo menos, cuatro veces tan grande como la mia, y no

podia pensar en él: sin embargo, me ví en el colmo de mi alegría, cuando el padre de este jóven, por solo una palabra vaga que me oyó, me dijo que la union de nuestros hijos le seria muy agradable, y que daba desde luego su consentimiento, si los jóvenes se convenian; el mismo dia su hijo habia aceptado la proposicion con una alegría extraordinaria; en cuanto á mí, veia colmados todos mis votos, con aquella alianza que debia mezclar mi sangre con la noble sangre de los Somergem.

Ya viste á Conrado, cuando viniste á anunciarnos tu partida á la aldea; es un jóven elegante, distinguido; alta nobleza, fortuna colosal, educacion brillante, belleza en el rostro, gallardia en la figura; todo, todo lo posee: pues bien, Leon: hemos hablado á Rosa de ese matrimonio; la hemos dicho que es preciso se case para salvarla de una enfermedad de languidez: la hemos suplicado su madre y yo que consienta, diciéndole que nos dará una gran prueba de amor: y ha rehusado!

Calló Mr. Pavelyn esperando una respuesta; en tanto que habia hablado, habia yo permanecido abismado en mil dolorosas reflexiones: la revelacion del estado amenazante de Rosa, me habia causado una sorpresa tan cruel, que por toda respuesta repetí las últimas palabras de mi interlocutor y murmuré débilmente:

—Ha rehusado!

—Sí, Leon, respondió Mr. Pavelyn: ha rehusado! nada puede hacerle cambiar de resolucion: no sé en qué consiste: pero este matrimonio parece causarle horror: ¿comprendes mi afliccion? no solamente eso puede salvar á mi hija, sino que este proyecto de enlace, es ya conocido de toda la ciudad: ¿qué pensarán los Somergem de una negativa tan ofensiva para ellos? Ah! como padre estoy amenazado de un dolor eterno, y como hombre de una insoportable afrenta! tú solo, hijo mio, tú solo puedes acaso separar de mis labios ese amargo cáliz... Rosa te pro-

fesa una sincera amistad: eres joven como ella, eres elocuente: tu palabra llena de sentimiento, hallará el camino de su corazón: hazle comprender, demuéstrale que debe aceptar ese enlace: es un servicio inapreciable, que te ruego me hagas: Oh! si consigues mi deseo, me hallaré cien veces pagado de cuanto he hecho por tí! ¿no es verdad, Leon, que reunirás todas tus fuerzas á fin de conseguir de Rosa su consentimiento para esta union?

Hacia ya algunos minutos que preveía yo lo que Mr. Pavelyn iba á decirme: yo, yo mismo debía suplicar á Rosa, que fuese la esposa de Conrado de Somerghem!

Al pronto esta idea terrible me hizo temblar: pero muy pronto comprendí cuál era mi deber: acaso aquel matrimonio, era en efecto el solo modo que había para salvar á Rosa de una consunción mortal: el hombre á quien todo lo debía esperaba este esfuerzo de mi gratitud: ¡Oh! no podía vacilar! si no quería pasar á mis propios ojos por un ser cobarde, egoísta; era preciso cumplir el sacrificio franca y resueltamente: así fué que aseguré á Mr. Pavelyn, que estaba pronto á partir con él á Amberes, á fin de aconsejar á Rosa que se casase con Mr. Somerghem.

—¿Harás esfuerzos, toda clase de esfuerzos, toda clase de esfuerzos, ¿no es verdad? exclamó el pobre padre: buscarás en el afecto que Rosa te profesa y en nuestro amor por ella toda clase de argumentos ¿no es verdad?

—Antes de partir, rogaré á Dios que dé poder y fuerza á mi palabra, respondí: fiad en mi gratitud, y en mi ardiente deseo de hacer todo lo que puede seros agradable: vos decís que ese matrimonio, es lo único que puede salvar á Rosa: ¿cómo podría yo vacilar?

—Es una tarea difícil la que te impongo, respondió mi protector: tú no conoces á Rosa como nosotros: es una niña dulce, tranquila, jamás egoísta ni voluntariosa, en las cosas ordinarias: pero cuando toma una resolución, se vé que está dotada de una singular fuerza de voluntad.

Muchas veces me he dado el parabien de esta cualidad, que anuncia un carácter fuerte y noble; pero ahora podemos temer ser las víctimas de esa misma fuerza de voluntad.

Mr. Pavelyn se había levantado: yo le imité, y ambos empezamos á marchar lentamente por la anchurosa calle de encinas: pensando que deseaba le acompañase inmediatamente á Amberes, le pedí un cuarto de hora, para volver á casa de mis padres y vestirme de una manera conveniente: pero me dijo que debía quedarme en el pueblo al menos hasta el siguiente día: si él me llevaba en su carruaje, Rosa podía sospechar que su padre me había impuesto esta misión, y mis consejos perderían mucho de su peso y de su fuerza: debía, pues, marchar con la diligencia, y llegar como si nada hubiera pasado entre los dos, y solo por mi propia voluntad. Mr. Pavelyn hallaría un pretexto para hacer caer la conversacion sobre el matrimonio.

Nos dirigimos hacia el castillo: y en tanto que llegábamos, repitió Mr. Pavelyn muchas veces, el precio inmenso que él daba al feliz éxito de mi tarea, y me conjuró que nada dejase por hacer para conseguir nuestro fin: así que llegamos, llamó á sus criados, y les dió orden de enganchar al instante.

En tanto que le obedecían, habló conmigo alegremente: su tristeza se había desvanecido con la esperanza de que yo alejaría de él y de su hija los males que temía: mis palabras le habían inspirado esta esperanza: como yo suponía que Rosa había rehusado el matrimonio, porque me amaba, no dudaba que, con mis consejos, se sometiese á una necesidad reconocida, aunque fuera á costa de un gran sacrificio: había expresado diferentes veces esta convicción íntima, y mi bienhechor, me estaba sinceramente reconocido: en el instante de subir al carruaje, me estrechó otra vez las dos manos, y me dijo con una mirada en la que brillaba la confianza:

—Hasta mañana, mi buen Leon: Dios te dará fuerza para llenar felizmente tu noble mision.

Seguí con los ojos el carruaje, hasta que hubo desaparecido en un recodo del camino: despues salí del castillo, y tomé un sendero solitario: en presencia de Mr. Pavelyn, no habia podido reflexionar con toda la lucidez precisa, la nueva situacion donde sus deseos me habian colocado: pero cuando me hallé solo, cuando ya no tuve necesidad de dominar mi emocion, mi corazon empezó á palpar violentamente, me sentí palidecer, y que mis piernas se negaban á sostenerme: mi alma se sublevaba ante el sacrificio de su última esperanza: pero esta lucha, con el sentimiento del deber, no fué larga: bien pronto miré bajo otro punto de vista la tarea que me habia impuesto: yo amaba á la hija de mis bienhechores: acaso no habia hecho todo lo que debia, para combatir y sofocar esta inclinacion: quizá era yo verdaderamente culpable, hacía mis bienhechores y hacía Dios: yo habia buscado en mi conciencia toda especie de razones, para excusar mi debilidad: pero habia llegado la hora de probar que mi amor era bastante puro y bastante noble para inmolarse á la dicha de la que era objeto de él.

Ciertamente, era una mision bien penosa la que habia yo aceptado: preveia que muchas veces aun, mi corazon se desgarraria de angustia y de dolor, antes de que el sacrificio fuese consumado: pero ofrecia á Dios mis penas como un castigo de mi extravío, y si era culpable, él me otorgaria quizá, con su perdon, la paz del corazon que habia perdido.

Así meditando, y firmemente resuelto á arrojar de mí toda clase de pensamientos, que no fuesen los que pudiesen alentarme á cumplir lealmente mi terrible tarea, me dirijí á casa de mis padres, á fin de prepararme para el viaje del dia siguiente, que en medio de la generosa exaltacion de mi alma, deseaba llegase.

XXVI

CUANDO al dia siguiente bajé de la diligencia á la puerta de la ciudad, y entré en la calle que debía conducirme inmediatamente á casa de Mr. Pavelyn, me fué preciso reunir toda mi energía, para no desfallecer en el momento de ir á cumplir mi tarea: hasta entonces habia conseguido combatir mi vacilacion y mi temor: pero cuando cada paso me aproximaba al momento fatal, sentia que mis fuerzas me abandonaban: mi corazon latia violentamente, y de vez en cuando un estremecimiento glacial, recorria todo mi cuerpo: no era que yo vacilase en mi resolucion, ni que estuviese arrepentido de haber aceptado tan dolorosa mision: pero habia en mí un poder secreto que luchaba con mi voluntad, y del cual los esfuerzos tumultuosos, aumentaban á cada instante, mi espanto y mi sufrimiento.

Despues de haberme detenido dos veces en el camino para dominar mi agitacion, creí haber recobrado bastante calma, y llamé atrevidamente en casa de Mr. Pavelyn, el que, sabiendo la hora en que debia llegar, espiaba mi venida.

Salió al vestibulo á recibirme, me estrechó la mano, y me condujo en seguida al salon, donde su hija, sentada al lado de una ventana, y delante de una mesita de labor, se ocupaba de bordar.

—Hasta mañana, mi buen Leon: Dios te dará fuerza para llenar felizmente tu noble mision.

Seguí con los ojos el carruaje, hasta que hubo desaparecido en un recodo del camino: despues salí del castillo, y tomé un sendero solitario: en presencia de Mr. Pavelyn, no habia podido reflexionar con toda la lucidez precisa, la nueva situacion donde sus deseos me habian colocado: pero cuando me hallé solo, cuando ya no tuve necesidad de dominar mi emocion, mi corazon empezó á palpar violentamente, me sentí palidecer, y que mis piernas se negaban á sostenerme: mi alma se sublevaba ante el sacrificio de su última esperanza: pero esta lucha, con el sentimiento del deber, no fué larga: bien pronto miré bajo otro punto de vista la tarea que me habia impuesto: yo amaba á la hija de mis bienhechores: acaso no habia hecho todo lo que debia, para combatir y sofocar esta inclinacion: quizá era yo verdaderamente culpable, hacía mis bienhechores y hacía Dios: yo habia buscado en mi conciencia toda especie de razones, para excusar mi debilidad: pero habia llegado la hora de probar que mi amor era bastante puro y bastante noble para inmolarse á la dicha de la que era objeto de él.

Ciertamente, era una mision bien penosa la que habia yo aceptado: preveia que muchas veces aun, mi corazon se desgarraria de angustia y de dolor, antes de que el sacrificio fuese consumado: pero ofrecia á Dios mis penas como un castigo de mi extravío, y si era culpable, él me otorgaria quizá, con su perdon, la paz del corazon que habia perdido.

Así meditando, y firmemente resuelto á arrojar de mí toda clase de pensamientos, que no fuesen los que pudiesen alentarme á cumplir lealmente mi terrible tarea, me dirijí á casa de mis padres, á fin de prepararme para el viaje del dia siguiente, que en medio de la generosa exaltacion de mi alma, deseaba llegase.

XXVI

CUANDO al dia siguiente bajé de la diligencia á la puerta de la ciudad, y entré en la calle que debía conducirme inmediatamente á casa de Mr. Pavelyn, me fué preciso reunir toda mi energía, para no desfallecer en el momento de ir á cumplir mi tarea: hasta entonces habia conseguido combatir mi vacilacion y mi temor: pero cuando cada paso me aproximaba al momento fatal, sentia que mis fuerzas me abandonaban: mi corazon latia violentamente, y de vez en cuando un estremecimiento glacial, recorria todo mi cuerpo: no era que yo vacilase en mi resolucion, ni que estuviese arrepentido de haber aceptado tan dolorosa mision: pero habia en mí un poder secreto que luchaba con mi voluntad, y del cual los esfuerzos tumultuosos, aumentaban á cada instante, mi espanto y mi sufrimiento.

Despues de haberme detenido dos veces en el camino para dominar mi agitacion, creí haber recobrado bastante calma, y llamé atrevidamente en casa de Mr. Pavelyn, el que, sabiendo la hora en que debia llegar, espiaba mi venida.

Salió al vestibulo á recibirme, me estrechó la mano, y me condujo en seguida al salon, donde su hija, sentada al lado de una ventana, y delante de una mesita de labor, se ocupaba de bordar.

—Mira, Rosa! exclamó su padre: aquí está Leon que viene á vernos!

Alzó ella la peregrina cabeza que tenia inclinada sobre su labor: su rostro se iluminó con un resplandor de alegría indescriptible y sus ojos me enviaron una mirada de amor y de gratitud.

¡Pobre víctima de una pasión prohibida! Mi sola vista la hacia dichosa!

El efecto de esta demostracion, produjo sobre mí tan profundo pesar, que tuve que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas que me salian á los ojos. Pero Rosa á quien mi llegada inesperada habia sorprendido, se hizo inmediatamente dueña de mi emocion; despues de haber balbuceado un amable saludo, habia recobrado toda su calma, y en sus respuestas á lo que su padre y yo le decíamos, nada podia hallarse que significase se hallaba conmovida.

Hablamos durante algun tiempo de cosas casi indiferentes, y despues Mr. Pavelyn llevó la conversacion hácia el matrimonio; me habló del de su hija como si yo lo ignorase por completo, y enumeró todas las razones que debian decidirla á aceptar esta brillante alianza, preguntándome en seguida cuál era mi opinion acerca de este punto.

—No puede haber ninguna duda, respondí; la señorita debe aceptar, porque esta union...

Una mirada de Rosa hizo espirar la palabra sobre mis labios; ví que me consideraba con asombro, con reproche, con espanto; una dolorosa sonrisa erraba en sus labios, sonrisa casi imperceptible, pero convulsiva como la de una persona que ha recibido una herida mortal, y que no quiere quejarse.

Mr. Pavelyn notó mi vacilacion, vino á mi socorro y dijo algunas palabras para animarme á continuar mi empeño.

Volví á empezar con dulzura, pero con resolucion, mi dura tarea, aconsejándole el matrimonio. Rosa habia in-

clinado la cabeza y parecia escucharme, no con paciencia sino con la indiferencia mas completa.

Desde luego traté de hacer valer la gran fortuna de Conrado de Somerghem, su alta nobleza y la excelencia de sus cualidades: iba despues á invocar la razon principal y á hablar á Rosa de su enfermedad y de la pena de sus padres, cuando Mr. Pavelyn salió de la habitacion; la pobre niña siguió á su padre con los ojos, y me consideró despues con una mirada que me hizo temblar y me heló de estupor; ¡cuán claro es el lenguaje del alma! Rosa no habia hablado, y sin embargo, yo habia comprendido, palabra por palabra, cuanto queria decirme!

¡Ay! Me acusaba de haber conspirado con su padre para violentar sus sentimientos; me acusaba por aquel engaño cruel y por la herida con la que acababa de desgarrar involuntariamente su corazon.

Mi conmocion era extraordinaria: balbuceé algunas palabras de excusa; pero ella con una calma que me dominó, me dijo dulcemente:

—Bien está, Leon, continuad: cumplid sin vacilar vuestra mision: os escucharé hasta el fin.

Sentí las lágrimas prontas á brotar á mis ojos: mi corazon se hallaba oprimido y notaba que una angustiosa palidez se extendia por mi rostro: entonces el temor, hizo que opusiese á mi emocion una violenta resistencia: llamé á mi socorro la conciencia de mi deber y la energia de mi voluntad y repuse con voz temblorosa:

—Rosa, estais enferma! vuestros padres temen una desgracia espantosa! ah! libradlos de esa angustia que abreviará sus dias! os han dado la vida, y todas sus esperanzas se han concentrado en vos! Si una dolencia terrible arrebatare á su hija, á su única hija, moririan de desesperacion! por mas que sea un sacrificio, un penoso sacrificio el que se exige de vos, aceptadle, yo os lo suplico por el amor de vuestro buen padre, por piedad hácia vuestra madre!

Me detuve, esperando haber producido alguna impresion sobre el espíritu de Rosa; pero bien pronto conocí que me habia engañado.

—Desgraciado Leon! exclamó: por qué revolver así el puñal, en la herida de vuestro corazon y en la del mio? decís que la consuncion me amenaza: es preciso esperar-la con valor: porque para aceptar el matrimonio que me proponen, me seria preciso matar en mi corazon un sentimiento que ha llegado á ser mi vida misma! mas quiero morir de consuncion: entonces á lo menos no profanaré el sentimiento que llena mi alma! entonces le llevaré conmigo á la tumba, sin haberle manchado con una promesa perjura!

Yo quedé tan aterrado al ver salir así de improviso el secreto de su corazon: sus espantosas palabras, consuncion, muerte, tumba, me inspiraron tal estupor y una tan viva piedad que un torrente de lágrimas brotó de mis ojos: quise hablar y la voz quedó ahogada en mi garganta.

—No lloreis, me dijo ella con una dulce y suave sonrisa: la cruel fatalidad que sobre nosotros pesa no puede conjurarse por medio de las lágrimas. Dios nos ha rehusado la dicha sobre la tierra: doblemos la cabeza con resignacion y sin quejarnos: yo moriré quizá: pero ¿por qué creer que no hay esperanza despues de la muerte? no hay una segunda vida mejor que esta?

Loco, fuera de mí, sucumbiendo á mi dolor, exclamé con una voz entrecortada por los sollozos:

—No, no! vos no podeis morir, Rosa! Oh Rosa, escuchadme! ese matrimonio debe destrozar un corazon del cual cada latido era un suspiro para vos: debe envenenar una vida que solo consistia en amaros: debe matar una alma que os adoraba como á la Divinidad: pero debe tambien salvaros de la muerte que os amenaza y evitar á vuestros padres, á mis bienhechores, la mas espantosa desesperacion: ese matrimonio debe excusar vuestro ex-

travio delante de Dios. . . ¡Oh, Rosa! por los recuerdos de nuestra infancia, por todo lo que he esperado y sufrido, por mi amor insensato, pero sin límites, por vos, que me habeis hecho artista. ¡Oh! yo os lo confieso, dejaos persuadir! Concededme el solo medio que tengo de mostrarme reconocido á los beneficios de vuestro padre, y no me quiteis la esperanza de que vos quedareis en la tierra para cerrar sus ojos. ¡Ah, mirad, Rosa, mirad! os lo suplico de rodillas! escuchadme, escuchad mi ruego!

Dejéme caer á sus piés vertiendo abundantes lágrimas, y alzando hácia ella mis manos suplicantes: mas en su bello rostro habia una mudanza que me llenó de admiracion: una alegría escesiva brillaba en todas sus facciones: los bienaventurados, que ven entreabrirse el cielo, no pueden tener una sonrisa mas celeste: mientras yo le repetia mi ruego ella me tendió la mano y me dijo:

—Ah! estaba segura, y sin embargo no me atrevia á creerlo del todo! Ahora la duda ha huido de mí; gracias, Leon! si Dios ha dispuesto de mi vida ahora ya puedo morir!

En aquel instante fui herido de una conmocion terrible: me puse de pié, pálido y tembloroso y dejé escapar un grito sofocado: una puerta acababa de abrirse y Mr. Pavelyn me habia visto arrodillado á los piés de su hija.

Y sin embargo, no era esto lo que mas me agitaba, porque hubiera podido explicarle fácilmente mi actitud suplicante; pero en la mirada que fijó sobre mí habia tanta amargura y un furor tan sombrío, aunque procurase dominarlo, que no pude dudar de que habia sorprendido el secreto de mi amor por su hija.

Sin articular una palabra, Mr. Pavelyn atravesó lentamente la estancia, y fué á tirar del cordon de la campanilla, esperando en pié la llegada del criado: fué aquel un momento de ansiedad terrible: un silencio de muerte reinaba en la habitacion. Rosa tenia los ojos bajos: yo

hube de apoyarme en la chimenea, porque mis piernas se negaban á sostenerme.

Una criada fué la que apareció.

—Decid á la señora, ordenó Mr. Pavelyn, que la señorita le suplica venga al instante.

Cuando la criada hubo desaparecido, se volvió á mí y me dijo con una voz que heló la sangre en mis venas:

—Seguidme: tenemos que hablar.

Y como en mi turbacion y desfallecimiento yo no me apresurase á seguirle, tomó mi mano y me llevó hácia la puerta: cerca ya de salir, volví la cabeza con un movimiento involuntario: era que mi alma queria dar en una última mirada, un eterno adios á la que amaba.

Ví á Rosa en pie y señalándome al cielo como una profetisa: sus facciones parecían iluminadas con una luz interior: la esperanza y la fé brillaban en sus ojos: yo comprendí que me decia adios, hasta el cielo.

Mr. Pavelyn pareció afectarse penosamente con la actitud de su hija, porque me sacó precipitadamente de allí y me llevó á su cuarto, cerrando en seguida la puerta.

Abrumado bajo el peso de mi vergüenza y casi insensible, permanecí inmóvil en el sitio en que mi bienhechor me habia dejado. Cruzó él los brazos sobre el pecho y me miró silenciosamente: no pudiendo soportar aquella mirada, me dejé caer en una silla, ocultando el rostro entre las manos.

—¡Hé aquí mi recompensa! exclamó Mr. Pavelyn despues de un largo silencio y con la voz alterada: este sér que he sacado de la pobreza, á quien he amado como á un hijo, á quien he colmado de beneficios; este sér era una serpiente que se ha deslizado en mi familia para envenenar mi vida! El hijo del fabricante de zuecos, no contento con atreverse á levantar los ojos hasta la heredera de mi fortuna y mi nombre, queria arrastrarla á que participase de su culpable amor! ¡Insensato! ¿cómo

no ha tenido bastante poder la gratitud para sofocar en vuestro corazon semejante locura? ¡No veíais que íbais á cometer una cobardía, un crimen? ¡Qué habíais osado creer? ¡Qué os habeis atrevido á esperar? ¡Ah! esto es para mí como la maldicion de Dios!

Yo estaba pálido como la muerte: temblaba: me torcia las manos desesperadamente: tendia los brazos hácia Mr. Pavelyn, balbuceaba palabras confusas: mi conmocion extraordinaria, mi angustia mortal, mi sombría desesperacion despertaron alguna piedad en el noble corazon de mi bienhechor, porque fué con menos cólera como volvió á tomar la palabra.

—No, no repitais la confesion de vuestro culpable extravío! Todo lo he oido ¡ay de mí! Que el cielo os perdone: en tanto que yo os dedicaba el mas tierno afecto; en tanto que pensaba dia y noche en vuestro porvenir, vos hablábais á mi hija de un amor que debia envenenar la vida de todos y cubrir hasta nuestra tumba de vergüenza!

La sangrienta herida que me infirió esta acusacion, me volvió la palabra: á través de mis sollozos, probé á hacer comprender á Mr. Pavelyn que antes de aquel dia fatal, jamás habia dejado conocer ni por una palabra, ni por un gesto la desgraciada pasion que alimentaba por su hija: le dije cuánto habia luchado y sufrido: cómo me habia marchado á mi aldea con la firme intencion de no volver jamás á Amberes, y cómo mi decadencia y mi fiebre no eran mas que la consecuencia del combate desesperado que sostenia conmigo mismo.

En fin, arrojándome á los piés de mi bienhechor y regándolos con mis lágrimas, imploré su piedad y su perdón: le aseguré que queria huir, aunque fuese al fin de la tierra; pero que le suplicaba no descargase sobre mí el peso de su maldicion.

Hízome levantar con un gesto breve, y me respondió:

XXVII

AL terminar el primer día de mi fuga, caí aniquilado de fatiga á la entrada de un pueblo, no lejos de Bruselas: aunque habia rehusado el cuantioso donativo de mi protector, al cual no quise llegar, no me hallaba absolutamente sin dinero: tenia tres luises de oro y cuatro ó cinco francos en el bolsillo: despues de algunos instantes de reposo, entré en el pueblo y busqué un meson.

Al día siguiente, al amanecer, emprendí de nuevo mi viaje, en direccion á Francia, pensando que en aquel gran país, del cual conocia yo el idioma á la perfeccion, encontraria mejor que en ninguna otra parte, los medios de ocultarme y de ganar mi amarga vida, sin que nadie supiese de mí en Amberes.

Despues de haber caminado á pié durante cuatro días, sin ningun descanso, me hallé, al fin, en un pequeño pueblo, situado en las inmediaciones de Compiègne.

Estando ya á una distancia de Rosa, de cincuenta á sesenta leguas; sabiendo que me hallaba lejos de todos los caminos frecuentados, y seguro de que no se podrian descubrir los rastros de mi huida, no sentia ya la necesidad de continuar mi viaje: las buenas gentes, en cuya casa me habia alojado, no me inquietaban con preguntas indiscretas, ni se asombraban de mi singular taciturnidad.

Rodeaba al pueblo una hermosa campiña, en la cual podia meditar á mi gusto; y á poca distancia se extendia el bosque imperial de Compiègne, donde los desgraciados podian sepultarse en la mas profunda soledad con sus tristes pensamientos.

En los lugares mas sombríos de este bosque era donde yo pasaba los días, inmóvil durante horas enteras, los ojos fijos en el mismo sitio y los brazos cruzados sobre el pecho: ó bien iba y venia riendo, suspirando y regando la yerba con mis lágrimas, hasta que la campana del medio día ó la oscuridad de la noche me llamaban de nuevo al pueblo.

Pensaba en mi madre, en Mr. Pavelyn, en mi porvenir perdido: sentia, además, crueles remordimientos de conciencia: veia llorar á mis bienhechores á la vista del desfallecimiento de su hija; veia salir de sus bocas una maldicion al ingrato, cuyo orgullo insensato era la causa de la desgracia de su vida: mas por espantosos que fueran los recuerdos, y las visiones que cruzaban por delante de mis ojos, hallaba en mi alma enferma, bastante fuerza para arrojarlas y para evocar en su lugar otra imagen, una resplandeciente y admirable aparicion; Rosa se elevaba ante mis ojos de entre las nieblas del bosque, con la sonrisa de la esperanza en los labios, el fuego del entusiasmo en la mirada, y mostrándome el cielo con el dedo, como lo habia hecho el día de nuestro fatal y eterno adios.

Otras veces escuchaba una voz quejumbrosa y veia, á través del follaje, la aérea sombra de una vírgen angélica: era el alma de Rosa que venia á repetirme la confesion de su amor, y que decia:—Antes morir que ser de otro!

Y entonces, extasiado, olvidado del mundo entero, me sentia mas dichoso que todos los hombres, y reia en el fondo del bosque solitario, como un pobre loco que ha perdido la conciencia de sí mismo.

A pesar del desarreglo enfermizo de mi espíritu, pen-

saba yo en mi madre, con una profunda inquietud; no debía extrañarse durante la primer semana de mi estancia en Amberes, mas al fin debía informarse de mí y entonces ¿de qué golpe tan terrible no sería herida al saber que habia desaparecido sin dejar ninguna noticia de mi huida! Yo debía y quería escribirle; pero ¿qué le diría en mi carta? Me era imposible revelarle la verdad, porque queria cumplir con una fidelidad religiosa la promesa que habia hecho á mi bienhechor; veinte veces me incliné sobre el papel para empezar una carta engañosa; pero la mentira no queria salir de mi pluma.

Después de una lucha, que duró cuatro dias, cedí en fin á la imperiosa necesidad, y escribí á mi madre. Le dije entre mil protestas de amor é implorando su perdon, que deseaba emprender un viaje á Francia, Alemania é Italia, para completar mi educacion artistica: que habia partido sin decirles adios, por temor de que mis padres ó Mr. Pavelyn me disuadiesen de mi propósito, porque éste me perseguía desde hacia un año y habia sido la causa de mi enfermedad; añadía que no debía estar inquieta por mí, que le enviaría con frecuencia noticias mías, que pensaría siempre en ella con ternura, y que volvería lo mas pronto posible con la firme voluntad de embellecer su ancianidad y de hacerla dichosa.

Para no dejar adivinar á mis padres el sitio de mi residencia, tomé el coche del correo que pasaba por el camino real y fuí á Reines, donde eché la carta al buzón: por la tarde estaba de vuelta en el pueblo.

Esta carta á mi madre me habia costado esfuerzos increíbles; pero cuando hubo partido y tuve la seguridad de que mis padres quedarían tranquilos á lo menos acerca de mi existencia, sentí mi corazón libre de un peso sofocante, y mi espíritu quedó libre para entregarse por completo á sus continuos sueños.

No hubiera pensado durante largo tiempo en abando-

nar aquel pueblo solitario, porque amaba el bosque de Compiègne y sus calles umbrosas y llenas de silencio y magestad; pero me apercibí muy pronto de que mi bolsillo estaba casi agotado; por otra parte, mi singular método de vida, empezaba á llamar la atención en la aldea; y me hacian preguntas indiscretas que me disgustaban, era, pues, forzoso tomar un partido y salir de allí: París era el único sitio donde podía dirigirme con la esperanza de quedar desconocido y oculto, y donde podía hallar trabajo como escultor, á fin de huir de la miseria que me amenazaba.

Dos dias después entraba con mi baston de viaje por apoyo, en la capital de Francia: durante una semana, me alojé en un cuartito amueblado de un modesto hotel: pero después, atraído á la economía por la vista de mi última moneda de cinco francos, busqué un alojamiento menos costoso, y tomé posesion de un chiribitil, situado en el último piso ó buhardilla de una casa situada en la montaña de Santa Genoveva, detrás del Panteon.

Desde allí mis ojos abrazaban todo el panorama de la inmensa ciudad, y podian perderse durante horas enteras en el horizonte nebuloso, como en el infinito.

A mis piés sonaba el apagado ruido de millares de carruajes: oía en la casa que me servía de asilo el canto de gentes gozosas, los gritos de los niños y las voces de las personas que subian y bajaban la escalera: pero todos estos rumores eran extraños para mí, y en medio de París y de su inmensa poblacion me sentía mas lejos del mundo y mas aislado que en el pueblecito perdido en el bosque de Compiègne.

Desde la primera hora de habitar aquel cuartito, le tomé cariño: ¿qué otra patria podia hallar mejor para mi alma entristecida, que aquel recinto estrecho, perdido bajo el techo de una casa, que era por sí misma un pequeño mundo, pero con un horizonte, sin límites, donde mis pensamientos podian volar con toda libertad?

Si la necesidad no hubiera interrumpido mis sueños, pareceme que hubiera pasado toda mi vida con la cabeza reclinada en mi ventana: pero no habia medio de olvidar que la pobreza estaba á mi lado: me arranqué pues de aquel sitio encantador y bajé á la calle para ir á pedir trabajo á casa de los estatuarios, como ya lo habia hecho infructuosamente durante muchos dias.

Aquel dia estaba decretado el que fuera mas dichoso: me dirijí á casa de un escultor de gran nombradía que tenia su taller en la calle del Sena y dije que era un jóven artista, que habia ganado la medalla de honor en la Academia de Amberes, y que habia venido á Paris para perfeccionar mis estudios: pero que hallándome sin medios de vivir, me veia obligado á buscar trabajo para ganar algun dinero.

La humildad de mi lenguaje le inspiró sin duda confianza: porque no me hizo ninguna pregunta, y me condujo en seguida á un gran taller donde muchos jóvenes y algunos hombres de edad madura, estaban ocupados en esculpir, en madera y en piedra de distintos géneros, estatuas y ornamentos diferentes: llamó al director del taller: le dijo algunas palabras en voz baja, y despues se volvió hácia mí.

—Vamos á ponerlos á prueba, jóven, me dijo: yo veré esta tarde lo que sabeis: si quedo contento os daré trabajo; á la obra pues, y valor!

Trajéronme los aprendices un caballete, un modelo de yeso que representaba un arcángel, y un trozo de madera de tilo, en el cual debia copiar la cabeza del modelo, en un tamaño cuatro veces mayor: al mismo tiempo me dieron toda clase de útiles, y una blusa gris, para que no se mancharan mis vestidos.

Por la tarde, la cabeza del ángel estaba casi terminada, y yo me hallaba contento con la seguridad de haber salido felizmente de mi ensayo: así pues, trabajaba con tanto

ardor, que no reparé en que el escultor estaba detrás de mí, y contemplaba desde hacia largo rato mi obra.

Avisóme de su presencia un golpecito que me dió en la espalda.

—Oh amiguito! me dijo con amable sonrisa: ¿con que os permitís corregir el modelo? me gusta eso, porque la osadía vá muchas veces á la par con el talento en el camino del arte: estoy muy satisfecho de vos, y trabajareis para mí: y para haceros ver lo que me interesa el talento en la juventud, os daré el salario de un primer obrero.

Desde aquel dia trabajé en el gran taller en medio de numerosos compañeros; se estaba ejecutando para una iglesia de la ciudad de Burdeos, un altar mayor, con todas las estatuas y ornamentos: la obra estaba atrasada y corria prisa; á esta circunstancia debí mi admision inmediata.

Desde el primer dia de mi entrada en el taller mis compañeros habian tratado de saber quién era: al principio excusaron mi discrecion y mi reserva, pero bien pronto mi insistente silencio les agrió, y yo llegué á ser el objeto de sus burlas, y casi de su odio.

Esta disposicion hostil de mis camaradas me affigia: hice todos los esfuerzos posibles para ser mas comunicativo, para serles mas agradable; pero por mas violencia que me hacia, no conseguia arrojar de mí, las imágenes, que hasta cuando trabajaba con ardor, estaban sin cesar presentes á mi espíritu, y le llevaban al mundo de las ideas tristes: ¡Rosa! siempre Rosa! Rosa que me mostraba el cielo como la patria de los pobres desheredados de la dicha, y que murmuraba á mi oído:

—Antes que ser de otro... morir!

Cuando el fin de las horas de trabajo, me devolvía mi libertad, tomaba yo vuelo como un pájaro escapado de su jaula, hácia la montaña de Santa Genoveva, y me sentaba delante de la pequeña ventana, contemplando con

una mirada vaga los reflejos dorados de la tarde, y soñando con *Ella*, con su mirada, con su sonrisa, y con su amor; ó bien pensando con su enfermedad, y en la tristeza de mi pobre madre, lloraba y suplicaba á Dios, con las manos elevadas al cielo, que me perdonase, en su misericordia infinita, no dejando mi sitio hasta que la fatiga me obligaba á acostarme, para reparar mis fuerzas.

XXVIII

DOS meses haria que trabajaba con mis compañeros en la conclusion del altar, cuando un dia el escultor me llamó á su taller particular.

Mostróme un bello modelo de yeso en cuya áncora simbólica reconocí una personificación de la Esperanza, y me dijo que lo examinase con atencion, porque deseaba saber mi parecer.

Le obedecí; pero al ver que guardaba silencio, me preguntó:

—¿Qué os parece esta estatua?

—Tal como está comprendida, la encuentro extremadamente bella, le contesté tímidamente.

—Tal cual está comprendida? hay, pues, alguna restriccion? vamos, hablad con franqueza: no os he llamado para oír vuestros elogios: yo sé bien que alguna cosa falta á este ensayo: si podeis hallar lo que es, me hareis un gran favor, porque empiezo á disgustarme grandemente de buscar yo en vano.

—Mi talento es demasiado limitado, murmuré, para que me atreva á criticar tan bella obra: sin embargo, estoy seguro de que si la hubiera ejecutado yo, la imaginacion me la hubiera hecho concebir mas inferior; pero la ejecucion no hubiera sido la misma.

—Pero ¿cómo la hubierais concebido? eso es lo que yo deseo saber! exclamó el escultor con impaciencia.

Le dije entonces, que á mi parecer, la belleza corporal que los griegos buscaban, respondía á no dudarlo, á sus costumbres y á su religion; pero que el cristianismo, mirando el cuerpo como polvo, tenía por fin en el arte, el traducir las emociones del alma inmortal: añadí que el modelo de la Esperanza, si hubiese sido obra mia, no se hubiera parecido á una divinidad griega; y que la hubiera hecho mucho mas humana que la que estaba mirando.

Mi maestro me oía con placer, y me pidió que le dijese algo acerca del rostro de la estatua: con la mayor delicadeza posible traté de hacerle comprender que hallaba la expresion demasiado tranquila, demasiado fria y falta de entusiasmo hácia *El*, que es la fuente de toda esperanza: insensiblemente me dejé arrastrar por mi sentimiento: se habia herido una de las cuerdas de mi corazon, que no necesitaba tanto para vibrar con violencia: representé á la Esperanza como el origen supremo de toda fé, de toda religion, de toda alegría, y hablaba con íntima conviccion; porque si el Creador no hubiese puesto en el corazon del hombre esa centella luminosa que se llama esperanza, ¿dónde hubiera hallado yo la razon y la fuerza para soportar los sacrificios, los dolores y el trabajo de la vida, no sabiendo que un Sér Supremo cuenta nuestras penas?

Mi maestro se enterneció profundamente con mi lenguaje entusiasta, y aunque me dijo que me dejaba exaltar hasta la exageracion, me estrechó la mano con una satisfaccion sincera.

Me explicó por qué aquel modelo le disgustaba, segun me habia dicho: un banquero excesivamente rico, y poseedor de un magnífico gabinete de objetos de arte, le habia encargado una estatua de la Esperanza para colocarla en medio de muchas obras maestras de escultura:

ese banquero, de origen aleman, era un hombre muy religioso, y tenía, acerca del arte, otras ideas que las que reinaban en Francia: muchas veces ya habia venido á ver el modelo, y siempre se habia mostrado descontento, á pesar de las numerosas modificaciones que el escultor habia hecho: el banquero tenía las mismas ideas que yo, acerca del arte, y esto, asombraba mucho á mi maestro: éste daba mucha importancia á poder contentar al rico aficionado, y me rogó que le dijese de una manera mas precisa y mas detallada, como yo creia, que la actitud, la expresion y las formas de su estatua debian ser para responder al deseo del banquero.

Hablé durante tan largo tiempo, y aconsejé tantos cambios, que al fin ninguna de las partes de su composicion habia escapado á mi crítica: sin embargo, como me expresaba con mucho respeto, mi franqueza no hirió al escultor; solamente sacudió la cabeza con aire pensativo, y me dijo:

—Vosotros, los hombres del Norte, comprendéis el arte de otro modo que hoy lo comprendemos en Francia: ¿quién tiene razon? dejemos la cuestion pendiente: en cuanto á mí, ya soy viejo, y no es á mi edad cuando se cambia el modo de ver las cosas: me es imposible complacer al banquero: y sin embargo, me sería muy sensible el perder su estimacion y la poderosa proteccion que me dispensa.

Hubo un momento de silencio.

—Hijo mio, me preguntó de repente el maestro, si os rogase que hiciérais una prueba, acertaríais á poner en ella el sello de vuestros sentimientos, acerca del arte cristiano?

—En cuanto á la idea, á lo menos, me atrevo á esperar, respondí: en cuanto á las formas y sus proporciones, vuestra mano maestra es la que debe conseguirlas: porque en este punto soy novicio é inexperto, señor.

—Así es como yo lo entiendo! exclamó el escultor con alegría: parto mañana á Burdeos, con el altar terminado: para su colocacion, deberé estar ausente ocho dias: hay allá arriba en el piso terçero un cuartito donde yo trabajo y medito algunas veces: haré llevar allí barro preparado, y vos hareis vuestro ensayo: tirando de la campañilla, uno de los aprendices irá siempre á recibir vuestras órdenes: os guardareis la llave de esa habitacion, y yo prohibiré severamente el que nadie vaya á incomodaros: aprovechad el tiempo y adelantad el bosquejo todo lo posible: estoy curioso por saber hasta dónde alcanzan vuestras fuerzas: así está dicho: desde mañana os poneis á la obra, y me hareis el bosquejo de una Esperanza cristiana.

Le ofrecí hacer cuanto pudiera para merecer su aprobacion, y al dia siguiente dí principio á la obra con ardor, porque estaba tan exaltado y veia mi ideal tan claro y tan viviente, por decirlo así, que juzgué inútil el diseñar en pequeño para guiarme en mi trabajo.

¿Qué sería mi estatua? ¿Dónde hallaria yo mi inspiracion? Nadie como yo habia visto en la tierra la esperanza encarnada en una criatura humana.

¡Rosa! Rosa con su dedo elevado al cielo, con toda el alma en sus ojos, con el rostro iluminado y radiante con la fé en una vida mejor, levantado hácia Dios, fuente de toda esperanza!

Oh! yo era aun artista! Toda la vivacidad de mi espíritu me habia sido devuelta, solo pensaba en mi creacion y me sentia tan dichoso y tan grande que sin saberlo humedecía con lágrimas la arcilla que movia entre mis dedos febriles: y ¿cómo podría ser otra cosa? Lo que hacia era la encarnacion de mi amor, de mi creencia, de mi esperanza: Rosa estaba allí, delante de mí, como el ángel inspirador del artista; trabajando me sentia mas cerca de ella, en comunicacion mas íntima con su alma que du-

rante mis sueños mas lisonjeros: así, la arcilla tomaba forma como por encanto entre mis manos: si estas manos hubieran sido veinte no hubieran podido trabajar mas aprisa.

Sin embargo, cuando hube modelado enteramente mi estatua y la ví con su carácter propio aunque toscamente delineada, me espantó una dificultad que en vano habia tratado de superar: no solamente mi estatua tenia la actitud solemne y la expresion entusiasta de Rosa en el instante en que me habia dicho adios, hasta el cielo, sino que era exactamente su figura la que mi mano habia producido, imprimiendo en sus facciones y en sus formas enflaquecidas el sello de una extrema y doliente languidez: mi estatua era pues demasiado débil de formas y demasiado delgada.

Luché mucho tiempo antes de poder corregir este defecto: en fin, lo conseguí en parte y mi bosquejo adquirió cierta redondez que bastaba, al menos, para quitarle su apariencia enfermiza.

Entonces me puse á trabajar con mas confianza y mas ardor y apresuré tan vivamente la ejecucion, que pasé casi todo el octavo dia en contemplar mi obra con enagenamiento, no hallando ya ninguna correccion que hacer en ella.

Mi maestro llegó por la tarde: reconocí su voz en la escalera y esperé con el corazon palpitante que abriese la puerta de mi cuarto: ¿cuál iba á ser su juicio? en fin, apareció, y exclamó al entrar:

—Y bien, amigo mio, ¿cómo va eso? ¿Se ha trabajado mucho? Veamos como comprendéis á la esperanza cristiana.

Al decir estas palabras se aproximó á mi estatua: pero casi al mismo instante retrocedió herido de un sentimiento del que no pude darme cuenta, y la consideró algun tiempo hablándose á sí mismo: despues se lanzó hácia

mí, me tomó la mano, me la estrechó con fuerza y me dijo con voz conmovida:

—Sois un artista! oh! sois un gran artista! las formas son demasiado delgadas, pero esta falta tan ligera la hará desaparecer mi mano; vos teneis demasiada inspiracion y demasiado talento para adquirir con el tiempo una gran celebridad: pobre jóven! perdeis aquí un tiempo precioso para vos, para trabajar la madera y la piedra, y solo ganais un pedazo de pan! esto no es justo y debe tratarse á las gentes segun su mérito: yo os procuraré los medios de haceros conocer y entre tanto desde hoy doblo vuestro sueldo en tanto que esteis aquí; no sereis para mí un obrero sino un amigo, hablaremos juntos del arte y traeremos á la conversacion, vos, el entusiasmo de vuestro corazon jóven y ardiente, yo la experiencia, y ambos ganaremos.

Dí gracias profundamente conmovido á mi generoso maestro; pero él apenas me dejó tiempo para expresar lo que sentia.

—Corro á casa del banquero, me dijo, es preciso que venga al instante: muy difícil de gusto ha de ser si no queda contento esta vez; si está en casa le traeré conmigo: quitad de ahí esos pedazos de arcilla y levantad un poco la cortina, vuestra estatua tiene poca luz.

Dichas estas palabras bajó la escalera de cuatro en cuatro, dejándome entregado á una viva impresion de orgullo y de alegría.

Media hora despues oí ruido de pasos que salian de la escalera de mi taller: me retiré á un rincon de mi habitacion y me senté delante de una mesa figurando que dibujaba.

Apenas se abrió la puerta oí un grito de admiracion lanzado por el banquero, que dijo á mi maestro.

—Esto es soberbio! os felicito con toda mi alma! habeis al fin comprendido mejor que yo mismo lo que deseaba! recibid toda mi gratitud. ¡Oh! aquí vive la naturaleza! y

qué expresion! qué aspiracion á Dios! sí, sí, así es como se debe representar la Esperanza de los cristianos!

—¿Y si os dijese que no soy yo el autor de esta estatua? preguntó el maestro.

—¿Qué quereis decir? exclamó el banquero sorprendido.

—Que yo puedo mejorar aquí alguna cosa: la figura es demasiado delgada, y hay algunos detalles en ella que deben ser corregidos: pero no soy capaz de atribuirme el mérito de otro: el autor de esta estatua que admirais, es aquel jóven que se ocupa ahora en dibujar.

Y volviéndose hácia á mí, añadió:

—Venid, amigo mio: venid á recibir los elogios, que os pertenecen de derecho.

Obedecí. El banquero se acercó á mí, y se puso á elogiarme calorosamente mi obra: conmovido y confuso, tenia la vista inclinada: pero el maestro me tocó en el hombro, y exclamó:

—¡Ah, mi querido Leon! no esteis semejante á una jóven tímida: alzá la cabeza, pues un artista como vos, tiene derecho para hacerlo!

El banquero se dió una palmada en la frente.

—Leon! es extraño! dijo en voz baja: maestro, yo conozco á todos vuestros discípulos, mas á este jóven, no le habia visto todavía. ¿Os llamais Mr. Leon? prosiguió dirigiéndose á mí: perdonad mi indiscrecion: pero desearia saber quién es vuestra familia y en qué sitio habitan vuestros padres: cuál es la patria que tiene la dicha de haberos visto nacer.

Contesté con sinceridad y franqueza á todas sus preguntas.

—¡Es increíble! exclamó: sin esta estatua, jamás os hubiera hablado, y sin embargo, hace quince dias que os busco en todos los talleres de escultura de Paris: pero ¿cómo habria de pensar hallaros en una casa donde co-

no veo á todos? amigo mío, tengo una carta para vos: una carta muy urgente: es de un rico negociante de Amberes, que debeis conocer, y que se llama Mr. Pavelyn: ignoro lo que desea de vos, porque me suplica que os busque y que os dé su carta: le he escrito que nada dejaria por hacer, para cumplir su ardiente deseo: ahora mismo voy á enviar á mi criado que me espera abajo, para que pida esa carta á mi secretario: irá en mi coche, y volverá al instante.

El banquero bajó para dar sus órdenes, y volvió á subir al taller: miró de nuevo mi estatua: alabó en particular cada uno de sus méritos; habló conmigo del arte pagano, del arte gótico y del arte moderno, y me ofreció su poderosa protección.

Fué interrumpido por la llegada de su criado, que le dió una carta cerrada, la que me entregó inmediatamente.

Era, sin duda, la mano de Mr. Pavelyn, la que habia escrito mi nombre en el sobre: pálido y temblando la abrí: pero despues de reconocer las dos primeras líneas, un velo se extendió ante mis ojos: dejé escapar un grito desgarrador y mis piernas flaquearon, y me dejé caer al pié de la estatua.

El maestro me levantó en sus brazos: el criado tomó un vaso de agua y humedeció mis sienes: pero no estaba del todo desmayado, é hice señal de que me dejasen respirar un poco: no podia creer en lo que decia aquel papel abierto aun delante de mis ojos: mi primer movimiento fué recogerlo y volverlo á leer: entonces repetí en voz alta las terribles palabras que me habian hecho sucumbir á mi dolor y á mi espanto.

—¡Venid, venid pronto, Leon! ¡Ay! ¡Ella camina con paso rápido hácia la tumba! ¡Una sola esperanza nos queda! ¡Vuestra presencia pueda, quizá, salvarle la vida...! ¡Venid! mi pobre Rosa os llama dia y noche!

No pude leer mas: me arranqué la blusa, y tomé mis vestidos.

—¿Qué teneis? ¿Qué vais á hacer? exclamó el maestro, espantado de la violencia de mis movimientos.

—¡Partir! ¡Debo partir...! ¡Ella me llama! ¡Se muere!... ¡Adios!...

—Ella se muere! ¿Quién?

—¡Allá... allá... en Amberes! ¡Es ella! ¡La Esperanza! Mi estatua, ahullé yo como un loco.

El maestro se colocó delante de la puerta y me cerró el paso.

—¡Pobre jóven! dijo: ¡No puedo dejaros partir así! ¡Vuestro cerebro no está sano!

—¡Oh no, no! exclamé con tono suplicante y con las manos juntas: ¡Os engañais, señor mío! ¡No estoy loco! ¡Oid y juzgad!... Yo era un pobre niño mudo: otra niña, hija de una familia rica, me ha sacado de la miseria, me ha instruido, ha hecho de mí un artista: mujer ya, ha amado á su protegido con tanta pasión, que va á pagar con su vida este malhadado amor! ¡Quizá en este momento está ya inmóvil en su lecho de muerte: ella me llama para salvarla ó para cerrarle los ojos: ¡Y podria yo dejar de volar hácia ella? ¡Ah, yo os lo suplico: Dejadme partir!

—Ya comprendo, dijo el maestro con los ojos llenos de lágrimas; pero á lo menos no ireis á Amberes á pié: ¿Teneis dinero?

—¿Dinero? repetí, creo que sí, en mi cuarto... Acaso es demasiado poco.

El generoso artista vació en mi mano su bolsillo que contenia algunos luises, y me dijo:

—Tomad: que Dios os proteja en vuestro viaje: partid lo antes posible: ya arreglaremos cuentas.

No bien ví la puerta libre, me lancé á la escalera con un grito de alegría.

Dos horas despues, estaba en una silla de posta, que corria hácia Bélgica.

DESPUES de un viaje rápido, que sin embargo pareció muy lento á mi febril impaciencia, llegué á Amberes, por la tarde: antes de que la silla de posta se hubiera detenido del todo, salté al suelo, y corrí sin tomar aliento, á casa de Mr. Pavelyn; pero allí supe por un criado, que toda la familia se hallaba en el castillo de Bodeghem, á donde habia ido con la esperanza de que el aire del campo fuese provechoso á la enferma.

Sin perder un instante, corrí á casa de un alquilador de carruajes, é hice enganchar dos buenos caballos á un coche ligero: le prometí doble salario, y poco despues, seguíamos el camino que llevaba á mi aldea, con la rapidez del viento.

Al fin se detuvo el coche detrás de la verja que cerraba el parque: arrojé al cochero una moneda de oro y salté al suelo: un criado abrió la puerta y me saludó con un grito de alegría: me condujo al vestíbulo á toda prisa, y sin decirme una palabra, abrió la puerta y exclamó:

—¡Ya está aquí Mr. Leon!

Tres exclamaciones de alegría respondieron á este anuncio: ví á Rosa levantarse casi de un salto de un ancho sillón lleno de almohadones, donde se hallaba tendida: ví á mi madre, que tenia en las suyas, las manos de la jóven

enferma: ví á Mr. y Mme. Pavelyn, cuyos semblantes se iluminaron á mi aparicion con un gozo profundo... pero ¡oh Dios! ¡cómo hallé á Rosa!

El dolor y la enfermedad la habian cambiado de una manera horrible! sus mejillas estaban cóncavas y enflaquecidas, sus ojos vidriosos, sus labios azulados! era verdad que la muerte habia señalado á su inocente víctima! yo venia solo á verla morir!

A este espantoso pensamiento, una desesperacion inmensa se apoderó de mí: sentí que todo mi cuerpo temblaba: quise hablar, pero cualquiera hubiera dicho que habia vuelto á ser mudo.

En vano moví los labios, ningun sonido salió de mi boca: un torrente de lágrimas brotó de mis ojos, y me dejé caer en una silla, aniquilado y sin fuerzas, con la cabeza oculta entre las manos, que apoyé en el borde de una mesa.

Oí la dulce y débil voz de Rosa, que me dirigia palabras de consuelo: sentí los brazos de mi madre, que se esforzaba en hácerme levantar la cabeza con un tierno beso: Mr. Pavelyn me estrechó la mano y trató de distraerme de mi pena, dirigiéndome palabras del mas tierno cariño; pero yo permanecí insensible á todos, y solo respondí con sollozos, hasta el instante en que Rosa murmuró á mi oído con el acento del mas ardiente ruego, estas palabras:

—Gracias, Leon, por vuestras lágrimas: pero tened piedad de mi pobre madre: ved que desgarráis cruelmente su corazón! por amor mio, mostraos valeroso y tranquilo acerca de mi estado!

Estas palabras me hicieron volver en mí: hice un esfuerzo para dominar mi dolor, y levanté la cabeza, en tanto que aun corrían de mis ojos lágrimas silenciosas, pude explicar mi viva emoción por el sentimiento de dicha inefable, de la cual la vista de mis bienhechores y de mi madre, habia llenado mi alma, Rosa interrumpió esta explicacion embarazosa, y me dijo mostrándome una silla á su lado:

—Venid, Leon, sentaos á mi lado: no puedo hablar con vos desde tan lejos, porque esto me fatiga el pecho.

Cuando la hube obedecido, me miró con una sonrisa radiosa y sumergió, por decirlo así, sus ojos en los míos con una singular profundidad: el amor y la dicha alumbraban su pálido rostro; pero esta quietud, esta alegría en sus pálidas facciones, me hicieron probar una angustia nueva, é incliné la cabeza sobre el pecho.

—Os causa mucha pena el verme enferma, ya lo veo, me dijo ella con voz tranquila y alegre: ¡ah! si no hubiérais venido, no hubiera tenido yo el valor y la fuerza de esperar una vida mas larga! pero ahora que estais aquí, me siento ya mucho mejor: mi corazon late mas libremente: hay en él alguna cosa, un sentimiento secreto de la vuelta de mis fuerzas, que me da la seguridad de escapar á la consumcion: ya desde mañana quiero pasearme en el jardin con vos y con mi buena madre: hablaremos de nuestra infancia: evocaremos nuestros dulces recuerdos: disfrutaremos del hermoso tiempo, y admiraremos la belleza del campo: así olvidaré mi enfermedad, recobraré fuerzas y volveré insensiblemente á tener salud: sí, sí, Leon: estoy segura: el Dios bueno y misericordioso os ha destinado á darme dos veces la vida: vuestra sola vista basta para curarme: tened, pues, valor, vos que me amais con tanta ternura: la antorcha de la libertad luce ya para mí.

Estas palabras, dichas con una firme conviccion, hicieron una impresion profunda sobre sus padres y sobre mí: yo empecé á vacilar en mi terrible creencia: la alegre sonrisa que iluminó mi rostro tradujo la alegre esperanza de mi corazon.

Rosa habló aun durante algun tiempo con la misma confianza exaltada, hasta que consiguió que las lágrimas desapareciesen de los ojos de su madre, y que mi desesperacion diese lugar á un estado mas tranquilo.

Entonces se puso á interrogarme acerca de mi viaje, y

quiso saber con todos los detalles, cómo habia vivido durante mi larga ausencia, y qué me habia sucedido.

Para obligarme á hacer una relacion circunstanciada me dijo que no habia medio mejor de curar á un enfermo que el hacerle olvidar su enfermedad: en tanto que hablaba yo, me interrumpia con alegres observaciones, y se mostró tan animada y gozosa, que llegué á creer me habia asustado sin motivo, y que no habia razon alguna para desesperar de una pronta curacion.

Mr. y Mme. Pavelyn escuchaban llenos de gozo: era visible que ellos se abandonaban mas aun que yo mismo, á las mas dulces esperanzas.

Mi bienhechor tomó parte en la conversacion, mostrándose sumamente afectuoso, y me dió á entender de la manera mas clara que á pesar de sus penas, no habia dejado de amarme.

Como yo habia llegado á Bodeghem, á hora bastante avanzada de la tarde, el crepúsculo empezaba ya á oscurecer la claridad del dia en tanto que olvidábamos nuestras penas en una conversacion llena de encanto y de consuelo: Rosa nos asombraba con su vivacidad, su valor y su alegría: sus labios habian recobrado sus frescos colores con la circulacion de una sangre mas caliente: sus ojos brillaban de satisfaccion: habia en sus palabras y en sus gestos tanta libertad de espíritu y tanta fuerza, que los únicos síntomas de enfermedad que quedaban en ella, era la extrema flacura de sus mejillas y de todo su cuerpo.

En este instante llegó el doctor, que venia á hacer su acostumbrada visita: él tambien parecia estupefacto del cambio favorable que se notaba en la fisonomía de Rosa y sacudió la cabeza sonriéndose.

Despues de haberme dado cordialmente la bienvenida, como á un amigo antiguo, se acercó á la enferma, y observó su pulso durante algunos instantes: despues dijo con una voz, en la que se veia alguna inquietud:

—¡Qué agitacion en la sangre! esta nueva fuerza me asombra: esperemos: acaso se va á declarar una reaccion favorable; pero si no hacemos que termine esta emocion demasiado viva, ahora que aun es tiempo, puede llegar á ser funesta: esta señorita está muy fatigada, aunque no lo parece, es preciso que repose: así, Mr. Leon, vos que tenéis fuerza de voluntad, dejadla ahora, y vos, señorita, dejad para mañana el placer de hablar con nuestro amigo: entonces ya estareis bastante fuerte para continuar la conversacion, que ahora me veo obligado á hacer cesar.

Todos teníamos la convicción de que el doctor nos daba un buen consejo: porque desde que él nos lo había advertido era fácil conocer que Rosa se hallaba en un estado de extrema agitacion.

Mi madre tomó por pretexto el que mi padre, que había ido á un pueblo vecino á comprar madera debía estar ya de vuelta: y que yo no podía dejarle ignorar mas largo tiempo mi regreso.

Rosa me suplicó con las manos juntas, que al dia siguiente fuese muy temprano: sus ojos se fijaron en mí con una dulzura celeste, Mr. Pavelyn me estrechó de nuevo la mano. Yo salí consolado, y casi dichoso, y tomé al lado de mi madre el camino de nuestra casa.

XXX

AL dia siguiente, despues de una noche agitada por sueños llenos de inquietud y de esperanza me levanté á la primera luz del alba: mas por vivo que fuese mi deseo de ir al lado de Rosa, hube de pasar un rato al lado de mis padres para hablarles de mi fuga y de mi actual situacion: comprendia, y mi madre me lo aseguraba tambien, que Rosa estaba muy fatigada, y que yo no debía privarla de un reposo que la era muy necesario, con una visita demasiado matinal.

Las nueve daban en el campanario del pueblo, cuando me determiné á ir al castillo.

Cuando entré en el jardin ví desde léjos á Rosa, sentada con su madre bajo la sombra de un gran tilo, vestido de un verde y espeso ramaje: esta prueba de que las emociones de la víspera no la habian empeorado me causó tal alegría que no pude contener un grito de triunfo.

Rosa me hizo señal de que me sentase á su lado. Mme. Pavelyn, despues de haber cambiado algunas palabras con nosotros, se levantó y se alejó de allí.

Cuando hubo desaparecido, me dijo Rosa:

—Leon, he rogado á mi madre, que me deje sola con vos: ayer no hemos podido hablar con libertad: hablemos ahora de corazon á corazon: decidme: durante esta triste ausencia habeis pensado mucho en mí?

—¡Oh Rosa! exclamé: ¿en qué consiste mi vida sino en

—¡Qué agitacion en la sangre! esta nueva fuerza me asombra: esperemos: acaso se va á declarar una reaccion favorable; pero si no hacemos que termine esta emocion demasiado viva, ahora que aun es tiempo, puede llegar á ser funesta: esta señorita está muy fatigada, aunque no lo parece, es preciso que repose: así, Mr. Leon, vos que tenéis fuerza de voluntad, dejadla ahora, y vos, señorita, dejad para mañana el placer de hablar con nuestro amigo: entonces ya estareis bastante fuerte para continuar la conversacion, que ahora me veo obligado á hacer cesar.

Todos teníamos la convicción de que el doctor nos daba un buen consejo: porque desde que él nos lo había advertido era fácil conocer que Rosa se hallaba en un estado de extrema agitacion.

Mi madre tomó por pretexto el que mi padre, que había ido á un pueblo vecino á comprar madera debía estar ya de vuelta: y que yo no podía dejarle ignorar mas largo tiempo mi regreso.

Rosa me suplicó con las manos juntas, que al dia siguiente fuese muy temprano: sus ojos se fijaron en mí con una dulzura celeste, Mr. Pavelyn me estrechó de nuevo la mano. Yo salí consolado, y casi dichoso, y tomé al lado de mi madre el camino de nuestra casa.

XXX

AL dia siguiente, despues de una noche agitada por sueños llenos de inquietud y de esperanza me levanté á la primera luz del alba: mas por vivo que fuese mi deseo de ir al lado de Rosa, hube de pasar un rato al lado de mis padres para hablarles de mi fuga y de mi actual situacion: comprendia, y mi madre me lo aseguraba tambien, que Rosa estaba muy fatigada, y que yo no debía privarla de un reposo que la era muy necesario, con una visita demasiado matinal.

Las nueve daban en el campanario del pueblo, cuando me determiné á ir al castillo.

Cuando entré en el jardin ví desde léjos á Rosa, sentada con su madre bajo la sombra de un gran tilo, vestido de un verde y espeso ramaje: esta prueba de que las emociones de la víspera no la habian empeorado me causó tal alegría que no pude contener un grito de triunfo.

Rosa me hizo señal de que me sentase á su lado. Mme. Pavelyn, despues de haber cambiado algunas palabras con nosotros, se levantó y se alejó de allí.

Cuando hubo desaparecido, me dijo Rosa:

—Leon, he rogado á mi madre, que me deje sola con vos: ayer no hemos podido hablar con libertad: hablemos ahora de corazon á corazon: decidme: durante esta triste ausencia habeis pensado mucho en mí?

—¡Oh Rosa! exclamé: ¿en qué consiste mi vida sino en

pensar en vos, noche y día? vuestra duda me causa mucha pena. . . .

—Tranquilizaos, repuso sonriendo: no tengo razon en preguntaros esto: porque demasiado sé cuanto habeis sufrido, y de qué tristes pensamientos ha sido preso nuestro espíritu: mi alma os ha acompañado en vuestro viaje: yo veia correr vuestras lágrimas en la soledad: yo he oido á vuestros labios murmurar mi nombre: os he visto sonreir á mi imagen, que se colocaba delante de vos: no os asombreis de esto, Leon: para contar los latidos de vuestro corazon, por lejos que estuviéseis, no tenia que hacer otra cosa, que apoyar la mano sobre el mio, porque estoy cierta de que sus menores pulsaciones, tenian un eco en el vuestro: nuestras dos existencias no forman mas que una sola.

Temblando de emocion junté mis manos; y murmuré algunas palabras de ardiente gratitud.

La voz de Rosa era tan dulce, el contento iluminaba mis facciones con una expresion tan encantadora, que sus palabras caian sobre mi corazon palpitante, como las gotas de un rocío bienhechor.

Debía haber en el espíritu de Rosa ideas que ella no expresaba: porque en lugar de responder á lo que yo le decia, me preguntó de repente:

—Si la enfermedad me hubiera quitado la vida antes de venir vos, os hubiérais acordado siempre de vuestra amiga de infancia ¿no es verdad, Leon? hubiérais esperado impaciente que Dios os llamase para poder reposar á su lado en el cementerio?

—¡Oh no digais esas cosas horribles! exclamé: hoy estais ya mucho mejor! no dudeis de que recobrareis la salud! pero debeis hacer algunos esfuerzos, para arrojar esos temores sin fundamento, Rosa! hacedlo á lo menos, por piedad hacía mí!

—He tenido hace pocas noches un sueño extraño, dijo ella: un sueño que ha durado solo algunas horas, y que,

sin embargo, me ha hecho vivir veinte años en el porvenir! yo habia muerto. . . . no os agiteis, Leon: era solo una ficcion de mi sueño! Yo tambien he llorado y he temblado á la idea de la muerte, porque pensaba que ella me iba á separar de todo lo que amo en la tierra. . . . como me engañaba! Desde el seno de Dios, la mirada de mi alma, se extenderá hasta los últimos límites del mundo! Mi existencia habia llegado á ser tan poderosa, tan perfeccionada, tan múltiple, que mi alma, sin dejar el cielo, podia vivir en medio de mis padres y de mis amigos: era aquí, en este rincon del mundo que se llama Bodeghem, donde mi alma habia fijado los ojos: mi tumba estaba detrás de la pequeña iglesia; yo veia aquí alguno. . . . alguno á quien habia amado tal vez con demasía, sembrar con las flores del recuerdo la tierra de mi sepulcro, y hacer de ella una alfombra para mis restos mortales; así le he visto todos los dias durante largos años: frecuentemente yo me hallaba á su lado: no solamente oia lo que decia, sino que percibia las emociones de su corazon con tanta claridad como si me las describiese; él tambien tenia conciencia de que yo estaba á su lado, porque sus ojos me seguian en tanto que sonreia á mi sombra invisible, y cuando yo me sentia deseosa de consolarle, de darle confianza en la union eterna de nuestras dos almas, respondia á mi inspiracion secreta como si los lábios materiales hubieran hablado á su entendimiento. ¡La muerte no habia separado el alma bienaventurada del alma que sufria!

Cuando llegamos á donde estaban Mr. y Mme. Pavelyn, estos notaron con asombro el cambio que se habia verificado en Rosa: la sonrisa estaba en los lábios de la joven, y su dulce rostro, retrataba una embriaguez, como si hubiera recobrado del todo y para siempre la salud.

Por la tarde y cuando iba á dejar el castillo para volver á casa de mis padres, Rosa me dirigió una última mirada que decia:

—Mi anhelo se realizará infaliblemente!

XXXI

ROSA habló aquella misma tarde á sus padres de sus deseos de unirse á mí por los lazos del matrimonio; su padre que hubiera hecho gustoso los mas grandes sacrificios para evitarle el mas pequeño pesar le concedió sin dificultad alguna todo lo que deseaba, y cuando yo volví por la noche me suplicó que no rehusase aquella satisfaccion á su pobre hija.

El amante padre esperaba que la alegría de ver cumplido el mas ardiente voto de su corazon daria á Rosa un nuevo valor y mas fuerza para luchar victoriosamente con su cruel enfermedad.

¡Cosa extraña no obstante! desde la mañana del dia siguiente notamos todos que el estado de Rosa habia empeorado sensiblemente: sus ojos habian perdido todo su brillo, sus lábios estaban descoloridos, y habia en su mirada vidriosa ya, alguna cosa, que demostraba una gran debilidad en sus fuerzas.

¡Era, pues, verdad lo que Rosa me habia dicho algunas veces! la mejoría que habiamos creído notar en ella no era mas que una apariencia engañosa; por un increíble esfuerzo sobre sí misma habia reunido todas las fuerzas de su alma para hacerme dulce y familiar la idea de su muerte y lo que aun le restaba de fuerzas lo habia empleado en hacernos consentir á su padre y á mí en nuestra union.

Cuando vió cumplida su esperanza desfalleció, y en una sola noche la enfermedad recobró toda su violencia y se desenvolvió con nueva é inaudita rapidez.

La noble niña sonreía, sin embargo, y hablaba alegremente: ningun pensamiento triste se reflejaba en su bello rostro, y aunque su cuerpo estaba consumido por la despiadada enfermedad, su espíritu se hallaba tranquilo, sereno y dotado de una asombrosa penetracion y vivacidad!

La certeza de que mi amada iba á morir no me espantaba ya y podia hablar tranquilamente con ella, durante dias enteros, de su partida para la patria celestial: pero algunas veces, sin embargo, su palidez cadavérica y sus tos dolorosa me hacian temblar y despertaban en mí un sentimiento de desesperacion: ella leía en el fondo de mi alma desde que un vago pensamiento de angustia ó de tristeza se deslizaba en mi espíritu; Rosa fijaba sus ojos en los míos con una expresion de dulce reproche y me llamaba al desprecio de la muerte corporal y á la fé mas viva en la vida eterna del alma.

Mr. y Mme. Pavelyn reconocian con el mas vivo dolor que se habian dejado engañar por una vana esperanza: cada vez que miraban á su hija, y que veian hora por hora, por decirlo así, el progreso de la enfermedad, sus lágrimas corrian en abundancia; pero, como yo, experimentaron insensiblemente la irresistible influencia de la confianza sin límites de Rosa y de la asombrosa lucidez de su espíritu: parecieron, en fin, esperar con una especie de resignacion la separacion fatal y cesaron de llorar con tanta amargura.

Los preparativos de nuestro matrimonio se terminaron con la mayor rapidez posible. Mr. Pavelyn hizo abreviar las formalidades civiles y religiosas, pues aunque Rosa nos aseguraba que viviria bastante tiempo para esperar el dia solemne, todos empezamos á temer que la muerte viniese á herirla de improviso y antes de que su último voto fuese cumplido.

Rosa quería estar bella aquel día y engalanada como conviene á una jóven que se desposa, y nos hablaba con alegría infantil del equipo que se habia encargado para ella á Amberes; de los diamantes que debian engalanar sus brazos y su pecho y de la corona de azahar que ceñiría sus puras sienes.

¡Pobre vírgen! asemejábase á un esqueleto viviente, y ya no podia levantarse sin ayuda de un sillón! Con un penoso esfuerzo podia aspirar para sus pulmones un poco de aire fresco: frecuentemente un acceso de tos terrible amenazaba sofocarla! Era visible que aquel pobre y delicado cuerpo sufría atroces torturas.... y sin embargo hablaba con alegría y tranquilidad de su bello traje de boda y de su blanca corona de desposada!

Su mal se agravó tan rápidamente durante los últimos días que precedieron á nuestro matrimonio, que así sus padres como yo estábamos convencidos de que era imposible que la pobre niña viviese hasta el instante deseado.

Hacia ya una semana que no dejaba el lecho: su estómago rehusaba todo alimento; algunas veces la veía yo gemir penosamente como si su última lucha con la muerte victoriosa hubiera empezado y su sueño era agitado é interrumpido: durante la noche sus sienes se cubrian de un sudor helado, terrible señal de que el alma trabaja para desatarse de los lazos del cuerpo!

¡Qué horrible noche fué para mí la que precedió al solemne día!

—¡Morirá, pensaba yo, sin ver nuestro amor legitimado y santificado por la bendición del sacerdote?

¿Emprenderá el eterno viaje, esta alma tierna y delicada, abrumada de tristeza y de temor?

¡Ah! si el Cielo lo habia decidido así, ¡qué terrible debia ser su agonía! porque la imperturbable quietud y el admirable valor que habia demostrado tenian su origen

únicamente en la esperanza de que Dios perdonaría á la esposa legítima la debilidad de corazón de la hija desobediente! Parecíame que iba á exhalar el último aliento, que su corazón ya no latía y que la mano de la muerte pesaba ya sobre su pecho.

Estos pensamientos angustiosos, desesperados, pasaban como espectros delante de mis ojos, en tanto que en mi cruel insomnio regaba con llanto el suelo de mi cuarto; el menor ruido me hacia temblar y me causaba un temor inexplicable: á cada instante creía oír los pasos de un mensajero que venia á decirme:

—¡Ha muerto!

En fin, apenas el alba extendió en el cielo su primera luz, llegó un criado: yo espiaba temblando las palabras que saliesen de sus labios, porque no dudaba que iba á desgarrarme el corazón con la terrible nueva: mas así que hubo empezado á hablar lancé un grito de alegría insensata.... ¡Rosa no solo vivía, sino que parecia hallarse mucho mejor! ¡Dios, en su misericordia infinita, habia permitido que el sol que debia alumbrar nuestra union, se levantara aun para ella!

Empecé á vestirme presuroso para la ceremonia con un nuevo valor; yo tambien debia estar vestido como un dichoso desposado: tal era el deseo de Rosa.

Era preciso apresurarme, porque habiendo aparecido el día, ya no habia obstáculo alguno para nuestro enlace, y yo no queria perder un solo instante.

Poco después caminaba hacia el castillo, seguido de mis padres, y así que llegué subí al cuarto de Rosa, donde nuestra union debia ser celebrada.

Gran número de personas se hallaban presentes: el maire y su secretario, el sacerdote y sus ayudantes, los testigos y los amigos mas íntimos de la casa, hallándose tambien allí los servidores de la misma.

Mlle. Pavelyn estaba sentada en su ancho sillón y sos-

tenida por almohadones; al verme aparecer me sonrió con una expresion de beatitud celeste, dando gracias á Dios por haberla concedido la vida hasta aquel instante; pero aunque trató de arrancarme alguna palabra de alegría, imposible me fué hablar ni separar de ella mis ojos llenos de admiracion.

No puedo explicar ahora lo que pasó en mí; aquel traje de boda de una blancura inmaculada, emblema de la ausencia del cuerpo material; aquella corona de desposada, blanca tambien como la nieve, y que mi imaginacion adornaba de rayos, como la diadema luminosa de una santa; aquellos grandes ojos, tan vagos y tan profundos, que ya parecian mirarme desde la eternidad, la hermosura sobre natural y mística de Rosa en aquellos momentos, extasiaban mis sentidos; no era el cuerpo de Rosa lo que veia delante de mí; no, ella no tenia ya nada de terrestre: era su alma, su alma bienaventurada que habia descendido del seno de Dios para cumplir su adorable promesa!

¡Cuán grande debia ser el asombro de todos los presentes! Rosa penetró la turbacion de mis sentidos y se llenó de alegría al verme tan lleno de esperanza y de fé. Mientras cada uno se hacia violencia para no llorar, mientras que algunos se ocultaban para enjugar una lágrima furtiva, nosotros nos sonreíamos el uno al otro, como si el cielo se abriese ante nuestros ojos; prometiéndonos la suprema y eterna dicha!

La voz del maire, que se habia aproximado llevando en la mano un escrito, para leernos el texto de la ley, me arrancó violentamente de este dulce éxtasis. Rosa, á quien mi exaltacion habia traído una fuerza ficticia se reclinó en los almohadones y escuchó con el pecho anhelante y los ojos medio cerrados, la voz del maire.

Cuando se le preguntó si queria ser mi mujer, un SI, claro y distinto salió de sus labios: mas así que lo hubo

pronunciado, su cabeza se inclinó desfallecida y cayó pesadamente sobre el respaldo del sillón.

Gritos de dolor resonaron en la habitacion: las lágrimas brotaron de todos los ojos y cada uno se precipitó al socorro de la moribunda.

La enfermera la levantó en sus brazos, y la depositó en el lecho: yo esperaba temblando el anuncio de su muerte... ¡ay! estábamos legitimamente unidos ante el mundo; pero rehusaria Dios su bendicion á nuestro amor? ¡Debía la pobre niña descender á la tumba, sin esta última y suprema satisfaccion?

El espanto, me habia engañado: la posicion horizontal en que se habia colocado á Rosa, hizo afluir á su corazon la poca sangre que aun circulaba en sus venas: abrió los ojos y dijo al sacerdote, por señas, que estaba pronta á hacer en sus manos el juramento solemne.

Sin perder tiempo, el ministro del Señor empezó á recitar las oraciones de la iglesia, unió nuestras manos, y nos hizo jurar fidelidad eterna: despues, con acento conmovido y que resonó en mi corazon como una voz de los cielos:

—¡Sed benditos! dijo: ¡Dios os ha unido para siempre jamás!

Un grito de triunfo se escapó del pecho de Rosa; me atrajo hácia sí, me estrechó en sus brazos y dijo:

—Mi noble amigo, mi querido esposo, ahora ya he vivido bastante sobre la tierra: voy á partir: la voz de Dios me llama; soy dichosa.... adios.... pensad en mí.... sed fiel á vuestra promesa.... que la esperanza sea la luz de vuestra vida.... hasta que el esposo y la esposa puedan beber unidos en la fuente del amor eterno! León, León, adios!

Rosa pareció ser presa de una débil convulsion: yo retrocedí, no de temor sino de respeto hácia el solemne misterio de la libertad del alma, que iba á cumplirse.

Rosa hizo todavía un movimiento: tomó el crucifijo co-

locado sobre su corazón, lo llevó á sus labios, elevó al cielo sus ojos moribundos y quedó inmóvil. . . .

En tanto que el sacerdote rezaba las plegarias de la iglesia, sobre aquel cuerpo agonizante, yo tenía fijos sobre él mis ojos, sumergido en un éxtasis.

¡Ah! qué bello estaba aquel dulce ángel que tenía por aureola una corona de flores virginales! ¡Cómo la beatitud brillaba en sus facciones sonrientes! ¡Qué esperanza, qué fé, qué elevación hacía Dios, en su mirada inmóvil!

Yo uní las manos penetrado de respeto y de admiración: la voz del sacerdote se dejó oír en el silencio de la estancia.

—Rezad! dijo tristemente: rezad, hijos míos! su alma ha subido al cielo!

Todos cayeron de rodillas.

Yo me postré delante del lecho, levantando ambos brazos hacía el soberano Arbitro de los destinos humanos, para darle gracias por su infinita bondad!

CONCLUSION

DURANTE dos días y dos noches permanecí en la morada del anciano escultor: su larga y triste narración había hecho mas de una vez correr mis lágrimas; y aun antes de haber oído el fin de la historia de su vida, había nacido en mi alma una tan profunda admiración hacía él que no podía mirarle sino penetrado de veneración y de respeto.

En el momento de partir estreché por última vez sus manos con un ardor febril; aquel anciano era para mí la personificación viviente de la esperanza y del amor; el solo ser de la tierra que me había hecho comprender el asombroso poder del recuerdo!

Mi camino me condujo hacía el cementerio: me detuve cerca de la Tumba de hierro y contemplé durante largo tiempo olvidado de mí mismo, como un sueño, aquellas flores tan bellas y tan frescas despues de cuarenta años, como la memoria de aquella á cuyas cenizas daban sombra.

Poco á poco mi cabeza se inclinó sobre mi pecho y dejó caer algunas lágrimas silenciosas sobre la tumba de la dulce Rosa, víctima de un amor sasto é infinito!

Y continuando mi camino, dí gracias á Dios por haber dado á sus débiles criaturas la esperanza que no muere jamás, como un ángel guardian, y el recuerdo que renace siempre en las almas tiernas, como un manantial inagotable de consuelo y de valor!

FIN.

